Daniel Mendoza

El declive de la humanidad

John, un joven británico residente en Estados Unidos, planea volver a Barcelona con su pareja cuando, sin que nadie sepa cómo o por qué, internet deja de funcionar en todo el mundo. Se inicia entonces el caos; fronteras cerradas y comisarías y hospitales desbordados. El miedo, la ira y el desconcierto se apoderan de la sociedad. ¿Y si internet de pronto dejase de funcionar? ¿Cómo reaccionarías?

Daniel Mendoza

El declive de la humanidad

ePub r1.1
Titivillus 27.01.2018

Daniel Mendoza, 2016

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: r1.1 barbanegra
ePub base r1.2

Prólogo

El segundero del reloj susurraba a lo lejos, arañando suavemente la madrugada del jueves. Albert se encontraba plácido y tranquilo en casa, tomándose una copa de vino mientras el calor de la chimenea de diseño que tenía incrustada en aquella pared repartía calor en todo el salón. Colgado en el tabique, sin ningún cable visible, un televisor de cincuenta pulgadas mostraba una película romántica. Un chico besaba a su pareja en una azotea de un edificio en París. La nieve caía en sus cabellos mientras que los dos se enredaban en abrazos. Perfecto.

Detrás de las ventanas de aquel céntrico ático de Barcelona caía una lluvia densa que empañaba los cristales de las mismas. Se acercó a una de ellas y observó. Las luces nocturnas de la ciudad alumbraban tenuemente la carretera mientras el sonido de los coches acompañaba melódicamente esa imagen otoñal.

Miraba a su joven esposa, Marta. Una mujer hermosa, de cabello castaño y unos ojos color zafiro que encandilaban a cualquiera. Su cuerpo era perfecto, cuidado como un templo. Y él era todo lo contrario. Estaba transformándose paulatinamente en una especie de barril de metro setenta lleno de cerveza, excesos y con más colesterol que músculo —cosas de la buena vida— pensaba este. Mientras tomaba otro sorbo de ese Côte de Nuits que tanto le agradaba se dirigió al sofá, dejando la fría y húmeda noche otoñal, se acomodó en ese carísimo y cómodo, también hay que decirlo, capricho de su mujer, mientras que en sus piernas descansaba Rufo, un labrador canela de tres años de edad.

La perseverancia de Albert había hecho que Marta se fijara en él hacía poco más de dos años. A los tres meses de empezar a salir, Albert se gastó lo suyo y lo que no era suyo pidiéndole matrimonio con un anillo que hizo imposible que Marta rechazase la petición. La que iba a ser su mujer trabajaba en una cafetería en Passeig de Gràcia, justo enfrente de las oficinas donde trabajaba él. Albert desayunaba siempre en aquel lugar, y desde el primer momento en que la vio, supo que quería estar con ella. Vestía siempre de flores. Vestidos y camisas estampadas que olían a jazmín y a rosas frescas mojadas por el rocío de la primavera. Un pequeño delantal de color blanco hueso protegía sus prendas de las salpicaduras de café y de las miradas anhelantes de los clientes. Día tras día iba a visitarla, y la veía allí, detrás de la barra, con esa sonrisa perfecta y brindándole gestos de amabilidad a todos los asiduos adictos al café matutino y a esa belleza que se escondía detrás de la barra. Por aquel entonces, Albert estaba soltero. Su pareja le había dejado, echándolo de su casa por las innumerables noches locas y el derroche de dinero en alcohol, mujeres y cocaína. Sus amigos John y Cristina le habían acogido temporalmente en su casa mientras

buscaba alguna cosa, a pesar de haberla liado más de una vez y haberlos puesto en mal lugar por su culpa. Albert estaría siempre agradecido. Esta ayuda que le brindaron y su reciente ascenso le ayudaron mucho a superar aquel bache. Ahora más que nunca le encantaba su trabajo. ¿A quién no le gusta mandar y que le obedezcan?

Era jefe de país de una gestora de empresas multinacional. Se dedicaba a ordenar a sus empleados que buscasen empresas a las que poder dirigir. Se acabaron los viajes semanales en avión, se acabaron las esperas en el aeropuerto. Ahora tengo mi propio despacho y soy yo el que manda, se decía siempre con una sonrisa mientras se dirigía a las oficinas motivándose así para un nuevo día.

Albert no era en los negocios lo que dijéramos, un tipo legal. Si la cuestión era ganar dinero, podía venderle hielo a un esquimal. Todos caían en sus redes. Fuesen hombres o mujeres, todos cedían ante él. Era el rey. Un auténtico genio. Su puesto como jefe de país se lo había ganado, y con creces.

—Cariño, ¿puedes acercarme un vaso de agua? —dijo Marta, enroscada en una manta de lana y sin quitar la vista de la pantalla de su móvil mientras Albert jugueteaba con los rizos de su pelo, con la mirada fija en la televisión.

Albert fue a por él. Caminó por el largo pasillo de aquel antiguo ático, posando sus pies desnudos por el parqué flotante que cubría toda la casa. Llegó hasta la cocina, minimalista, como a él le gustaba, lo único que le dejó elegir Marta después de la reforma de aquel ático. En aquella encimera enorme de granito rojo tenía una jarra de cristal con agua, abrió el cajón y cogió un vaso. Lo llenó y se dirigió a su esposa para entregárselo.

—Gracias, mi vida.

Nada más sentarse en el sofá, agarró de nuevo su copa de vino y se acomodó en él. Resopló. Mirándose la barriga. Debería hacer algo más de ejercicio, salir un poco antes de trabajar y andar algo. Atender más a mi mujer. Vivir. Vivir un poco más.

—Cariño, creo que mi móvil ha dejado de funcionar. Mira. Mis redes sociales no actualizan. Y el navegador tampoco se conecta… —le comentó Marta explicándole su problema.

Un nudo en el estómago de Albert apenas le dejaba respirar. Revisó la configuración del móvil sujetándolo con una mano mientras con la otra mantenía su copa de vino. No había ningún problema. Desde el sofá visualizó a lo lejos el *router* y vio que tenía una luz roja encendida. Mierda. Albert empezó a sudar. Empezó a notar que todo le pesaba un poco más. Se levantó del sofá y se dirigió al armario donde reposaba el *router*. Descalzo, notaba claramente el calor de la calefacción repartida por todo el suelo del piso. Cogió el aparato y pulsó el botón de apagar detrás de él y un segundo después lo pulsó de nuevo para encenderlo.

Pasaron unos veinte segundos cuando de repente empezó a sonar el móvil de Marta. La habitación se llenó de sonidos digitales. Notificaciones recibidas y mensajes entrantes. La red estaba otra vez activa y la información empezaba a llegar a sus dispositivos. Albert, más aliviado, se relajó de nuevo en su sofá, mientras una

zona de la estantería se iluminó y empezó a escuchar un zumbido. Su teléfono empezó a vibrar. Notaba como el corazón le latía más rápido de lo normal. Con la mirada fija en el aparato se dirigió hasta allí.

Mientras se acercaba al teléfono, su mujer le comentaba medio en broma medio en serio:

—¡Qué momentos más aterradores he pasado!

Albert oía la voz de Marta de fondo, un susurro, una suave brisa fría dentro de una catatumba, pero no le hacía caso. Se acercó a coger su móvil y el número era desconocido.

Contestó.

—¿Sí…? —dijo este con la voz entrecortada.

—Ha empezado.

La llamada finalizó.

Albert se acercó a la mesa. Cogió su copa de vino. Con la mirada perdida se volvió a sentar en el sofá. Sin apoyar la espalda en él, Marta le preguntaba qué era lo que pasaba. Pero él no atendía. No estaba en ese salón en ese momento.

Cristina se levantó esa mañana impaciente. Eran las nueve y media de la mañana y sabía que a media noche iba a estar de camino a Andorra con su prometido, que ahora mismo dormiría plácidamente. Habían alquilado una cabaña el fin de semana para celebrar la vuelta de este a España.

Enredados entre las sábanas de esa habitación, tomarían copas de vino al lado de una chimenea. Harían el amor mientras por la ventana caería una nieve espesa y blanca que los obligaría a no separarse el uno del otro ni por un segundo. Se olvidarían siempre de la distancia, y de ese océano atlántico que les había separado durante medio año. La distancia había causado más de una discusión. Los problemas se agrandaban y se hacían menos soportables cuando tu pareja se encuentra en otro continente, y el único contacto que tienes con él es básicamente informático. Ese era el principal problema, las discusiones se incrementaban al no estar juntos. Eso ya era pasado. Cristina se sentía muy feliz. Hoy sí. Hoy era el día en que todo volvería a la normalidad.

Lo primero que hizo esa mañana al levantarse fue mirarse en el espejo y sonreír, lo peor había acabado. Se acercó a la mesilla de noche y cogió el móvil, lo conectó a su equipo de música, le dio al *play* a su lista favorita y la música empezó a sonar por la columna Bose donde estaba anclado el reproductor. El buen rollo de *Wake me up before you go-go* de Wham! invadió la casa de Cristina mientras se asomaba al balcón. Podías respirar calma y nerviosismo a partes iguales. La alegría entraba en el cuerpo de la chica mientras observaba por el balcón. Una mañana radiante de otoño con un sol espléndido aparecía mientras abría el cristal. Eso aumentó su estado de ánimo y fue dirección a la ducha dando saltos tarareando *Wake me up*.

Cuando acabó de ducharse se vistió, pasó unos minutos delante del espejo de su habitación arreglándose el pelo y salió a la calle. Una brisa fresca de otoño le acarició la cara. Se acercó a un puesto de bicicletas de alquiler, metió su código y se dirigió a la galería.

Cristina viajaba radiante de felicidad por las calles de Barcelona, hoy era su cuarta exposición y estaba muy ilusionada. Su trabajo le encantaba, expresar sus emociones a todo el mundo y que a la gente le encantasen sus obras era algo de lo que estaba muy orgullosa. Al llegar, aparcó la bici en el puesto cercano a la parada de metro de Liceu y entró en su cafetería de siempre a tomar un café antes de entrar a trabajar en su local, que estaba justo en frente del local. Era cliente habitual, y siempre que podía se sentaba en el mismo sitio. En una mesa pequeña de madera con unas sillas blancas de lata que daba a una cristalera enorme donde se podía ver una calle peatonal. Las hojas otoñales caían de los árboles mientras daba pequeños sorbos y se calentaba las manos agarrando frágilmente la taza mientras olía el suave aroma del café italiano.

Dando uno de los últimos sorbos se percató de que en su local esperaban dos personas a las cuales no conocía. No eran clientes habituales y eso le extrañaba, porque nadie en Barcelona esperaba media hora antes de que abriera un local. La gente suele dar una vuelta, o a tomar un algo a una de las decenas de cafeterías que había por el barrio.

Cristina pagó el desayuno, se despidió del camarero y con una sonrisa salió a la calle para cruzarla y llegar a su establecimiento. Mientras caminaba, uno de los dos hombres la miró y la señaló con un gesto facial, y por lo que Cristina intuyó, dijeron algo así como: «Ya está aquí».

—¡Muy buenos días! La exposición empieza dentro de una hora, pero como os he visto esperando me he sentido un poco culpable —Cristina sonreía mientras se agachaba para abrir la verja del local.

—¿La señorita Cristina Brugueras? —preguntó uno de ellos.

—La misma —contestó Cristina mientras se levantaba y abría la puerta del local.

—Soy el agente Pedraza, del CNI, y él es mi compañero, el agente Soler. Queremos hacerle un par de preguntas acerca de Albert Llach.

Cristina se sobresaltó, hacía meses que no hablaba con Albert, no sabía de lo que iba eso, con un temblor en sus palabras les preguntó:

—¿Albert? ¿Qué ha pasado con Albert?

—El señor Albert Llach lleva desaparecido desde la madrugada del jueves —contestó Soler, que se mantenía algo alejado, por detrás de Pedraza.

—¡Dios mío! ¿Habéis hablado con Marta, su mujer? Hace meses que no hablo con Albert, no sé ni se me ocurre nada… ¿Habéis llamado a su empresa? A Albert le gusta mucho trasnochar, pero siempre acude a su trabajo, no sé qué le ha podido pasar…

—Fue su mujer la que nos llamó. Ella nos dio su nombre para que le llamásemos

—contestó Pedraza—. Nos ha comentado que el miércoles sobre las once y media de la noche recibió una llamada, la cual duró unos segundos. Después de eso salió a sacar al perro y viendo que tardaba más de la cuenta se quedó dormida. Se despertó con los arañazos y ruidos que hacía el animal en la puerta de casa. Pero ni rastro de Albert.

—No sé qué decir, la verdad… —contestó Cristina atemorizada—. Podría llamar a John. Es mi prometido y compañero de Albert, pero está en Estados Unidos, ¿qué hora es? Las diez, allí ahora son… —Cristina calculó las seis horas de diferencia en un nanosegundo, es lo que había estado haciendo desde hacía seis meses—, las cuatro de la mañana. Si queréis lo intento, pero lo conozco y sé que no se va a enterar de que le están llamando, tiene un sueño realmente profundo.

—Hágalo, y ahora procederemos a las preguntas —contestó Pedraza.

Cristina sacó su móvil y llamó a su prometido. Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos…

—Nada, no lo coge. Puedo intentar llamar a Albert a ver si me lo coge —comentó Cristina, pensando que eso ya lo habrían intentado ellos. No había hablado con Albert desde la última discusión que habían tenido él y John. Albert se sobrepasaba con ella siempre que llevaba una copa de más, y la última vez, aquella noche en el bar, rebasó la confianza que estos dos tenían y se acercó demasiado a ella. Le habían perdonado muchísimas veces, pero aquella vez John no pudo más y golpeó a Albert hasta dejarle casi inconsciente. Marta y Cristina fueron para allá, pero Albert ya tenía el tabique roto y todo el rostro lleno de sangre. Albert pidió perdón a los dos después de eso. John le perdonó, pero solo porque era su jefe y tenía que verlo todos los días, también porque Albert se había portado muy bien con John cuando acudió a la empresa a entregar el currículum cuando llegó de Inglaterra. Cristina hizo lo contrario, y decidió romper la relación con su amigo para siempre.

—El móvil de Albert está apagado. Lo hemos probado ya, gracias. Créame. Sabemos hacer nuestro trabajo. ¿Podemos proceder a las preguntas? —preguntó Pedraza.

—Sí, disculpen. Estoy algo nerviosa. No siempre se me presenta el CNI en mi trabajo, y no es que ocurran muchas desapariciones en mi entorno. Pasad por favor, sentémonos aquí —dijo Cristina mientras cerraba de nuevo las puertas del local y colocaba el cartel de «Vuelvo en 5 minutos»—. ¿Querrían tomar algo?

—No, muchas gracias. Será poco tiempo. Bien, empecemos —dijo Soler—. ¿Cuánto hace que conoce a Albert?

—Unos cinco o seis años, conocimos a John y a Albert en un bar y nos hicimos muy buenos amigos —contestó Cristina.

—Por lo que se ve, de John se hizo mucho más amiga que de Albert, ¿verdad? —preguntó Pedraza.

A Cristina esta pregunta le incomodó y extrañó al mismo tiempo.

—¿A qué viene esa pregunta? Ya le he dicho que John es mi prometido, claro que

me hice más amiga de él que de Albert —contestó esta.

—De acuerdo señorita Brugueras —dijo el agente Soler—. ¿Cuánto hace exactamente que no ve a Albert?

Cristina dudó unos instantes.

—No se lo puedo decir con exactitud. Creo que fue a mediados de este verano, en la Festa Major. Paseaba con John cuando nos encontramos con Marta y Albert y fuimos a tomar algo a un bar que hay allí en el barrio gótico —contestó Cristina.

—Su novio y Albert se llevan bien, ¿verdad? —preguntó de nuevo Soler, mientras Pedraza tomaba notas en una libreta.

—Sí. A ver, Albert es su jefe, pero antes de eso eran compañeros de trabajo, y solíamos salir los cuatro —contestó Cristina.

—¿Qué cuatro? —preguntó Pedraza sin levantar la vista de la libreta.

—Pues John, Albert, Clara y yo —contestó Cristina dudando si sabían la existencia de Clara.

—¿Clara Nogués? —preguntó Soler.

—Sí. Verá…, es su expareja. Antes de casarse con Marta salía con Clara —contestó Cristina.

—¿Ah, sí? —contestó irónicamente Pedraza mientras se levantaba del sillón—. ¿Cree que no sabemos esto? ¿Cree que no sabemos hacer nuestro trabajo? Somos del CNI señorita, no tenemos un puesto de kebabs en la esquina de esta calle —dijo señalando la puerta de la calle—. La señorita Nogués no sabe nada de esta desaparición.

Cristina se asustó, realmente no le gustaba la forma de actuar de esa persona.

—Eh…, lo siento, señor. No quería molestarle… —se disculpó.

—Bueno, acabemos ya con esto —dijo Pedraza mientras se sentaba de nuevo en el sillón de la galería—. ¿Sabe si Albert estaba metido en algún asunto ilegal?

—Pues la verdad es que me extrañaría, y mucho. Albert es una buena persona. Muy ambicioso, eso sí. Pero no creo que a su edad, y con el dinero que ganaba hubiese empezado a delinquir —contestó Cristina.

Pedraza se volvió a levantar del sillón, para preguntarle de nuevo a Cristina, la que encogida y casi atemorizada en el sillón esperaba otras bruscas palabras de este.

—Bien, señorita, una última pregunta —dijo Pedraza mientras Cristina asentía con la cabeza en señal de afirmación—. ¿Cuánto hace que no se acuesta con el señor Llach?

Cristina abrió los ojos de par en par.

—¿¡Qué!? —gritó sobresaltada. Nunca se había acostado con Albert, y no porque él no quisiera, ya que más de una vez, estando él con Clara se le había insinuado. Estando también con Marta, y después de haberle ayudado tanto Cristina y John, también lo había intentado. El alcohol le hacía perder la cabeza y tenía una terrible predilección por las mujeres imposibles como ella.

—¿Pero qué estáis hablando? —preguntaba a Soler y Pedraza mientras se

levantaba del sillón dando un salto.

—¿Disfrutaba más teniendo relaciones sexuales con el señor Albert Llach o con su prometido? —volvió a insistir Pedraza.

Cristina, enervada, empezó a dar vueltas cerca de los sillones.

—¿Pero qué clase de pregunta es esa? ¿De verdad me está preguntando esto? —contestó irritada.

Pedraza dirigió la mirada hacia Soler mientras sonreía.

—Gracias señorita Brugueras, creo que esto es todo, le llamaremos si necesitamos algo. Buenos días —le dijo Soler. Se dirigieron a la salida y al abrir, el cartel de «Vuelvo en cinco minutos» se despegó de la puerta. Cristina lo recogió del suelo mientras veía como los dos agentes se alejaban.

—¡¿No deberíais dejarme una tarjeta por si me entero de algo?! —les preguntó ella desde lejos.

—Señorita, no nos hace más falta. Y no vea tantas películas de detectives, por favor —le contestó Pedraza justo antes de doblar la esquina.

Cristina volvió a poner el cartel de nuevo. Se fue hacia el patio interior y se encendió un cigarro. Estaba preocupada por Albert, no sabía dónde podía estar. También estaba molesta, la actitud del agente Pedraza no le había parecido nada cívica. No creía que fuese forma de tratar a un civil. No le dio más vueltas. Apagó su cigarro al cual solo le había dado un par de caladas y se puso a dejar todo listo para la exposición. Hoy iba a ser un día grande. A pesar de todo.

Al otro lado del Atlántico, el presentador del NY1 mostraba un rostro pálido y frío. Sentado en la mesa manejaba los papeles, nervioso de un sitio para otro. Miraba a su compañera y volvía a toquetear los papeles.

—¡Adelante en tres, dos, uno…!

—Buenos días de nuevo, Nueva York. Seguimos después de esta pausa con la noticia del día. Como habíamos comentado el alcalde de Nueva York no ha dado ningún tipo de declaración aún y se espera que comparezca para una rueda de prensa dentro de una hora. Por el contrario, el gobernador ha contestado unas preguntas a la salida de la Casa Blanca donde supuestamente había tenido una reunión con el presidente.

—¡Adelante con el vídeo en tres, dos, uno…!

—Señor gobernador, Jimmy Fox, de ABC News, ¿cuándo cree que acabará esto?

—No lo sabemos aún. Esperemos por el bien de la ciudad y, por el del mundo entero, que dure lo más mínimo…

—Señor gobernador, aquí Ruth Wiles, de CNN Radio, ¿cree que se trata de un ataque terrorista?

—No lo descartamos. Esperemos que no. Muchas gracias.

—¡Señor gobernador! ¡Señor gobernador!

—¡Adelante en tres, dos, uno…!

—Como han podido ver el gobernador no ha dado mucha información al pueblo. Esperemos que el alcalde dé algo más de luz a este asunto. Porque la verdad, la población está muy preocupada…

Capítulo I

El sol de mayo brillaba mientras a Arturo le llegaba una suave brisa fresca. Sentado en un montón de paja, viendo como galopaba la yeguada de su familia, frente aquella maravillosa estampa, este se sentía vacío.

Había nacido en Lancaster, una pequeña ciudad del sur de Pensilvania con cincuenta y poco mil habitantes, y a tres horas de Nueva York, no había visto nada fuera de su granja. Apenas había estado en la ciudad y moría de curiosidad por saber qué había allí fuera.

Acababa de cumplir la mayoría de edad y trabajaba en la finca con su familia. En el fondo, le gustaba esa vida, esa libertad, pero pensaba que nunca había visto nada que no fuese su granja, su familia, su religión. Un sentimiento de curiosidad extrema le recorría el cuerpo desde hacía años. Se sentía encerrado. Se preguntaba si realmente esa era la vida que quería. Si esas pautas de vida eran las que debía y quería seguir. No sabía lo que era un gran edificio. No sabía lo que era un bar de copas. Se emocionaba cuando salía de la granja con su bicicleta y se acercaba tímidamente a la entrada sudoeste de Lancaster. Esos bares, esos conciertos por la calle, esos chicos, que lo miraban de forma extraña mientras se reían. Con un poco de pena, y arrastrando el alma, daba media vuelta y se marchaba.

Arturo pensó muchísimas veces salir de ahí. Nueva York estaba a 160 millas. ¿Quién le decía que no podría llegar? ¿Quién le decía que no le darían trabajo en cualquier fábrica? ¿Quién le decía que no tendría una oportunidad? Él era un manitas, y se le daba muy bien el trabajo de carpintería. Su padre se lo decía. Su padre no se lo permitiría. Era muy estricto, casi tiránico. Cuando viajaba a Lancaster lo hacía a escondidas, con un pavor enorme a las represalias de su progenitor.

Arturo se levantó. Decidido, fue hacia su habitación, abrió el armario y escondida en una bolsa tenía ropa que compró una vez en Lancaster, por si algún día reunía el valor para salir de allí. Hacía ya tres meses de eso. Hoy sí. Había llegado la hora de probar suerte en la gran ciudad. ¿Qué podía salir mal?

Se afeitó su barba y se puso su ropa. Algunos cortes por su rostro reflejaban el nerviosismo de aquel muchacho. Pero se veía genial. Se imaginaba paseando por Nueva York, con su sudadera y tomando un café con sus amigos mientras conocían gente nueva.

Caminó despacio hasta la cocina, ahora venía lo peor. Volverle a decir a sus padres que se quería ir. Su padre, Samuel, era el líder del asentamiento. Un hombre muy agresivo, nada que ver con su religión. Tenía a su mujer y a sus seis hermanos como siervos a sus órdenes, tenían que hacer todo lo que él dijese. Y sin rechistar.

Cuando Arturo apareció por la puerta, vestido con una sudadera roja con capucha, los pantalones vaqueros rasgados, y esas deportivas blancas, su padre lo miró enfurecido. Sus ojos se agrandaron inyectados en sangre y furia. Se acercó a Arturo y le abofeteó brutalmente. Mientras este se levantaba, aturdido por el golpe y con dos lágrimas empezando a salir de sus ojos, su padre lo agarró del pelo y le volvió a abofetear. Su madre miraba inmóvil desde la cocina.

—Arturo —dijo Samuel—, no vuelvas a aparecer. Nunca más. Ya te puedes ir yendo de aquí.

No era la primera vez que Samuel pegaba a Arturo. Pero siempre que lo había hecho era por la misma razón. Las ganas que tenía este de salir de la granja y poder hacer una vida en Nueva York. Samuel había prohibido totalmente a todos sus hijos el *Rumspringa,* un periodo en los que los jóvenes amish, a los dieciséis años, contactan más ampliamente con el mundo fuera del asentamiento durante un tiempo, después de esto, el joven debe elegir si bautizarse o salir de la comunidad para, claro está, no volver nunca más.

A ninguno de sus hermanos les molestó la decisión de su padre, a ninguno excepto a Arturo. Él quería ser libre, y salir de ese sitio en el cual no veía futuro alguno. Se sentía arrestado. Temeroso también. Sabía que si algo salía mal no podría volver de nuevo.

Samuel cogió a Arturo por la espalda y lo echó de su casa. Sin tiempo de despedirse de sus hermanos. Sin tiempo de decirle adiós a su madre. En la puerta de su casa, sin dinero alguno, y con un sentimiento de culpa que le llenaba todo el cuerpo, Arturo se dirigió a la carretera. Su intención sería caminar por allí y esperar a que alguien lo montase en su coche, como hacían esos jóvenes que veía cuando paseaba con su carruaje.

Los vehículos pasaban, pero hacían caso omiso a sus gestos. ¿Estaré haciéndolo bien? Creo que hacían así… Pensó Arturo mientras levantaba el pulgar.

En ese momento, solo en la carretera, y anocheciendo en Lancaster, escuchó un sonido digital. Nada parecido a lo que había escuchado antes. Sonidos de la ciudad, como los amish decían. El sonido era cada vez más y más fuerte. Más y más fuerte. Hasta que de repente…

Arturo se despertó. Su móvil sonaba para recordarle el día y la hora que era: Son las siete de la mañana del dieciocho de octubre. La temperatura mínima para el día de hoy es de: servicio no disponible; la temperatura máxima para el día de hoy es de: servicio no disponible. Una robótica voz digital le informaba como todas las mañanas. Otra vez el mismo sueño de siempre…

Cogió la ropa del día, aún medio dormido, se afeitó, se cortó un par de veces en la barbilla y fue a la ducha. Mientras el agua caliente caía sobre su cuerpo escociéndole los cortes y veía como por la ventana empezaba a nevar en esa fría mañana de octubre, Arturo pensaba en ese sueño. Soñaba día tras día lo mismo, un sueño que le hacía recordar de dónde venía, eso le hacía sentir bien. Pero también mal al pensar

que hacía seis años que no veía a su familia. No obstante, sabía que estaban bien, ya que todos los meses pasaba por la granja con su coche y los observaba durante un tiempo. Pero desde hacía seis años que su padre le dijo que no volviera a esa casa, no lo había hecho. Estaba dolido pero respetaba la decisión de Samuel. Siempre lo haría.

Arturo se vistió, cogió su móvil y su cartera y salió a la E 104th st. Se dirigió como todas las mañanas al East Harlem Café a desayunar. Pero aquel día, el local estaba cerrado. «Mierda. Y encima llego tarde». El antiguo amish trabajaba en True Love. Era una empresa de citas por internet que se había hecho muy popular, y debido a la gran publicidad que había repartida en toda Nueva York era la mayor empresa de este tipo de negocios. George Collins, presidente, máximo accionista y fundador de True Love estaba ganando muchísimo dinero gracias a la aplicación para móviles que sacó al mercado totalmente creada por el joven amish.

George conoció a Arturo en la universidad de Nueva York, allí se hicieron amigos. Estudiaba dirección de empresas y era un genio para los negocios. Venía de una familia adinerada, y tenía todo lo que quería. Un día se le ocurrió crear una red social solo para fraternidades, que estas se puntuaran entre sí para ver quien organizaba las mejores fiestas… Y claro está, para tener sexo entre sus miembros. A los jóvenes de hoy en día no les interesa una mierda una fiesta. O sus estudios. Lo único que quieren es follar. Si van a una fiesta es para follar. Si van a la universidad es para follar. Nada más, comentaba George por aquella época. Pero este no tenía ni idea de programación. Era nulo para eso. Para ello estaba Arturo, al cual le ofreció cuatro mil dólares por crearla.

A Arturo, que por esos tiempos ya no trabajaba en la fábrica de muebles y que subsistía arreglando ordenadores y haciendo pequeños trabajos de diseño gráfico por unos míseros dólares, le venía muy bien ese dinero para pagar el alquiler y la universidad. Accedió al momento. Esos cuatro mil dólares no le duraron mucho tiempo, y cuando acabó la carrera, George ya había amasado una fortuna con su idea.

Hace cuatro años, cuando paseaba por Nueva York buscando trabajo recibió una llamada en el móvil.

—¿Señor Flickinger? —preguntaron al otro lado de la línea.

Arturo se alegró, si le hablaban por su apellido lo más seguro es que fuese una de las empresas en las que había dejado su currículo. Y no se equivocaba mucho.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó Arturo.

—¡Arturo! ¡Maldita sea! ¡Soy George! ¡George Collins! ¿Estás trabajando?

—Hola George, qué de tiempo. No, no estoy trabajando. Es más, aquí estoy intentando encontrar algo. —Arturo se sintió realmente como si se hubiese bajado los pantalones.

—¡Perfecto! ¿Quedamos en el East Harlem Café? ¿Recuerdas aquella cafetería donde solíamos quedar? ¿En media hora? —preguntó George.

—Claro, allí estaré —contestó Arturo.

Al llegar a la cafetería se encontró a una persona totalmente distinta a la que

conocía. George llevaba un traje de Brook Brothers, hecho a mano y para él mismo, le quedaba como un guante, su corbata ajustada y ese semblante al más puro agente de bolsa de Wall Street mostraba al mundo que no le iba nada mal.

—¡Cuantísimo tiempo, Arturo! —George y él se fundieron en un abrazo. Arturo sabía que George se estaba forrando con su nueva empresa, salía en televisión, revistas y daba conferencias para nuevos emprendedores. Como habían abierto unas oficinas nuevas, lo más probable es que George le llamara para formar parte de su equipo de programadores. Bueno, al menos no tengo que mendigarle nada. Y además, ¿quién mejor que él para trabajar ahí?, pensó Arturo.

—Estoy muy bien George, estoy buscando trabajo ahora mismo —mientras le mostraba a George una carpeta repleta de currículos.

—A ver, déjame —George le quitó la carpeta de la mano—. Karen, puedes ponernos un té verde y un caffelate, ¿por favor? —le preguntó a la camarera—. Y por favor, tira esta carpeta a la basura, ya no nos hace falta —la camarera asintió, mientras que Arturo miraba perplejo.

—Sí, Arturo, ya no te hace falta buscar más trabajo. Estás contratado. —George hizo una pausa, pero viendo que Arturo no decía ni gesticulaba nada siguió hablando —. Vas a trabajar en True Love Inc. como jefe de programación. —Arturo hizo el intento de abrir la boca pero George lo calló con un gesto—. Shh. Ahora espera. Quiero pedirte perdón porque sé que lo he hecho mal. Tú deberías haber formado esta empresa conmigo, sin ti esto no sería posible. Deberíamos haber sido socios. Pero mira, no digas nada, vas a trabajar como jefe de programación, vas a tener a un equipo de diez programadores trabajando para ti, también vas a tener un sueldo de cuatro mil quinientos dólares mensuales y te voy a entregar mil quinientas acciones de True Love. Que por cierto, han subido un tres coma dos por ciento esta semana.

Arturo se quedó perplejo. No le hacía gracia trabajar para George, siempre había sido un repelente, pero era una muy buena oportunidad para ganar dinero y poder mudarse de aquel cutre apartamento donde vivía. ¡Caray! ¡Cuatro mil quinientos dólares mensuales es mucho dinero!, pensó. Arturo hizo un gesto de afirmación mientras la camarera les servía su té.

—¿No tienes nada que decir? —le preguntó George con la ceja levantada.

—Sí, claro. Muchas gracias por esta oportunidad George —contestó Arturo aliviado, mientras mentalmente se subía de nuevo los pantalones.

George tomó un rápido sorbo de café, se levantó de la mesa, sacó su cartera, dejó un billete de cincuenta dólares y se dirigió a Arturo.

—Nos vemos el lunes a las nueve en las nuevas oficinas. —Mientras le dejaba una tarjeta de visita encima de la mesa.

Así es como empezó su andadura por True Love.

Arturo caminaba hacia su trabajo en esa mañana de octubre como todos los días.

Abrigado hasta arriba, empezaba a ver caer los copos de nieve en su enorme bufanda de lana. Pensaba en Karen, y en por qué no había abierto esa mañana.

Era un chico muy tímido, y aunque salía a veces con un par de amigos a tomar copas y conocían a gente, aún era virgen, y el tener ya veintiséis años y ser virgen no era muy normal en Nueva York. Él tenía claro que no iba a tener relaciones carnales con nadie hasta que no hubiese encontrado la persona ideal. Es algo que se decía, principalmente, para paliar el sentimiento de culpa que tenía desde hacía seis años al abandonar la comunidad. Con esa edad, en Lancaster, ya se hubiese casado aunque no quisiese y sería padre de mínimo cuatro hijos.

Cuando llegó a las oficinas se encontró a la mayoría de empleados en la puerta. Algunos tomaban café, otros fumaban mientras conversaban frenéticamente.

—Buenos días, ¿qué pasa aquí? ¿Por qué no estáis trabajando? —preguntó Arturo.

—Buenos días, jefe. ¿No sabe lo que ha pasado? ¿No ha visto las noticias? —contestó uno de sus empleados.

—No, Jack. Me he entretenido y he tenido que venir pitando. ¿Qué pasa?

—La red se ha caído en Nueva York. Lleva así desde hace media hora. Hay un caos tremendo en toda la ciudad.

—¿Qué dices? No será para tanto. Se habrá caído algún repetidor o algo. Vamos para arriba, va —contestó Arturo.

—Que no, que no. Mire las noticias ahora.

Arturo subía en el ascensor. Pensaba en lo que estaba pasando en la ciudad y se apresuraba rápidamente hacia su oficina con la intención de poner las noticias. Estaba frente a la ventana de su despacho en la décima planta del American International Building, donde se situaban las oficinas de True Love. Observaba cómo los habitantes de esa ciudad se sentían descolocados, nadie estaba en su lugar. Andaban sin sentido, cabizbajos. Se dio la vuelta y encendió la enorme pantalla de plasma situada al fondo de aquella oficina:

> Algunos dicen que la situación que se vive en estos momentos en Wall Street es mucho más catastrófica que la crisis del veintinueve. Los hospitales están colapsados en la mayor parte de la ciudad. La gente llega a ellos con ataques de pánico y ansiedad…

—Vaya… —cambió de canal:

> Conectamos con nuestro corresponsal en Washington. Phil, ¿cómo van las cosas por allí?
>
> —Verás Joe, esto es un auténtico caos. La policía ha tenido que llevarse ya a unas veinte personas detenidas. Se las están llevando a distintas comisarías y los dejan esposados en la calle, ya que dentro no cabe ni un alma…

El cuerpo de Arturo se puso más tenso mientras cambiaba de canal otra vez.

—Llegan noticias de Canadá, donde por lo que parece ser un joven está desatando el pánico en Toronto amenazando a todo el mundo con una motosierra…

Canadá…, pensó. Y volvió a cambiar de canal: Nos comunican que en una zona del sur de Alemania, un grupo de personas se mantienen recluidas en un búnker a la espera del juicio final…

—¡Dios mío! La gente está loca —exclamó Arturo. Justo cuando iba a apagar la televisión el presentador de las noticias adelantó una exclusiva: Nos acaba de llegar el primer recuento de los fallecidos en Estados Unidos. A las ocho y cuarto las muertes ya se cuentan por decenas de miles de personas. Los aeropuertos están totalmente cerrados y ahora mismo no hay ningún vuelo operativo en…

Arturo apagó la televisión. El miedo estaba presente en cada centímetro de su cuerpo, el cual mantenía tenso. Después de esto reunió a su equipo de trabajadores en la sala contigua a su despacho.

—A ver chicos —comentó Arturo—. Ya sabéis lo que está pasando, y si yo fuese el jefe de esta compañía hoy daría el día libre para cada uno de los casi ochenta empleados de esta sede. Pero el señor Collins no creo que opine lo mismo. Está en un viaje de negocios y no vuelve hasta la semana que viene, y como sabéis, yo estoy al mando mientras él está ausente. Entonces, esto es lo que vais a hacer. Os vais a tomar todo el tiempo que necesitéis para poneros en contacto con vuestros familiares y amigos. Esa será la prioridad principal. Cuando ya estéis más tranquilos, procederéis a revisar el algoritmo de localización para la zona norte, que sigue dando la lata, y repasaréis la estructura de la nueva actualización una y otra vez. Sé que está más que repasada y es totalmente estable y funcional, pero no nos hemos podido poner en contacto con la delegación de Alemania para que nos mande su bloque. —A Arturo se le pasó por la cabeza en ese instante la congregación apocalíptica alemana que salía en las noticias—. Así que lo siento, pero es lo que tenéis que hacer hoy —finalizó Arturo mientras salía de la sala de reuniones y se dirigía a su despacho.

Los trabajadores asintieron con la cabeza agradecidos y se fueron cada uno para sus mesas.

Sentado en el sillón del enorme despacho al cual se había trasladado meses atrás, pensaba en lo que había sucedido. Eran las ocho de la mañana y tenía miedo de encender la televisión de nuevo, ya que cada noticia que había estado escuchando le había sentado peor. Sin nada más que hacer, y pensando que era casi obligación por parte de cada uno de los habitantes de esa ciudad informarse de lo que estaba sucediendo, cogió el mando a distancia y con un clic encendió de nuevo una pantalla al final de esa habitación.

Capítulo II

La ventana del apartamento de John mostraba una típica mañana otoñal. Se levantó de la cama de un salto. Era hora de volver a casa. Después de seis meses en Estados Unidos se sentía cansado de ese gran país. La estancia por negocios de dos meses se había alargado más de la cuenta.

No sabía por qué, pero aquel día se levantó con una extraña sensación. No eran nervios, ni pena, pero tampoco felicidad, que es lo que más le extrañaba. Había mandado toda su ropa en cajas a través de una empresa de mensajería internacional la cual era cliente suyo, así que lo único que llevaba encima era su portátil y una maleta. Cogió el ordenador y lo metió en su mochila.

—Bien, John —dijo mientras se ponía su chaqueta de cuero negro frente al espejo. Se veía radiante. El frío de Nueva York le había tersado el rostro, y con sus cuatro meses de gimnasio y su mucha fuerza de voluntad habían conseguido hacer desaparecer esos kilos de más que había cogido desde que se mudó a Estados Unidos. Había tenido que dejar de lado sus amadas clases de interpretación para poder cuidarse a sí mismo. Aunque se le diese estupendamente, sabía que él no pertenecía al mundo de la farándula, y por muy buen actor que fuese, había que buscar algo más seguro con lo que ganarse el pan de cada día. El día solo tenía veinticuatro horas y el trabajo ocupaba más de la mitad de esas. Así que dejó de lado el teatro y se propuso ganar el máximo dinero posible en ese país. Era un joven británico de estatura media, pero de constitución fuerte. Los mechones cortos de pelo ocre rizado caían desorganizados por la frente y la nuca, de la cual, le seguía un amplio y fuerte cuello que acompañaba a un ancho rostro. Acostumbrado al clima mediterráneo de Barcelona, el frío de Nueva York le causaba una pereza enorme para salir a correr y hacer algo de ejercicio, le recordaba a la frialdad londinense. Tampoco tenía muchos amigos en esa gran ciudad, por lo que pasaba la mayoría de las noches comiendo comida basura y bebiendo batidos.

—¿Está todo ok? ¿Llaves? ¿Móvil? ¿Cartera? ¿Billetes? ¿Pasaporte? —decía mientras se tocaba los bolsillos de sus pantalones y de su chaqueta revisando lo necesario—. De acuerdo. Vámonos.

Nada más tocar el pomo de la puerta notó una vibración en alguna parte de su cuerpo.

—El móvil —pensó mientras se palpaba de arriba abajo buscándolo—. Mierda, mi avión sale en una hora y media y tengo que estar en La Guardia una hora antes, ¿quién coño será? —John miró el móvil—. Albert. Maldita sea, a ver qué quiere este pesado ahora —pensó.

Albert había sido su compañero de trabajo, y ahora era su jefe. Era algo mayor que John, pero mucho más antiguo en la forma de pensar y actuar que el britano. Con él había hecho casi todos los viajes de negocios en los seis años que llevaba en la empresa. La verdad es que todo lo que sabía sobre el tipo de comercio que realizaban era gracias a él. Fue una de las primeras personas que conoció al llegar de Inglaterra. Los dos eran los mejores. Su empresa les había premiado muchísimas veces por los increíbles beneficios que estos dos aportaban a la corporación. Eran tiburones de los negocios. Pero desde que a Albert lo habían ascendido hacía un par de años, las cosas entre ellos dos no son lo que eran. El poder de Albert le había cambiado. Ya no se llevaban tan bien, ni dentro, como es normal en una relación laboral entre amigos, ni fuera del trabajo. Antes de estar con Marta, había estado siempre detrás de Cristina, la novia de John. John no quería recordar todo lo que Cristina le había contado. Albert se sobrepasaba siempre que bebía, siempre. Y no le importaba que el británico estuviese delante. Más de una vez habían acabado en las manos por culpa del descaro de su amigo.

Con algo de nervios pensando que el tráfico de Manhattan era una locura esa hora de la mañana, y que de la 97 Steinway Street hasta el La Guardia había unas tres millas, hizo un cálculo rápido, sumó media hora por los imprevistos, sumó otra hora por si había más imprevistos, y pensó que tenía unos 15 minutos libres. Nunca se sabía qué podía pasar. John prefería estar una hora sentado en una cafetería del aeropuerto esperando a que abriesen las puertas, que ir con el tiempo justo para embarcar.

John, tranquilo, seguro que quiere desearte buen vuelo. Son las ocho y media aquí, ¿allí? Las dos y media. Hoy es jueves, seguro que ha salido de trabajar temprano.

Sin más, y con algo de prisa, John contestó al teléfono:

—¿Qué tal, Albert?

La voz de Albert, no era la de siempre. Tenía una voz apagada. Nerviosa.

—John… No puedo hablar… —El sonido débil de la voz de Albert sonaba temeroso y dubitativo—. Lo siento, pero…, no vas a poder irte de vacaciones hoy…, verás…, tenemos que vernos cuando llegues a Barcelona. Nos vemos. Buen vuelo.

La llamada terminó.

—¿Pero qué cojones pasa? —dijo John—. Joder hoy empiezan mis vacaciones. Me he pegado las últimas dos semanas trabajando hasta los domingos sin parar, buscando clientes por todo Nueva York… Es más, Cristina había reservado el hotel en Andorra para los dos. ¡Joder, me mata! ¡Cristina me mata! ¡Tenemos que estar en Andorra!

Hacía dos años que Barcelona brindó la oportunidad de conocerse a John y a Cristina. Era una chica muy guapa, rubia, de metro sesenta. Con una sonrisa cautivadora. Y una mirada penetrante que hasta en las discusiones te hacía dudar de tus argumentos. Divertida e inteligente. Tenía la misma edad que él, y a sus treinta

años, con su licenciatura en Bellas Artes y un don natural para pintar y esculpir maravillas, ya había conseguido una pequeña fortuna. Una pequeña fortuna que usarían para casarse el año que viene. A John no es que le molestase que ella pagase siempre todo, pero no se sentía muy bien. No era un hombre moderno, era muy tradicional, y aunque sabía que a Cristina no le importaba para nada gastarse el dinero con él, no le hacía gracia. Pero por esto es por lo que había aceptado el trabajo en Estados Unidos. Este viaje haría que sus ingresos mensuales se triplicaran, y las comisiones por contrato cerrado que recibiría serían mucho mayores. Tendría algo más de dinero que su pareja, y no se sentiría mantenido por ella.

¿A qué hora se supone que llegaré a Andorra? Suponiendo que no haya retraso y el avión salga a las diez, que allí son seis horas más, que tarde ocho horas en llegar a España y otras tres para Andorra… —John hizo sus cálculos mentales de nuevo— ¡Como mínimo a las tres de la madrugada! Madre mía, y encima tengo que pasar antes a ver a Albert… Supongo que por lo menos el fin de semana me dejará irme. Deberíamos haberlo dejado para mañana, así iríamos menos apretados de tiempo y podría descansar algo. Menos mal que Cristina estará esperándome en El Prat con mis maletas para salir directamente hacía allí. A ver cómo le digo que tengo que pasarme antes por el trabajo. Es tan cuadriculada y perfeccionista que esto no le va a hacer ninguna gracia. Me tomaré un valium y dormiré todo el viaje hacia España, pensó John.

Capítulo III

Eran las tres de la tarde de aquel día lluvioso en Madrid. El doctor Roberto Páez, jefe de psiquiatría del Hospital Gregorio Marañón seguía su jornada después de dos días de guardia. Como siempre, por mucho trabajo que llevase a su espalda, a él le encantaba llegar, trastear con sus papeles y tratar a todos los pacientes posibles. Nada más llegar a su despacho vio salir a María, su asistenta.

—Buenos días, María.

—Buenos días, doctor Páez —contestó ella.

María tenía veintilargos y su jefe casi le doblaba la edad, pero había una química especial entre ellos. Roberto era un hombre apuesto, alto y fuerte, le gustaba cuidarse, a sus casi cincuenta años aún conservaba su atractivo. Tenía el pelo largo y desaliñado, que le caía sobre los hombros y una barba de tres días, cana y unas gafas de pasta que le daban un toque juvenil, apoyadas sobre su nariz aguileña. María era una mujer alta, algo más que Roberto, con un cabello oscuro y ensortijado que le caía hasta la paletilla. Tenía una espalda ancha, y unos pechos grandes, los cuales imaginaba Roberto duros y firmes, suponiéndolos detrás de esas camisas en las que más de una vez los había advertido entre los botones de la misma.

Fue a almorzar, su estómago empezaba a sonar pidiéndole comida. Se pidió una ensalada césar y un refresco con cafeína y sin azúcar. Entró en su despacho y se sentó en su silla. En la esquina de la mesa, repleta de papeles que acababa de dejar allí María, tenía una foto de dos niños, sus hijos, Mario y Paula. El único buen recuerdo que le queda de ese atormentado matrimonio. El trabajo como jefe de psiquiatría de aquel hospital le había dado un buen renombre, pero también horas y horas de agotador trabajo que le habían quitado fuerzas a él, y amor a su exmujer. Roberto tuvo oportunidad, pudo elegir entre su trabajo o su mujer, y esta hacía años ya que no le brindaba tanto placer como lo hacía su labor en el Gregorio Marañón. Le quedaba aún una hora para retomar su jornada después del descanso. Se quedó mirando el diván que tenía en su despacho. Sí. Demasiado apetecible para decir que no. Roberto se echó en él y se dispuso a descansar un rato.

El doctor se levantó rápidamente de su diván mientras su secretaria golpeaba la puerta de su despacho.

—¡Voy, voy, voy! —Se acercó y abrió la puerta, arreglándose la rugosa camisa antes de abrir la puerta de su oficina—. ¿Qué pasa María? Aún me quedan veinte minutos de descanso —dijo este mientras miraba el reloj que marcaba las cuatro menos cuarto.

—Lo siento Dr. Páez, pero tenemos una urgencia —dijo María.

María y Roberto salieron dirección a la sala de espera. Mientras caminaban María le comentó a su acompañante que se había caído la red en todo el hospital y que supuestamente había sido por culpa de la rotura de una central eléctrica cercana a su zona.

—¿No tenemos internet? —preguntó Roberto mientras caminaba y comprobaba la señal de red de su teléfono.

—No hay conexión, se acaba de ir hace unos minutos —contestó María.

—Lo que me faltaba. Siempre ocurren los problemas cuando estoy de guardia —contestó Roberto mientras guardaba su móvil en el bolsillo y miraba al frente, recogiéndose con la otra mano el cabello que le caía sobre los ojos.

Llegaron a la sala de espera del hospital. Allí, sentado, había un hombre de unos treinta y cinco años aquejado de un fuerte dolor en el pecho, acompañado por otra persona.

—¿Qué le han dicho en urgencias?

—Dicen que es un ataque de pánico —contestó María.

—Buenas tardes caballero, cuénteme ¿qué le sucede? —preguntaba Roberto mientras se ponía de cuclillas al lado del hombre.

—Doctor, creo que me está dando un ataque al corazón. Me duele mucho el pecho. Sus compañeros me han dado una pastilla y me han dicho que me esperase aquí. Me está dando un puto ataque al corazón y estos imbéciles me dicen que me quede aquí esperando —contestó este.

—Está bien, tranquilícese y acompáñeme.

—No puedo doctor, joder, no puedo moverme. Ya le he dicho que me está dando un ataque al corazón. —El paciente tenía la mirada perdida mientras se agarraba la camisa por la parte del pecho.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Roberto.

—Me llamo Carlos.

—Está bien Carlos. Escúchame. Lo que estás sufriendo no es un infarto. El veinte por ciento de la gente que acude a urgencias con un supuesto ataque al corazón sufre en realidad un ataque de pánico. Créeme que mis compañeros ya te han hecho las pruebas oportunas y han desestimado que tengas algún ataque cardiaco. ¿Cuánto hace que te sientes así?

—Pues hace unos veinte minutos. Estaba trabajando cuando en mi trabajo se ha ido internet. Soy *trader* de bolsa y tenía entre manos una gran cantidad de dinero en juego. La conexión se ha caído y de repente me he puesto muy nervioso. Me he empezado a marear y me he caído al suelo desmayado —contestó Carlos.

—Sí, aquí también estamos sin conexión —dijo Roberto.

—Ya pero es que también tenemos dispositivos que funcionan con red móvil, y ya que nuestro trabajo es muy arriesgado, tenemos tarjetas de todas las compañías y en diferentes dispositivos para en casos de urgencia utilizarlas para cerrar transacciones, pero ninguna funcionaba. No había ni conexión a internet ni red móvil.

—Espera. ¿Me estás diciendo que de las tres compañías de telefonía que existen en España, ninguna de ellas tenía conexión? ¿Puede ser de los dispositivos? O de…, no sé…, ¿tenéis algún tipo de competencia que haya podido usar a ver…, tenéis algún tipo de enemigo que haya podido usar algún inhibidor de frecuencia para chafaros las operaciones? —preguntó Roberto.

—Nosotros tenemos ocho compañías telefónicas. Incluidas compañías extranjeras que funcionan con *roaming*. Nunca se está del todo seguro, y lo hemos probado en diferentes terminales. Mi compañero Luis —dijo Carlos señalando a su amigo—, ha llamado a nuestros otros compañeros en Alcorcón y dicen que tampoco tiene señal. Creemos que se ha caído en todo Madrid.

—¿¡Cómo!? —preguntó exaltado Roberto mientras sacaba su móvil del bolsillo, y comprobaba que seguía sin tener conexión. María hizo lo mismo. Tampoco. Mientras seguían al lado de Carlos, los médicos de urgencias pasaban de lado a lado mientras que por la puerta seguían llegando más pacientes aquejados de ataques similares. Ansiedad. Pánico. E incluso ira.

—Espérese aquí Carlos. Ahora venimos. Vamos, María —comentó Roberto.

Mientras caminaban hacia su despacho se pararon a hablar con uno de los médicos.

—Oye Rafa, ¿qué está pasando? ¿Qué es eso de que se ha caído internet en todo Madrid?

—¿En Madrid? ¡En toda España! He puesto las noticias y las he tenido que quitar. Están contando cosas escandalosas. Robos, muertes… Hoy vamos a tener una mañana movidita —contestó su compañero.

María y Roberto se miraron y salieron rápidamente hacia su despacho para poner la televisión. Entraron y su ayudante cerró la puerta mientras Roberto cogía el mando de la televisión y la encendía:

> Seguimos con la noticia del día. Fuentes externas nos comentan que en Estados Unidos y en buena parte de Europa están teniendo el mismo problema que nosotros aquí en España. Nos informan de graves altercados donde la policía de Nueva York ha tenido que actuar para que no llegasen a mayores. En Italia un avión se ha estrellado y ha causado la muerte de más de cien personas. En Rusia la cosa no pinta mucho mejor. En Tokio la gente siente pánico y confusión y en algunas zonas están empezando a haber actos de ira y rabia contra las autoridades tokiotas. Aún no tenemos noticias de la posible causa de este suceso que ha puesto en jaque a la población mundial, cosa que preocupa a todo el mundo. Nos llegan noticias de Estados Unidos donde el presidente del gobierno ha dado una breve rueda de prensa para calmar a la población. Veamos el vídeo.
>
> —Como hemos comentado aún no sabemos nada de lo que está sucediendo en todo el planeta. Estamos estudiando la posibilidad de que sea un ataque ciberterrorista. Sería lo más probable. No sabemos tampoco cuánto va a durar todo esto. Estamos muy preocupados por los ataques contra las autoridades y contra los grupos políticos. Queremos pedir desde aquí a la población que se ayude entre ellos mismos y que no cunda el pánico. Tenemos que estar tranquilos y esperar que sepamos cómo va a acabar esto. Muchas gracias.
>
> Como vemos el presidente de los Estados Unidos está actuando con plena tranquilidad. Veamos ahora el comunicado que ha dejado nuestro presidente.
>
> —Y queremos pedir ante todo tranquilidad. Que no cunda el pánico en estos momentos. Estamos trabajando conjuntamente con todos los cuerpos de inteligencia de diversos países para saber por

qué estamos sufriendo este ataque. También retransmitir mi pésame a las familias de las personas fallecidas en el aeropuerto de A Coruña y a la de los bomberos de Madrid. Muchas gracias.

Nuestro presidente sigue el mismo camino que el de Estados Unidos. Como ellos dicen, tenemos que estar tranquilos. Esperar a que esto se solucione…

Roberto apagó la televisión. Su rostro era de miedo y desesperación. ¿Ha ocurrido todo esto en una hora?, le parecía increíble. Que en una hora toda la tecnología mundial haya quedado inservible y que miles de personas hayan muerto por esta causa. La tensión era palpable en el despacho. María miraba a Roberto mientras este tenía la mirada perdida en la pantalla apagada de la televisión. De repente se empezaron a escuchar gritos detrás de la puerta de ese despacho. Los dos se quedaron mirándose asustados mientras se dirigían a la puerta. Abrieron la puerta y una oleada de personas pasaron por delante. «¿Qué pasa?». La seguridad del hospital gritaba a lo lejos mientras otras personas hacían lo mismo cerca de ellos. Dentro de ese pandemonio los dos decidieron salir a ver qué ocurría. Se dirigieron a la sala de espera del hospital mientras que la gente se golpeaba entre sí corriendo hacia fuera del recinto. De pronto unos sonidos de disparos seguidos de más gritos de pánico se escucharon al fondo de aquella sala a la que aún no habían llegado. Asustados, decidieron meterse en una habitación cercana al despacho de Roberto.

—¡Ven aquí, María!

Roberto cogió a su compañera y la empujó con él dentro de la misma. Cerraron la puerta por dentro y se sentaron en el suelo apoyándose en ella. El doctor sacó el móvil y llamó al 112 inútilmente. Las líneas estaban colapsadas. ¡Mierda! Lo volvió a intentar de nuevo con el mismo final. Roberto se levantó del suelo y apoyado en la puerta miró por la ventanilla de esta. La imagen de un hombre de unos treinta años caminaba cojeando por ese pasillo. Con la mirada perdida en el fondo de aquel corredor, mantenía una escopeta en la mano derecha. Más gritos se escuchaban de fondo. Roberto, al ver el arma, se agachó de nuevo. No quiso decirle nada a María, que seguía aterrada sentada en el suelo de aquella habitación con las manos tapándose los oídos mientras los disparos sonaban mucho más cerca. Roberto sacó de nuevo su móvil para llamar en esta ocasión a la policía. Pero de igual manera que la llamada anterior, las líneas estaban colapsadas y no había manera de contactar con las autoridades. El doctor se levantó de nuevo, esta vez pausadamente y asomó la cabeza por la ventana. En esta ocasión había otra persona que había hecho lo mismo. El rostro que se encontró Roberto detrás de esa ventanilla era el de un fantasma. Una persona con el rostro demacrado. La mandíbula desencajada. Los ojos puestos en los del doctor. Lentamente, el hombre retrocedió dos pasos. Calmoso, levantó el arma y apuntó a esa ventanilla, mientras velozmente Roberto se echó al suelo y cogió a María y la llevó directamente al fondo de esa sala. Los cartuchos de aquella escopeta cayeron al suelo no antes de que cientos y diminutos trozos de cristal explotaran y cayesen repartidos dentro del despacho. El disparo de ese ente enfermo que aguardaba fuera de la oficina había destruido literalmente la puerta del despacho.

Roberto y María corrían despavoridos hacia el fondo de la habitación mientras que el joven de la escopeta empujaba con la rodilla y abría sin ningún tipo de esfuerzo la puerta de ese despacho. Los dos compañeros no tenían escapatoria, no había posibilidad alguna de salir de aquella sala, de la que temían que se convirtiera en su tumba. El hombre de la escopeta entró lentamente al despacho, con la mirada al frente se adentró cuatro pasos cortos hacia el centro de la oficina, sin quitar la vista del vacío, cargó de nuevo la escopeta. El estruendo del disparo del joven había cesado, y ahora mismo, el despacho era un lúgubre agujero donde el miedo y la angustia se hacían palpables. El joven de la mirada perdida giró lentamente su cuello hasta topar con los rostros de temor de María y Roberto. Fueron dos segundos, tres, quizá diez, los que los ojos de el joven miraban fijamente a los compañeros, que abrazados en la esquina del despacho esperaban su indudable ejecución. Con templanza, el joven de la escopeta levantó el arma y apuntó directamente al rostro de los dos, que seguían abrazados sin la más mínima esperanza de sobrevivir a aquel ataque, el cual no sabían siquiera por qué había ocurrido. El joven mantenía la culata apoyada en su brazo derecho, mientras que con el izquierdo mantenía la escopeta firmemente agarrada por la corredera. Un suave movimiento con el dedo índice de la mano derecha en el gatillo hizo detonar el cebo en el cartucho. Unas manchas rojas salpicaron la cara del asesino mientras lentamente se giraba y salía de aquel despacho.

Capítulo IV

La gente entraba en la galería mientras Cristina saludaba a todos sus clientes. Olga, su ayudante, dejaba listo todo apresurada mientras más y más visitantes entraban en el local. Eran las tres de la tarde y la ayudante no paraba, iba de lado a lado de la galería recolocando cuadros bien puestos y limpiando marcos impolutos. Era una chica de veinte años. Nacida en Barcelona y nieta de abuelos exiliados por las políticas de Stalin contra los menonitas, Olga Kozlov Fuentes, rubia de ojos azules y metro ochenta de estatura, estaba estudiando su carrera de Bellas Artes cuando conoció a Cristina gracias al azar.

Era una mañana de verano. Cristina desayunaba en su cafetería de siempre tomando su café matutino antes de abrir su negocio, cuando Olga, que entró en la misma para entregar un currículum la vio esbozando unos trazos en un bloc de dibujo. Ella misma se sentó en la mesa donde estaba Cristina y le preguntó qué dibujaba.

Cristina, sorprendida, y entregándole una sonrisa le comentó que eran bocetos para una nueva escultura en la que estaba trabajando. Entre sorprendida y encantada le comentó que ella estaba estudiando Bellas Artes y que había entrado en esa cafetería para buscar trabajo. En ese mismo momento comenzó una relación de amistad, la cual dio lugar a una propuesta de trabajo como becaria de parte de Cristina ese mismo día.

El local estaba a rebosar. Cristina mostraba a sus clientes las esculturas y cuadros que había creado desde su última presentación. Le apenaba que esta vez John no estuviese con ella para disfrutarlo. Desde que estaba en Estados Unidos había hecho otra exposición, y él llegó por sorpresa el mismo día. No creía que esta vez fuese así. Ya que había sido ella la que le había mirado el billete. Quizá haya cambiado la hora para aparecer aquí por sorpresa, pensó Cristina. Mientras tenía la mente en Nueva York, una pareja francesa se acercó a ella para preguntarle sobre su obra.

—¡Me encanta esta escultura! La agresividad, el gesto poético que tiene. Es todo arte —comentó la señora, acercándose a Cristina, apartando la gente que había allí.

—¡Muchísimas gracias! Es una de mis favoritas —contestó Cristina agradablemente—. Espero que disfrutéis de la visita.

Cristina se dio la vuelta y se encontró de frente con un hombre de unos cincuenta y largos, su tez blanca y el semblante serio estaban cubiertos por una cabellera canosa que le llegaba hasta el cuello, recogida detrás de las orejas y luciendo una barba cana de tres días. Cristina sorprendida se dirigió a él:

—¿Qué tal? ¿Le gusta lo que ve?

—¿Señorita Brugueras? —le preguntó el tipo mientras le enseñaba una placa—. Soy el inspector Vidal. Quería hacerle unas preguntas sobre Albert Llach.

Cristina se quedó mirando la identificación del inspector, y sin quitar la vista de esta le comentó a Vidal.

—Perdone inspector, pero ya hablé esta mañana con sus compañeros antes de abrir el local, y como puede ver, ahora no es buen momento. —Cristina levantó la mirada de la placa cuando se dio cuenta de que Vidal la guardaba de nuevo.

—¿Compañeros? —preguntó Vidal.

—Sí, sus compañeros Pedraza y… Soler. Pedraza y Soler. Déjeme decirle que no sabía que los agentes del CNI fuesen tan antipáticos… —contestó Cristina mientras caminaba hacia unos clientes que la llamaban detrás de Vidal.

Vidal la agarró suavemente por el hombro y le hizo dar la vuelta.

—El Cuerpo Nacional de Inteligencia no se dedica a investigar desapariciones, señorita Brugueras.

Cristina se quedó pensativa.

—Por favor, ¿puede volver a enseñarme su identificación? —preguntó Cristina.

Mientras Vidal le enseñaba de nuevo la placa Cristina se percató que ni Soler ni Pedraza se habían identificado.

—¿Puede ser que sus compañeros del CNI no se hayan identificado? —preguntó Cristina.

—Todos los agentes tienen el deber de identificarse. Como marca el artículo 21 del Real Decreto 1484/1987 de cuatro de diciembre. Ahora, por favor. Deje este ajetreo un momento y acompáñeme. Esto es más serio de lo que piensa —le comentó Vidal con un tono más serio.

Capítulo V

Mientras John bajaba los escalones de dos en dos hacia la calle para coger un taxi, sacó de nuevo su móvil y se dispuso a llamar a Cristina. Sabía que a su chica no le haría gracia la idea de tener que posponer unas horas el viaje a Andorra. Pero suponía que después de tanto tiempo sin verse no creo que se lo tomase tan mal.

Su teléfono estaba apagado. Él estaba seguro de que lo había dejado enchufado la noche anterior, puede que no haya encajado bien la clavija del cargador en el móvil. John se lamentó y se fastidió por su maldita suerte. Hace dos semanas que a Cristina le robaron su móvil en el metro, y el número nuevo que le habían dado no lo recordaba. Tampoco podía llamar a Albert, y su llamada le había dejado un poco desconcertado. Estaba deseando llegar al aeropuerto y poder cargar el teléfono en una toma de corriente.

Albert era amigo de Cristina antes de conocer a John. Fue él quien los presentó cuando salía con Clara, cosa de la que seguro se arrepintió cuando su esposa lo dejó. Desde entonces salían siempre juntos. Hasta que John decidió dar un paso más adelante con Cristina hace dos años.

John intentaba encender de nuevo su teléfono cuando se percató de que un taxi se había parado delante de él. Levantó la mirada y vio al taxista. Ese pakistaní lo miraba con cara de pocos amigos. John reaccionó rápidamente, y como si de un mantra se tratase entró en el taxi repitiendo un *Sorry, sorry, sorry*.

Indicó al taxista que quería ir al aeropuerto de La Guardia, el taxista afirmó con la cabeza y emprendió el camino. Sentado en el asiento trasero oía también la radio del taxi.

La voz del presentador de la WNYC Radio parecía preocupada. Oyó algo de: esto es una crisis global… —«¿Crisis global?», pensó—… no sabemos cuánto va a durar… —«¿Que no se sabe cuánto va a durar qué?». Entre la preocupación por no saber cómo contactar con Cristina y esas noticias de las que no sabía de qué iba, estaba empezando a sudar—… ahora mismo, en Estados Unidos las pérdidas se cuentan por billones de dólares… —«¡Billones de dólares! ¿Qué puede ser tan terrible para que solo en NY se haya perdido tal cantidad de dinero?». A John esa última frase que escuchó no le gustó nada. Suponía que era algún tipo de banco que había quebrado, algún tipo de agencia de valores que se había hundido. Algo que ya había pasado hace tiempo, pero nada había sido tan malo como para que las noticias informasen de esa manera tan catastrófica. John decidió preguntarle al taxista.

—Perdone, señor…

—¿Sí? —contestó el taxista mientras se rascaba dentro del oído con el tapón de

un bolígrafo.

—Perdone. ¿Sabe qué está pasando? —El taxista con una mueca en la cara, pensando que estaba tomándole una broma, le contestó dubitativo.

—¿Mi prigunta usted in serio qui quí es lo qui ha pasado? ¿No se ha dado cuenta ista mañana nada más levantarse y vir las últimas notisias en sus rides sosiales? —le comentó este con un marcado acento pakistaní.

John se lo pensó dos veces antes de contestarle. No le iba a decir a alguien que no conocía que no usaba redes sociales, que eso era una manipulación de mierda para adaptarnos el cerebro, colapsarnos de publicidad basura y transformarnos en zombis sin criterio. Así que le contestó algo más apropiado.

—Pues no. Me he levantado tarde y no me ha dado tiempo —contestó John con una sonrisa.

—¡No hay intírnet! ¡Llivamos disdi ista mañana a las ocho sin intírnet! —El taxista pronunciaba la palabra internet de una manera un tanto cómica—. Disen que es solo en Nueva York. Pero en la CBS han dicho qui is in todo Estados Unidos. Y que están risibiendo llamadas de algunas partes de Europa, donde tampoco tienen.

—¿Qué? ¿Cómo había podido llegar a pasar esto? —John pensó también en que si las pérdidas desde las ocho hasta ahora mismo podrían llegar a ser millonarias. Agentes de bolsa, bancos, empresas de crédito, empresas de telecomunicaciones, aeropuertos…—. ¡Aeropuertos! ¡Madre mía, no voy a poder despegar! ¿Sabe usted si La Guardia está operativo? —le preguntó al taxista.

—No, señor —contestó él.

—¡Vaya! ¿Y por qué no me lo ha comentado antes cuando le he dicho que quería ir al aeropuerto? —le preguntó John con un tono algo más molesto.

—¡Pirque is una carrera amigo! ¡Is dinero! —contestó el taxista con una carcajada.

John soltó un suspiro —Maldita sociedad capitalista. ¿Qué le costaría al taxista decirme que el aeropuerto no estaba operativo? ¿Es una carrera? Hay cientos de personas en esa misma calle que querrían coger ese taxi para ir a trabajar. ¿O no? No sé si la gente irá a trabajar hoy—. Se dio cuenta de lo que había dicho. ¿Dudando si la gente iría a trabajar? ¿En Nueva York? Venga ya…

«Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Ya estoy de vacaciones, y voy a acogerme a mi pensamiento positivo», pensó John, «iré al aeropuerto y esperaré. Ya son las nueve menos cinco. Llegaré y si aún no están los vuelos operativos, me tomaré un café en Starbucks, leeré el periódico y esperaré tranquilo. ¿Qué más podría hacer? Si pudiese solucionar este problema global seguramente no iría al aeropuerto en este cutre taxi con olor a curry…».

El taxi se acercaba a La Guardia. Cuando llegó al aeropuerto el taxista se detuvo, levantó el brazo, lo puso detrás del apoyacabezas del copiloto, miró para atrás y se quedó mirando fijamente a John con una sonrisa en la cara. Este soltó una sonrisa. Sabía que todo eso de internet era una broma de ese cincuentón pakistaní sobradito de

kilos.

—Está bien amigo, me has tomado el pelo. Sabía que esto de internet no podría ser posible —le comentó John con una sonrisa mientras se echaba la mano al bolsillo trasero del pantalón en busca de la cartera.

—No siñor, no is broma. Son dose dólares con diez sentavos. —Y estirando más todas las facciones de su cara para ofrecerle a John una de sus mejores sonrisas, extendió la mano para que John le pagase.

El rostro de John ya no mostraba ninguna sonrisa. Es más, la cara del taxista le había dejado perplejo. Parecía que esa persona se alegraba de esto.

John sacó catorce dólares y se los dio al taxista.

—Quédese con el cambio.

El taxista sonrió de nuevo y John salió del coche. Se quedó un rato pensativo, con la mochila cargada en el hombro derecho y mirando como cientos de personas corrían nerviosas por los exteriores del aeropuerto.

Era un caos. John se dirigía a la puerta. La gente gritaba hablando por sus teléfonos. La mayoría de la gente apagaba sus terminales y los encendía. La gente estaba sudando, en pleno octubre, en Nueva York. A todo el mundo le parecía ser eso un infierno. A todo el mundo menos a él, que la única preocupación que tenía era poder contactar con su novia y esperar que no se enfadase mucho.

Antes de entrar se dio cuenta de que esto realmente era algo gravísimo. Había un hombre, trajeado, con su maletín y sus maletas. Se desanudaba la corbata. Su cara era un drama. Estaba llorando y las lágrimas caían por las facciones de su rostro llegando hasta el cuello de su camisa. No tenía internet y gimoteaba entre lágrimas mirando su teléfono móvil. John pensó que quizá estarían perdiendo mucho dinero, o que lloraba por cualquier otra razón. No quería pensar que esa persona estuviese así por el simple hecho de no estar conectado a la red.

Cuando entró en la terminal la cosa no pintaba mucho mejor. Todos los vuelos cancelados. Aquello era un hormiguero. La gente gritaba. La seguridad del aeropuerto se llevaba a personas con lo que parecía ser ataques de pánico. John cada vez se sentía más nervioso. Se dirigió al punto de información, pero aquello no era buena idea. Había una cola enorme. La gente enfadada levantaba papeles y protestaba por la cancelación de sus vuelos. Las caras de los chicos y chicas que estaban cara al público era un poema. Pensó que lo mejor que podía hacer era preguntarle a cualquier pasajero de los cientos que había por allí.

Cuando se dirigió hacía una persona que escogió al azar, una mano le alcanzó el hombro y John se giró para atrás.

—¡John! ¡Vaya follón que hay montado aquí! —No recordaba el nombre de aquel hombre. Esa cara pequeña y esas orejas abiertas, muy parecidas a las de un elfo, no eran difíciles de olvidar, pero en ese momento, con ese estrés, y con tanta gente gritando por alrededor no lograba recordarlo.

—Hola… ¿Qué tal estás? Pues sí, vaya la que se ha liado… Iba de vuelta a

España hoy, a las diez. Pero veo que están todos cancelados. ¿Y tú dónde vas? —dijo para ver si con su respuesta se acordaba de su nombre.

—¡Qué cachondo eres, John! ¡Que dónde voy dice! Pues sí, nuestro vuelo a España está cancelado. Supongo que esto no durará más de una hora, es lo que están diciendo por la radio.

¿Nuestro vuelo a España?, pensó John, ¿pero quién cojones es este tío? ¿Y cómo que nuestro vuelo a España?

—Oye John, vamos a tomar un café.

John aceptó. Desconfiado. Mientras se acercaban al Starbucks se puso tenso pensando que si aquella persona le hacía alguna pregunta de algo que no pudiese contestar, se sentiría muy incómodo. Pero bueno, qué podría ser peor de lo que estaba ya pasando. En el momento en el que pensaba eso, le vino la imagen de Cristina esperándole en El Prat. ¡Oh! Joder. Bueno, me tomaré ese café tranquilamente y después pensaré en cómo ponerme en contacto con ella.

—¿Qué quieres, John? Esta vez invito yo, que las copas de la semana pasada las pagaste tú.

John se quedó pensativo, seguramente fueron unos segundos, pero a él le parecieron una eternidad. ¿La semana pasada? ¿Conocí a este tío la semana pasada?, pensó John.

El británico no era muy de salir a tomar copas. Y menos con alguien al que no conocía. Pero la semana anterior, celebrando su despedida de los Estados Unidos, cogió una buena cogorza, de esas que te dejan dos días delirando y con lagunas mentales. Entonces sí. Podría ser que hubiese conocido a ese tío.

John salía con un par de amigos que había conocido en esos seis meses en Nueva York. Uno era Antwane, un chico afroamericano simpático y agradable, casi de su misma edad, que conoció el mismo día que llegó a Nueva York. Antwane trabajaba en un supermercado justo en frente de casa de John, es ahí donde lo conoció el día que llegó cuando fue por unas pizzas y unas cervezas. El otro era Arturo, un antiguo amish, amigo de Antwane, que dejó esa cultura en busca de emoción y se trasladó a Nueva York. Finalizó sus estudios de programación y ahora trabajaba en una empresa de citas por internet. ¡Vaya! Pensó. No creo que Arturo haya podido trabajar hoy tampoco.

—¿John? ¡Ey! ¡Que qué quieres! —dijo su amigo desconocido, con una sonrisa en la cara y percatándose de que John estaba distraído en ese momento.

—Perdona. Un caffelate, por favor. Oye, si no te importa, voy un momento al servicio —dijo John.

—Claro, aquí te espero —dijo su acompañante, al que le cambió el semblante adquiriendo uno más serio al instante.

John se dirigió al lavabo. Lo único que hizo fue echarse agua en la cara, mirarse en el espejo y pensar en lo que estaba pasando. No se había dado cuenta, pero en el servicio había seis o siete personas igual que él. Contemplándose en el espejo

sabiendo que ese día sería uno de los que había que olvidar. Se dirigió de nuevo al Starbucks. Allí estaba su compañero. Hablando por el móvil y con los dos cafés esperando a ser tomados.

—John, aquí tienes tu café. Nada, mi mujer, que no le llegaban los mensajes y que si a mí sí que me funcionaban —comentó este mientras guardaba su móvil—. A la pobre casi le da un infarto cuando le he comentado lo de que se había caído toda la red de Estados Unidos.

—¿Toda? —A John pareció no importarle mucho todo el tema de la caída. Estaba más preocupado por intentar contactar con su novia, pero no sin saber su número de teléfono.

—Sí, lo acaban de confirmar en las noticias. Pero que vamos, no creo que esto tarde mucho más —contestó su amigo cuando de repente le sonó el móvil—. Vaya, será otra vez mi mujer. ¿Te importa?

—No, no, tranquilo, ve a hablar con ella —contestó John mientras tomaba un sorbo de su caffelate.

Mientras su compañero se alejaba unos cinco metros de donde estaban sentados, John se percató que junto al cambio de los dos cafés estaba la cartera de su acompañante. Pensó que debería echarle un vistazo rápido, solo para ver su nombre. Pero él no era muy bueno haciendo esas cosas, se ponía muy nervioso y empezaba a sudar. Su acompañante se daría cuenta. Pero ¡qué demonios! Miró hacia atrás y vio que su supuesto amigo estaba a unos ocho metros. Se levantó e hizo como que miraba los donuts que se mostraban en la vitrina del Starbucks. Bloqueando la vista desde donde se situaba su acompañante, abrió la cartera y echó un rápido vistazo al pasaporte. Aarón Herzog. Rápidamente cerró el pasaporte cuando escucho la voz de Aarón que se dirigía hacia allí guardándose el móvil.

—¡Me encantan los donuts de aquí, coge lo que quieras! ¡Invito yo! —gritaba desde lejos mientras bloqueaba su móvil y se lo guardaba en el bolsillo.

—No, tranquilo… —John se pensó rápidamente si llamarle Aarón, si ese era su verdadero nombre o si ese era el que le había dicho aquel día en el que supuestamente habían quedado—. Aarón, ahora mismo no me apetece, gracias. —Aarón se quedó perplejo.

—¿Cómo me has llamado? —dijo Aarón.

John no sabía dónde meterse. Veía la cara de ese tipo como sorprendido y asustado. Los tres segundos que duró ese incómodo silencio fueron horas para él. La cara de Aarón mostraba un semblante serio. Parecía que iba a estallar de rabia o ira. John se sentía miedoso en ese momento. De repente su compañero cambió el gesto, y con una alegre sonrisa le contestó:

—¡Vaya borrachera debería llevar para llegar a decirte mi nombre judío! ¡Me llaman Rick! Aquí en Nueva York nadie me conoce por Aarón… —Aarón soltó una carcajada. La cual repitió John, aunque de la boca del británico sonaba un poco más nerviosa.

—Bueno, John. Tú me puedes llamar como quieras. ¡Aquel día fue espectacular! ¿Verdad?

—Sí, hay que repetirlo —contestó John mientras tomaba de nuevo otro sorbo a su café.

Eran las nueve y media y John estaba sentado en una mesa del Starbucks de La Guardia, en frente de él estaba Aarón. Los vuelos aún estaban todos cancelados. Todo aquello seguía siendo un desastre. La gente gritaba, se peleaban entre ellos, los camareros parecían agitados y los únicos que parecían normales eran John y Aarón. Mientras el inglés tomaba otro sorbo de café, vio que en la televisión informaban sobre accidentes aéreos en todo el país, miles de muertes de los vuelos que operaban antes de la «caída global», muy pocos se habían salvado y los que habían tenido esa suerte, daban vueltas programadas por el aeropuerto para casos de emergencia. Le vino a la memoria Cristina. ¡Mierda! La red había caído en todo Estados Unidos. Y se ve que por lo que le dijo el taxista y ahora también en las noticias en Europa también estaba empezando a caer. Supongo que en España habría pasado lo mismo.

John se levantó de la mesa, y abrió la mochila para sacar el cargador de su teléfono móvil, cargarlo y así poder contactar con Cristina. Justo al levantarse y palparse los pantalones para ver dónde estaba el teléfono empezó a marearse. Unos sudores fríos le recorrieron todo el cuerpo, mientras intentaba coger el móvil, todas las partes de su cuerpo empezaron a adormecerse. John intentó decirle a Aarón que se encontraba mal, pero no podía articular palabra alguna. Cayó de nuevo en el sillón de la cafetería.

Con el cuerpo echado para atrás en ese confortable sillón y las manos relajadas, el móvil de John, que estaba medio fuera del bolsillo del pantalón, cayó al suelo. Vio que Aarón le sonreía mientras le miraba. La vista se le fue nublando y estaba muy asustado. Justo antes de cerrar los ojos, vio como Aarón sacaba el móvil, marcaba un número y se disponía a hablar con alguien.

—Todo listo —dijo Aarón a su interlocutor mientras miraba a John.

John perdió el conocimiento.

Capítulo VI

Eran las once de la noche, Hiroshi Kimura caminaba solo por las calles de Akihabara con los auriculares puestos y repasando las notas de voz que grababa en las clases nocturnas a las que asistía. Había dejado la universidad hacía un par de años a causa de una discusión con sus padres, y ahora trabajaba por la mañana, estudiaba por la tarde e iba a clase por las noches.

Se dirigía a casa por Chuo Dori cuando de repente vio gente salir de la estación Suehirocho más ajetreada y más confusa que de costumbre. La gente gritaba. Hiroshi se quitó los auriculares y se quedó mirándolos. La muchedumbre estaba apelotonada. Había personas que saltaban por encima de otras. Se golpeaban y se insultaban entre ellas. El chico sacó su móvil. Se disponía a grabarlo todo en vídeo como solía hacer con todo lo que le interesaba. Al desbloquearlo se dio cuenta de una cosa, la señal de red que aparecía en la esquina superior derecha del aparato ya no estaba. Una equis roja ocupaba su lugar. Hiroshi se dispuso a comprobar las conexiones. Todo estaba correcto, pero no tenía internet.

Hiroshi se quedó de pie en medio de una oleada de gente que salía de la estación. Con una mano sujetaba el móvil, con la otra agarraba la mochila. Mientras que los carteles luminosos de las vallas publicitarias de las grandes empresas poco a poco, y con el asombro del chico, fueron apagándose mientras Hiroshi se perdía entre los gritos de la muchedumbre a golpe de empujón.

Hiroshi había llegado al parque Ueno hacia el sur de Chuo Dori, cerca de Akihabara, a la derecha había dejado unos grandes almacenes, de los cuales salía un humo negro y espeso de uno de ellos. Escondido detrás de unos cerezos, se sentía exhausto después de «escapar» de la muchedumbre enfurecida. Había corrido más de dos kilómetros perseguido por un gentío de sujetos enojados los cuales no atendían a palabras afables de parte del joven. A esa hora de la noche el departamento metropolitano de policía de Tokio, el cual era el encargado de mantener el orden en toda la urbe, se sentía abrumado debido a todos los enfrentamientos que estaban aconteciendo en la zona. Sentado en el suelo, apoyó la espalda en un cerezo del parque Ueno, delante de él tenía la estatua del samurái y político japonés Saigo Takamori, con la mano derecha apoyada en su katana, la cual mantenía enfundada en su cinturón, mientras que con la izquierda sujetaba la correa de su perro, siempre preparado para el ataque. Hiroshi apoyó la mano en el suelo y se levantó un poco, para con la otra mano sacar el móvil de su bolsillo trasero, el cual seguía inservible. ¿Qué estaría pasando? Pensaba este. Al mismo tiempo, un ruido extraño se oyó detrás de él. Hiroshi se asustó, hasta que giró su cabeza para ver que era un anciano

vagabundo que descansaba debajo de ese cerezo. Con una barba blanca, y sin más posesiones que su abrigo y sus cartones, miraba a Hiroshi.

—¿Por qué me has despertado, joven mal educado? —preguntó el anciano con el rostro marcado por la edad.

—Perdone, señor —contestó este—. Una pareja de jóvenes está persiguiéndome. Ahí está pasando algo raro. La gente se pelea entre sí y la policía no da abasto. Estoy esperando que se calme un poco para poder ir a casa.

—¡A mí me importa una mierda lo que esté pasando ahí! —contestó enfurecido el anciano mientras se tapaba con los cartones y se giraba dándole la espalda a Hiroshi.

—Pero señor, aquí no está a salvo. —Se empezaron a escuchar disparos a lo lejos. Detrás del cerezo, una pantalla enorme de publicidad daba paso a una retransmisión en directo. El logo de TV Tokio Corporation aparecía en pantalla y en tres segundos hacía lo mismo apareciendo el de TXN New. Este último desaparecía para dejar paso al presentador de televisión Souta Fuchida:

—Buenas noches, tokiotas. Entramos en riguroso directo para anunciar una caída global de la conexión a internet. Nos llega información de todo el globo y siempre es la misma noticia. No hay conexión. Todos los aeropuertos a escala mundial se mantienen a esta hora cerrados. Todas las bolsas del mundo, incluida la nuestra, la segunda bolsa de valores del mundo, están cerradas. A estas horas de la noche los hospitales están colapsados, y como pasa en la mayoría de países la policía no da abasto. Hacemos un llamamiento desde aquí a la cordura y a la tranquilidad. Pedimos que no cunda el pánico, y que la gente que necesite conexión a internet en este preciso momento se tome esta situación con algo más de armonía para que no vaya a mayores…

¡Dios mío! Hiroshi se preguntaba si era posible que se hubiese caído toda la conexión mundial en solo un par de horas. Estaba despavorido mientras escuchaba cada vez más cerca los tiros y gritos de la ciudad. La policía tokiota había tomado el mando para poder paliar el efecto de ira que la caída global había causado en los ciudadanos. El joven se levantó rápidamente y buscando el valor necesario para salir de esa situación, se apresuró y salió del parque. Miró hacia la derecha, y después hacia la izquierda, donde al fondo divisaba la sombra de una persona que parecía estar mirándole. Hiroshi dio dos pasos hacia atrás asustado mientras la otra persona se acercaba hacia él. El joven dio media vuelta y comenzó a correr, y cada diez pasos miraba hacia atrás, donde se encontraba esa figura corriendo hacia Hiroshi. Este seguía corriendo, era buen deportista, y aunque asustado, sabría perfectamente que su acosador se cansaría antes que él de correr. Hiroshi llegó al cruce de Ginza, dejó a la derecha uno de los grandes almacenes más antiguos de ese distrito, mostrando un reloj, el cual marcaba las horas desde 1898. Miraba hacia atrás y su acosador le pisaba los talones, ya podía verle casi el rostro. Un rostro demacrado. Un rostro de ira y desesperación. Hiroshi era para él el enemigo. Y el joven no sabía por qué. De nada servía pedir ayuda. Como Hiroshi, había decenas de personas corriendo alrededor

suya. Pasó por su pastelería favorita, todas las noches compraba un pequeño trozo de tarta de queso en la famosísima Mitsukoshi, pero esta vez no era la ocasión. Los vidrios de la misma estaban rotos mientras que en las vitrinas no había ningún pastel. Hiroshi seguía su raudo recorrido hacia la salvación mientras su acompañante mantenía el ritmo balanceando con él un gran machete cubierto de sangre, el cual pudo observar atónito Hiroshi mientras su atacante pasaba por delante de la pastelería y las luces de su interior le alumbraban. Los coches pasaban frente al Edificio San'ai, en la esquina de Yom-Chome, cuando a Hiroshi se le pasó rápidamente por la cabeza cruzar esa avenida sin mirar a los lados. ¿Qué podría ser peor? Sin más, y notando la flaqueza de sus piernas, miró hacia atrás y allí seguía su rival, que le miraba desafiante. Ya lo tenía muy cerca y este levantaba su mano izquierda para alzar el machete con el fin de poder alcanzar a Hiroshi. Este empezó a cruzar la avenida, los coches pasaban de lado a lado pitando y haciendo destellos con sus luces. Un carril, dos carriles. El joven llegó a la mitad de la avenida, cuando se detuvo por un segundo, jadeando miró para atrás y vio como su atacante empezaba a cruzarla, justo en el momento que Hiroshi prosiguió su camino, ya despejado de coches para llegar a la otra acera. Cuando llegó, un sonido largo de claxon culminó en un golpe rotundo. Hiroshi levantó la mirada y se dio media vuelta. En la carretera, un cuerpo yacía en el suelo, mientras que el coche que le había golpeado daba marcha atrás y desviaba un poco su camino para seguir su trayectoria. Un charco de sangre oscura se hacía cada vez más grande mientras las luces de la ciudad caían reflejadas en el machete cerca del cuerpo sin vida de ese individuo.

Capítulo VII

Era la calle Smith Street. El barrio, Red Hook. Una oscura y fría habitación en la parte baja de aquel edificio era iluminada solo por la luz de un portátil. La habitación prácticamente vacía. La pared de ladrillos vistos pintados en gris oscuro. Una persona caminaba hacia la luz de esa pantalla, vestida con una sudadera ancha con capucha retiraba la silla para atrás, encajada debajo de la mesa, le daba la vuelta y se sentaba.

La pantalla mostraba la selección de usuario de esa misma computadora. Justo en el centro, y sin opción de elegir otro, se mostraba un nombre: *Wan*. El cual era pulsado con el cursor en el momento que esa persona se sentó en la silla. En esta, el monitor del portátil mostraba una barra de progreso en el centro. Justo debajo de ella, un porcentaje y una cuenta atrás: 21% Dos días, cuatro horas, veintitrés minutos, cuarenta y dos segundos.

En la esquina inferior derecha, un reloj digital, que mostrando 09:35 18/10/2016, informaba al usuario de la hora y la fecha exacta en esa ciudad. Detrás del portátil algo empezaba a vibrar. La persona de la sudadera con capucha bajó la pantalla del ordenador y cogió el teléfono. Abrió la tapa y extendió una antena en la parte superior derecha. A continuación, la otra persona procedió a informarle.

—Todo listo.

No contestó. Cerró la tapa del teléfono por satélite y recogió la antena apretándola contra la mesa.

Capítulo VIII

En la puerta del local, con la gente entrando sin parar, Cristina se fijaba en el cartel que se veía al fondo de la sala. «Aforo máximo 300 personas». Esperaba que Vidal no le denunciara por el exceso de personas que había ahí.

—Señorita Brugueras, céntrese, por favor. Y escúcheme. Vamos a hablar ahora de esos dos supuestos agentes del CNI que han venido a visitarle —le comentaba Vidal —. ¿Me podría comentar qué aspecto tenían?

Cristina, ausente, no le miraba a la cara. Estaba muy pendiente a la exposición. La gente salía a la calle para preguntarle por cuadros, y el agente, más de una vez había tenido que ordenar a esas personas que volvieran a entrar enseñándoles la placa.

—Eran dos personas, como ya le he comentado. Pedraza, el que le he dicho que era más antipático, alto, medía metro ochenta y algo, más o menos. La tez blanca, de unos cuarenta y pico. Grueso. El rostro marcado, muy marcado, supongo que por alguna enfermedad infantil. También me fijé que tenía bastantes cortes por la barbilla, como los de un adolescente que se afeita por primera vez. El otro, Soler, era algo más bajito. Era mucho más joven. Quizá tenía unos veinticinco años, incluso menos. Tiene el pelo así como pelirrojo. Con gafas. Vestido de chaqueta y con corbata, como su compañero. No es que fuese simpático, pero era más amable que Pedraza —le explicaba Cristina mientras Vidal apuntaba en una libreta.

—De acuerdo. Dame un momento, voy a hacer unas llamadas —le dijo Vidal mientras se alejaba y sacaba su teléfono móvil.

Cristina hizo el mismo gesto. Se dio media vuelta y sacó su móvil. No tenía llamada de John. Volvió a llamarle, pero el teléfono seguía apagado.

—Señorita Brugueras —le comentaba Vidal mientras Cristina daba media vuelta —, he llamado a central. Han consultado la base de datos, y como suponía, no hay ningún agente del CNI llamado Pedraza. Hay un agente llamado Soler. He preguntado acerca de él, y ni es pelirrojo, ni tiene menos de veinticinco años. Además, nuestro Soler sufrió un accidente hace unos años y tiene una cojera considerable. Cosa que notaría, evidentemente —le explicaba Vidal a Cristina.

—No era cojo, ninguno de los dos. Es más, me quedé mirándoles cómo se alejaban, y creo que, como bien dice usted, eso lo notaría —contestó Cristina.

—Bien, de acuerdo. Tome, esta es mi tarjeta. Por favor, si se entera de algo de Albert o si habla con su novio, llámeme. Si tiene algún tipo de noticia o hecho que crea que puede ayudarnos a encontrar a su amigo, por favor, llámeme. Y si aparecen de nuevo esas personas, esos supuestos agentes del CNI, por favor, llámeme, y hágalo lejos de ellos, podrían ser peligrosos —le explicaba Vidal mientras le entregaba una

tarjeta.

—De acuerdo, agente. Le mantendré informado —comentaba esta mientras abría su local para entrar de nuevo a la exposición, nerviosa y pensativa. La muestra estaba yendo muy bien, pero estaba preocupada por Albert. No sabía donde podía estar ahora.

Capítulo IX

Las noticias a esa hora de la tarde eran aterradoras. Detrás de los presentadores una pantalla mostraba un mapa mundial donde todas las zonas afectadas estaban representadas con puntos rojos. Se podía observar un mapamundi donde predominaba el color grana y las pocas zonas que se salvaban lo hacían porque aún no habían podido contactar con ellas. La red había empezado a caer a las cuatro de la tarde por toda Europa y como si de fichas de dominó se tratase, pocas horas después todo el viejo continente había sufrido la caída global. La información llegaba de todas partes. En Bélgica la policía, con ayuda del ejército, tenía recluido a un millar de personas en zonas alejadas de la gran ciudad. En Rusia, el presidente del gobierno había declarado estado de alarma mientras algunos de los ciudadanos salían a protestar a la calle enervados por lo acontecido. En Francia la cosa no pintaba mucho mejor. Los franceses habían cerrado fronteras y habían declarado el toque de queda mientras solo unas horas después del *apagón*, los ciudadanos habían comenzado a desvalijar tiendas y negocios. Eso era lo que pasaba en casi todas las regiones de Europa. Mientras que en Norteamérica la cosa era mucho peor.

Llegaban noticias de asesinatos a sangre fría, de robos a mano armada en bancos, tiendas y estaciones de servicio. La gente sentía rabia y daba por hecho que podía hacer lo que quisiese en esa situación. Una sensación de desenfreno aderezada con toques de ira hacía que en la América capitalizada los ciudadanos reflejaran toda su rabia e impotencia entre ellos.

La crisis había marcado los mercados. La gente en Wall Street se comportaba como bestias, mientras que la policía de Nueva York se sentía abatida y desprotegida ante tantos casos de locura transitoria que se reflejaban en esa ciudad. En Canadá las cosas eran similares. Miles de crueles y despiadados asesinatos en institutos, bares, hospitales y centros comerciales hacía que los gobiernos centrales de esos grandes países se echaran las manos a la cabeza sin saber por qué estaba pasando tal cosa, y cual era el motivo exacto de esa gran caída sucedida hacía escasas horas.

Sentado en la mesa, con la corbata desanudada y con la cara pálida como la nieve, el presentador de noticias del Canal 6 de Nueva York volvía al directo después de mostrar a su ciudad una serie de vídeos a cual más catastrófico y pavorosamente apocalíptico.

—Señoras y señores, como le hemos comentado antes de este vídeo, la situación empeora por momentos. Los gobiernos centrales de nuestros países, tales los americanos como los asiáticos, africanos y europeos, esos que nos tienen que ayudar en caso de epidemias, catástrofes naturales, atentados terroristas, etcétera, no saben

qué hacer para enfrentar esta situación. Acabamos de recibir la noticia de nuestro corresponsal en Washington, de que Estados Unidos, la mayor fuerza política del planeta, acaba de retirar sus tropas en Oriente Medio para dedicarlas íntegramente a controlar la situación en el país. No han hecho falta más acuerdos con la ONU. No han hecho falta más guerras. Solo ha hecho falta que se cayese la red en todo el globo. Algo tan material como superficial, para que Estados Unidos retire sus tropas —mientras miraba a su compañera Rachel, cuyo rostro no era muy distinto, prosiguió informando—. Ciudadanos, sé que recordaremos este día como uno de los peores en la historia de la humanidad. Como le comentábamos antes, las muertes desde las ocho de la mañana, hora neoyorkina, se cuentan por cientos de miles. Los hospitales se encuentran colapsados. La policía no da abasto. Y nos han llegado noticias de que en la zona este de Europa están empezando a quemar los cadáveres de los ciudadanos, antes siquiera de ser identificados por sus familiares. Nosotros seguiremos aquí, al pie del cañón, y como las autoridades están recomendando, no salgan a la calle. Infórmense de que sus familias se encuentran a salvo, y comuniquen este mensaje a quien puedan. Quédense en casa tranquilos, que no cunda el pánico. Científicos y psiquiatras especializados están recomendando a los ciudadanos que no se excedan en la información recibida. Encended la televisión cada cierto tiempo. Si tenéis comida, guardadla. Es peligroso salir a la calle. Si veis algún comportamiento extraño de algún familiar dentro de casa, controladlo. Y si veis que no podéis hacerlo, que Dios os coja confesados.

Capítulo X

La exposición había acabado antes de lo previsto debido a la caída. En las noticias aconsejaban no viajar en transporte público. Tampoco coger el coche. Lo único que recomendaban era quedarse en casa, esperando a que se solucionase todo. Ella lo tomó al pie de la letra, pero claro, seguía en su local cuando recibió esa información. Apagó la televisión, cerró su negocio y caminó hacia su casa.

Cristina estaba muy decepcionada con la muestra. La caída global le había hecho perder mucho dinero. Pero no estaba enfadada, solo molesta porque todo eso hubiese tenido que pasar ese día. Miró su reloj y eran las seis y media de la tarde. Pensó que lo mejor que podía hacer era quedarse en casa tranquila y a las doce ir hacia el aeropuerto de El Prat, recoger a John e ir hacia Andorra. Allí por lo menos no les haría falta ninguna conexión. Solo el calor de la chimenea, un buen vino y el cariño mutuo. Cuando pensaba en eso, se le hizo un nudo en el estómago, pensando que esperaba que esa gran caída que estaba causando estragos en las ciudades del primer mundo no durase tanto.

Estaba oscureciendo. Sería una tarde típica en Barcelona si no fuese por la poca cantidad de gente que se movía por la zona. Paseaba por Las Ramblas, que hace solo unas horas, estaban repletas de kioskos de prensa, flores, repletas de actores, pintores y músicos callejeros. A esa hora de la tarde no había nadie por allí, el leve murmullo del viento levantaba las hojas que caían de los árboles por los estragos otoñales. De vez en cuando se escuchaba alguna que otra sirena de la policía, alguna que otra ambulancia, algún otro grito a lo lejos de aquella enorme rambla que conectaba Plaça Catalunya con el Puerto de Barcelona, pero Cristina no se asustaba. Era una persona optimista, el único objetivo en ese momento era llegar a casa y esperar para ir a recoger a su novio. Sabía que en bicicleta hubiese llegado antes, más rápida y más segura, pero la conexión a la central de aquellas estaciones no estaba operativa, y ella no iba a ser de las que delinquieran ese día.

Casi llegando a su casa se acordó de Albert y pensó si sería buena idea llamar a Vidal para preguntarle si sabía algo acerca de él. Aunque hiciese tiempo que no se veían, y que no tenían ningún tipo de relación, ese hombre había sido su amigo, y el hecho de que no supieran de él le llenaba de preocupación. Sacó el teléfono, se quitó los guantes que cubrían sus finas manos y las protegían del frío de octubre, sacó la tarjeta que le entregó el inspector Vidal y se detuvo un momento a teclear el número.

Parada en la acera de aquella anteriormente transitada calle de Barcelona, Cristina se dispuso a llamar a Vidal, cuando vio de reojo la sombra de una persona que se acercaba a ella. A Cristina se le cortó la respiración. Un nudo en la garganta hizo

imposible que articulara palabra alguna. Aquella cara marcada le sorprendió mientras le miraba fijamente.

—Buenas tardes, señorita Brugueras. ¿Cómo ha pasado el día? —le preguntó aquel individuo.

Cristina dio tres pasos hacia atrás sin apartar la vista de los ojos de esa persona, mientras con una mano marcaba la tecla de llamar y se acercaba el aparato al oído, chocó de espaldas con algo. Se dio media vuelta. Un chico con gafas, de unos veintitantos años, le cortaba el paso mientras que el otro se acercaba por detrás y le cogía el móvil. Cristina, paralizada, reconoció el rostro de Soler en aquella oscura calle, mientras Pedraza, por detrás, la empujaba a un coche que esperaba con las luces apagadas aparcado en la acera. Cristina gritó, pero el que la empujaba hacia el vehículo le tapó la boca enseguida. El grito resonó, corto pero potente, a lo largo de la calle.

Capítulo XI

El más joven del grupo de personas se escondía detrás de sus propias manos. Sus lágrimas resbalaban entre sus dedos mientras él, arrepentido, pensaba en cómo podía arreglar todo eso. El hombre más mayor del grupo se levantó de su silla. En toda la habitación reinaba la oscuridad. Mientras detrás de este una luz rojiza creaba su sombra en la mesa. Reclamó silencio y procedió a hablarles a la treintena de hermanos que había en aquella sala.

—Hermanos, la caída ha empezado. Su principal fuente de felicidad, su principal fuente de ingresos. Nada de lo que había ayer volverá a haber mañana —comentaba con voz tenebrosa, enfundado en una túnica—. Somos el silencio. Somos la luz. La luz que ilumina este mundo enfermo en el que miles de millones de personas viven con vendas en los ojos, las cuales no le dejan ver. No les dejan disfrutar.

El joven agachaba la cabeza al fondo de esa mesa. La culpa le recorría el cuerpo. Se volvía a tapar la cara con las manos mientras que las lágrimas saladas llegaban a las comisuras de sus labios.

Capítulo XII

Cristina peleaba como podía en la parte de atrás del Sedán, mientras otra persona con la cabeza tapada con una capucha estaba inconsciente al lado de ella. Atada de pies y manos, pocas eran sus posibilidades de escapatoria. Con las lunas tintadas, nadie podía verla mientras el vehículo paraba tranquilamente en los semáforos de las calles de Barcelona. Estaba encerrada en una jaula de acero y de cristales blindados sin poder hacer nada para escapar. Pedraza y Soler la miraban mientras se echaban unas risas entre ellos, mientras hablaban un idioma nada conocido por Cristina. Esta hablaba cuatro idiomas, pero el alemán que suponía que hablaban entre los dos era irreconocible.

—Por favor. ¿Qué queréis de mí? Tengo poco dinero, pero os lo daré si queréis. ¿Qué necesitáis? —preguntaba Cristina atemorizada.

—¿Dinero? —preguntó Pedraza mientras soltaba una carcajada—. ¿Crees que necesitamos dinero? Cristina, te creía más inteligente, guapa. No necesitamos dinero. Solo te necesitamos a ti. A ti y a esa otra persona. Eso es todo —contestó Pedraza.

—¿Quién es? ¿Está muerto? —Cristina empezó a llorar desconsolada a causa del miedo—. Por favor, no quiero morir. Díganme, que es lo que queréis.

Mientras Cristina lloraba y pedía piedad a sus secuestradores, el cuerpo de la otra persona se empezaba a reincorporar. Maniatado al igual que esta, comenzó a sollozar mientras una voz femenina también pedía piedad debajo de esa capucha.

—Vaya, la señorita se ha despertado —dijo Soler mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad y se acercaba a la otra persona quitándole la capucha.

Cristina reconoció al segundo el rostro magullado de su amiga Marta.

—¡Marta! ¡Dios mío! ¿Estás bien? Tranquila, tranquilízate —le decía Cristina a esta para que se calmase mientras se acercaba a ella y ponía su cabeza en su hombro —. ¿Qué le habéis hecho? Hijos de puta. La policía os está buscando. No os vais a salir con la vuestra —les decía Cristina enfadadísima.

—Cristina… No… Déjalos. Lo mejor será… que la policía no los coja —comentaba Marta.

Mientras Cristina se quedaba paralizada mirando y escuchando a Marta, Pedraza tocó a Cristina por el hombro y le comentó a esta:

—Sí, Cristina. Lo mejor será que la policía no nos pille. Si es que aún existe la policía. ¿Has visto estas calles? ¿Ves a alguien? ¿Crees que la policía se dedica ahora mismo a buscar personas desaparecidas? —comentaba Pedraza mientras Soler comenzaba a hablar mirando por el retrovisor.

—Antes nos hemos equivocado, señorita Cristina. No os queremos a vosotras

dos, aunque sois piezas claves para nuestra misión, sin vosotras nos sería mucho más difícil conseguir lo que tanto ansiamos. —Soler la miraba atentamente—. Os tenemos a ti y a Marta, por el simple hecho de que sois importantes para nuestras principales armas.

Cristina abrió los ojos de par en par mientras esperaba que no dijese los dos nombres que esperaba.

—Sí, Cristina —comentaba Pedraza—. Tenemos a tu querido prometido John y al marido de Marta. Y ellos nos van a ayudar a llegar al éxito. Porque también os tenemos a vosotras.

Cristina agachó la cabeza y empezó a llorar, mientras Marta acercaba la suya a su hombro y hacía lo mismo.

Capítulo XIII

El presentador del Canal 6 de Nueva York estaba exhausto. A Eduard Miller ya no le importaba la formalidad de la que siempre se había regido su programa. Llevaba desde las seis de la mañana, dos horas antes de la caída, retransmitiendo en directo. Con una taza de café encima de la mesa y otras más vacías a su alrededor. Con la corbata colgada detrás de la silla, y la americana hecha una bola al lado de un montón de papeles repartidos por toda la mesa hablaba con su compañera.

—Rachel, ¿en qué piensas?

La presentadora Rachel Hill había llegado unas horas más tarde que Eduard. Pero aun así, el cansancio se le hacía notar en el rostro como a su compañero. Con la mirada fija en un montón de documentos y sin mover un solo músculo de su cuerpo, Rachel le contestaba.

—No sé, Ed. ¿Cuánto crees que va a durar esto? Estoy muy preocupada. No logro contactar con mi familia en California. ¿Tú has hablado ya con tus padres? —le preguntaba Rachel.

—Sí. Están en mi casa. Llegaron sobre las diez. Hablé con Karen hace un par de horas.

—Me alegro, Ed —Rachel agachaba la cabeza—. No sé qué vamos a hacer. Sé que este canal es el que tiene más audiencia en todo Estados Unidos. Sé que informar de esto al mundo es casi una obligación para nosotros. Pero ¿no crees que podríamos estar mejor en casa? ¿Con los nuestros? Ya sabes… —le comentaba Rachel.

—Sí. Creo que deberíamos estar todos en casa. Esperando que esto se solucione. Pero este es nuestro trabajo. Peor suerte han tenido los policías que han perdido la vida a causa de la locura de la gente. Peor ha sido la suerte de esos bomberos del gran incendio que ha ocurrido en Madrid. También los militares estadounidenses que han caído cuando salían de sus bases en Pakistán hubiesen querido estar aquí retransmitiendo esto, antes de perder sus vidas en sus trabajos.

Rachel quedó muda. No quiso decir nada. En plató reinaba el silencio. Eduard cogió su taza de café. Ya se había enfriado. No podía odiar nada más que un café frío. Se levantó de la silla y se dirigió hacía la máquina para sacar otro.

—¿Quieres otro, Rachel? —le preguntaba mientras caminaba hacia allí.

—Sí, nos hará falta —contestó ella.

Llegó a la máquina. Esa tan odiada y a la vez utilizada máquina de cafés. Pulsó el botón y se quedó pensativo. Él tampoco quería estar allí. Preferiría estar con su familia en casa. Pero tenía miedo de retransmitir todas esas catastróficas noticias solo. Necesitaba darle la fuerza necesaria a Rachel para que se quedase con él.

Aunque se sentía mal por ella. Aún no sabía dónde estaba parte de su familia, en cambio, Eduard los tenía todos sanos y salvos.

De repente, un sonido le sacó de sus pensamientos. Su móvil empezó a sonar.

—¿Sí?

—¿Eduard Miller? Necesito que retransmita una noticia —le contestaron.

—Este es mi móvil personal. Si quiere algo debería llamar a…

—Espere —contestó su interlocutor—. Antes que me diga lo que debo hacer quiero que oiga algo. —Se hizo un momento de silencio—. ¡Eduard! ¡Eduard, mi amor! ¡Haz lo que te piden, por favor! —A Eduard se le encogió el pecho. Sin casi poder respirar gritó al teléfono.

—¡¿Karen?! ¡Karen, cariño ¿dónde estas?! —preguntó Eduard.

—Bien, señor Miller. Ya sabe qué tiene que hacer. En su taquilla tiene un vídeo que quiero que muestre al mundo. Ya sabe que tengo a su familia. Soy una persona realmente pacífica, pero podría cambiar mi forma de ser de un momento a otro. Quiero ese vídeo en antena en una hora.

—¡Hijo de puta! ¡Cómo le hagas alg…!

La llamada finalizó. Eduard se quedó con el teléfono pegado en la oreja sin saber qué hacer. Corriendo fue hacia su taquilla y la abrió. Un DVD estaba encima de sus deportivas. Eduard lo cogió y no pensó en quién ni cómo lo había puesto, solo se apresuró a ver lo que había allí antes de publicarlo en directo para las millones de personas que a salvo en sus casas, esperaban las noticias que él y su compañera tenían la obligación de informar.

Capítulo XIV

Sobrevolando el atlántico, a treinta mil pies de altitud, el Gulfstream G650 planeaba solitario por aquel cielo nublado. Aquel pájaro de acero, diseñado exclusivamente como un avión de negocios era uno de los cincuenta y uno que había creado Gulfstream Aerospace en su planta situada en Georgia. Tenía en su poder la tecnología más avanzada del cielo, una tecnología de sesenta y cinco millones de dólares al alcance de muy pocos. Dentro de él, un grupo de personas mantenía el silencio mientras que uno de ellos, inconsciente, apoyaba la cabeza en la ventanilla. En frente de este, de una forma muy parecida a la de esa misma mañana, se encontraba Aarón. Esta vez no tenía un café en sus manos, tenía una copa de whisky escocés, acompañado por un Faria al que le daba intensas caladas mientras miraba la inmensidad del océano. Aarón no solía fumar, pero ese día estaba saliendo realmente bien, y la ocasión lo merecía. Mientras daba otra de sus profundas caladas, Aarón empezó a toser. El humo no le sentaba bien.

—SHHH. —Uno de sus acompañantes reclamó silencio, mientras que Aarón se disculpaba de malas ganas sin pronunciar palabra alguna y casi sin poder respirar.

Una suave turbulencia hizo que John empezara a desadormecerse. Lentamente empezó a abrir su ojo derecho, el que tenía más alejado de la ventanilla, mientras que el izquierdo lo mantenía aún cerrado.

—¿Dónde… dónde estoy? —preguntaba este mientras se recomponía y se acomodaba en el asiento del jet.

—Buenos días, John. ¿Estás mejor de tu migraña? —contestó Aarón.

—¿Migraña? —pensó John mientras intentaba recordar lo que había sucedido y dónde estaba— Sí, creo que estoy mejor. Un poco aturdido aún, pero siempre me pasa cuando tomo la medicación. ¿Cuánto nos queda para llegar, Rick? —preguntó John mientras se echaba las manos a la cara y se frotaba los ojos.

Aarón sonrió, miró hacia atrás a sus acompañantes, que escuchaban la conversación de los dos, les hizo un gesto facial de afirmación y se dirigió a John, que se desperezaba en su asiento.

—Estamos llegando a Barcelona, John. Has estado dormido todo el viaje. Ahora cuando aterricemos podrás descansar. Llegaremos sobre las once y media doce —le contestó Aarón.

—Bien, porque estoy más cansado que nunca. Tengo unas ganas de llegar al hotel y dormir terribles. ¿Cuándo se hará la extracción? —preguntó John.

—A la una de la tarde, John. Y es en el mismo hotel. Tendrás mucho tiempo para descansar esta noche y te conviene hacerlo, ya que mañana es el gran día —contestó

Aarón.

—Sí, lo sé. Saldrá todo bien —dijo John mientras se apoyaba de nuevo en la ventanilla y se echaba a descansar.

El jet estaba a punto de aterrizar en Barcelona. Eran las doce menos cuarto y Aarón estaba muy contento. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Capítulo XV

Eran las seis de la tarde de esa lluviosa tarde en Langley, Virginia. A pocos kilómetros de Washington, Jessica Price, jefa del directorio de Ciencia y Tecnología de la Agencia Central de Inteligencia, miraba por la ventana de su despacho esperando mientras sus subordinados daban vueltas ajetreados preguntándose el por qué de toda aquella situación. Jessica había entrado en la agencia con solo veintiún años. Había acabado de estudiar su carrera de Criminología dos años antes que sus compañeros. Había exprimido su máster en Derecho de Internet y Delitos Informáticos y antes de acabarlo ya se estaba preparando el doctorado en Seguridad Informática. Hija de un teniente de los Marines galardonado con una medalla de la seguridad nacional por su trabajo en la guerra de Irán-Irak en los ochenta, y nieta de un miembro del Consejo de Seguridad Nacional, la CIA le venía impuesta desde su nacimiento a esa joven rubia con ojos azules de metro ochenta. Salió de su despacho para dirigirse al hall del edificio. Mientras bajaba por el ascensor del mismo, pensaba en todo lo que estaba pasando. ¿Rusos? La guerra fría ya había acabado por mucho que negaran los conspiranoicos y allí en Rusia estaban sucediendo los mayores altercados en todo el globo. ¿Afganos? Puede ser, pero no suelen ser tan inteligentes. ¿Los chinos? Tenían todas las papeletas, esos malditos comunistas. Por lo que se está oyendo en las noticias, están recibiendo el menor ataque de todo el globo. O eso es lo que nos quieren hacer pensar…

Caminando sobre aquella enorme sala de mármol blanco y negro, Jessica pasaba por encima del logo de la Agencia mientras dejaba atrás dos columnas cuadradas de lados blancos y azules. Allí en la puerta, bajando del coche acompañado de un paraguas le esperaba su jefe, Bruce Donovan, actual director de la Agencia. Bajaba del vehículo y se desprendía del paraguas. Las gotas de lluvia caían encima de su calva mientras que las gafas cuadradas se le llenaban de agua. Cobijado en una gabardina negra entraba despacio en el cuartel general.

—Jessica —saludó con un gesto de tranquilidad y prepotencia a su subordinada.

—Bruce —contestó esta.

Durante el camino de vuelta al despacho del director, este avasallaba a preguntas a la señorita, mientras que a Jessica no le daba tiempo a contestar ninguna justo cuando ya le estaba exponiendo otra cuestión.

—¿Se sabe algo de Rusia? —preguntó este mientras pulsaba el botón repetidamente de la planta donde se encontraba su despacho en el teclado del ascensor.

—No señor, aún…

—¿Afganistán?

—Tenemos claros indicios que ellos no saben nada, porque…

—¿China?

—Señor —contestó algo más alterada Jessica—. Aún no sabemos nada.

—¡Pero qué coño está pasando, Jessica! ¿Cómo se puede caer la totalidad de la red global y que ningún país sepa nada al respecto? ¡Somos la agencia de inteligencia más importante del mundo, por Dios!

Entraron en su despacho. Él primero. La joven después, siempre con la cabeza alta.

—Llevamos ocho horas con aeropuertos inactivos señor, y las fronteras se cerraron a las dos de la tarde. Ya nadie puede entrar ni salir del país. He hablado directamente con el director de la CESIS, y en Italia han seguido nuestro consejo. Han cerrado fronteras y aeropuertos. Aunque no antes de perder más de cien vidas en un accidente aéreo. El KGB también sigue nuestros pasos y llevan horas con aeropuertos y fronteras cerradas. Todos los países de América del Sur, Asia y parte de Europa han seguido nuestros consejos —explicó Jessica.

—¿Parte de Europa? —preguntó Donovan perplejo.

—Sí, señor. Falta Francia y España. Estaba esperando respuesta de mi equipo, el cual se está intentando poner en contacto con ellos para cerrar el proceso.

—Vaya a darme buenas noticias, por favor.

—Sí, señor —contestó Jessica mientras daba media vuelta y se dirigía a la puerta del despacho.

Antes de tocar el pomo de metal dorado que abría esa enorme puerta de roble, el sonido de una mano golpeándola empezó a resonar. Alguien llamaba. Un chico moreno, con facciones asiáticas entraba por la puerta sin pedir permiso.

—Lo siento, señor. Tenemos noticias —contestó este. Jessica se dirigió tras él hacia la mesa de Donovan, el cual se levantaba de la silla y se dirigía a ellos—. Hemos hablado con la Dirección General de Seguridad Exterior de la República Francesa. Nos comentan que llevan desde que les avisamos con fronteras cerradas y aeropuertos inactivos, pero que no han podido contactar con nosotros. —Comentaba el asiático.

—¿Y qué más? —preguntó Donovan.

—Emm… Hay otra cosa. También hemos estado hablando con el Centro Nacional de Inteligencia Española. Y me comentan que también tienen aeropuertos cerrados y fronteras bloqueadas.

—Bien, ¿y? —preguntó ahora Jessica.

—Me comentan que ha habido un jet privado que ha aterrizado a las doce de la noche hora española, es decir, hace veinte minutos. Al acercarse asombrados las autoridades policiales del aeropuerto al avión, una persona de las que viajaban en el jet ha empezado a disparar. Ha matado a dos agentes y ha disparado al piloto y al copiloto del avión, que se encuentran graves. Por lo que se ve tenían un coche

esperándoles dentro del aeropuerto y han salido a la fuga. Aún están buscándolos —comentó el joven.

—Jessica, acompáñame —ordenó de forma tajante Donovan—. Prepare una conferencia con el director del CNI en cinco minutos —ordenó ahora al chico mientras salía con Jessica de su despacho.

Capítulo XVI

Arturo se había pasado la mañana y casi la tarde de ese exasperante día contemplando desde la ventana de su despacho las calles de la ciudad de Nueva York. Nunca las había visto tan vacías. Tan muertas. No había gente, ni coches, no había ruido, ni flashes de luces en aquel atardecer neoyorkino. Eso le traía ciertos recuerdos de su niñez. El tiempo que pasó en la granja con su familia. Todo aquel silencio le traía buenos recuerdos que le hacía estar en paz consigo mismo.

En la televisión no decían aún nada de las causas de la caída, ni tampoco culpaban a nadie, y eso que habían pasado ya ocho horas desde que toda la red se desvaneció causando miles de muertes y billones de dólares en pérdidas.

Arturo revisó de nuevo su ordenador, clicó dos veces en un ejecutable y se abrió una ventana. En esta unos gráficos mostraban en la pantalla el total de pérdidas y ganancias que True Love llevaba a lo largo de ese año. Clicó en la flecha de un desplegable y filtró el cálculo por meses, desmarcando la opción de muestra de divisas. La ventana cargó de nuevo mostrando lo que eran diez columnas en color verde. La primera era enero, que comprobando la fila de su izquierda superaba los ciento ochenta y dos puntos. Febrero, seguía su curso y acompañaba a enero conectada con esta otra barra a través de una línea roja que subía un poco más hasta los ciento ochenta y nueve puntos. Los meses siguientes siguieron el mismo patrón que los dos primeros. Subían hasta los ciento noventa y cinco de máximo y los ciento ochenta y un puntos de mínimo. La inmensa caída ocurría al llegar a la barra número diez. Octubre. En esta la puntuación era negativa, y la barra era de color rojo, llegaba hasta el octavo punto negativo. Arturo se estremeció solo de mirarlo. Abrió de nuevo la ventana de filtro y marcó la opción de mostrar divisas, y seleccionó el mes de octubre. Esta vez la ventana mostró treinta y un puntos negros de los cuales dieciocho estaban conectados por una línea roja, en la cual, al finalizar, en el día de hoy, caía en rotundo hasta los ocho puntos negativos. Bajó un poco la ventana, y una serie de dígitos no hacían más que subir. Las pérdidas totales a las seis y media de la tarde eran ya de más de ocho millones de dólares.

Arturo ni se inmutó, sabía que ese día iba a ser muy duro, pero se lo imaginaba aún más. Su pesimismo esta vez le había ayudado a superar el bache. Sacó su teléfono móvil y marcó el número de su jefe. Apagado. Llevaba todo el día sin hablar con él. Marcó el número de Antwane y se acercó el teléfono a la oreja. Un tono. Dos tonos.

—¡Arturo!

—Antwane. ¿Qué tal? ¿Cómo llevas este caótico día?

—Mal, la verdad. Ya he tenido que echar a unas seis personas. La gente se está volviendo loca. Ya no me quedan productos básicos. He tenido que cerrar dos veces para reponer de la gente que había. La gente ve esto como una especie de apocalipsis.

—Y que lo digas —dijo Arturo—. Pues yo aquí, sin trabajar. La empresa está perdiendo mucho dinero, pero es que no hay nada, nada que podamos hacer.

—Me lo imagino. Oye, ¿quieres un café? Mi compañero viene en diez minutos.

—De acuerdo. Perfecto.

—Vente para aquí. Las cafeterías del barrio están todas cerradas. Nos lo tomaremos en la tienda.

—Voy para allá —dijo Arturo justo antes de colgar la llamada y colocarse el teléfono móvil en el bolsillo.

Arturo se metió dentro del ascensor, en la décima planta del American International Builder y pulsó el botón del hall. Estaba prácticamente solo. Les había dicho a sus chicos que se tomaran el día libre para estar con su familia y de los otros trabajadores de las demás empresas en aquel edificio quedaban pocos. Salió del ascensor subiéndose el cuello de la gabardina y cubriéndose media cara con la bufanda mientras saludaba moviendo la cabeza al portero, que le abrió la puerta para que pasase. Salió a la calle. Pocos coches circulaban por esa carretera hoy. Pocas luces rebotaban en las cristaleras de los negocios. De lejos vio un taxi. Levantó la mano y soltó un fuerte y agudo silbido. El taxi paró. Arturo abrió la puerta y notó la elevada temperatura que tenía el taxista allí dentro.

—A la 97 con Park Avenue.

El taxista afirmó con la cabeza, pulsó un par de botones en su taxímetro y emprendió la marcha. La carretera seguía prácticamente vacía, uno de los puntos más concurridos de la ciudad de Nueva York se asemejaba cada vez más a lo que dijo Antwane que creía la gente. Apocalipsis. El fin de los tiempos. Pasaron por la Avenida Lexington, una zona comercial conocida por las innumerables tiendas de moda, solo accesibles a un pequeñísimo porcentaje de la población neoyorkina. Los cristales de los escaparates de Versace, Christian Dior, Louis Vuitton estaban esparcidos por los suelos, acompañados de basura y *containers* ardiendo.

—La cosa se ha puesto difícil esta mañana —dijo el taxista mirando por el espejo retrovisor.

—Ya veo, ya. No he salido de la oficina en todo el día.

—Lo mejor que ha hecho. A nosotros los taxistas nos han prohibido salir a trabajar. Ha habido muchos robos y asesinatos.

—Y veo que usted ha hecho mucho caso a esa prohibición.

—Mi familia tiene que comer, y quién sabe cuánto va a durar esto. Además, sé defenderme —concluyó el taxista mostrándole un pequeño revólver que escondía debajo del asiento.

Arturo asintió mientras entraban por la 65 con Park Avenue. Una de las avenidas más importantes de Nueva York era en ese momento un cementerio de rascacielos mortecinos. La noche había caído al completo y muy pocas eran las ventanas que estaban iluminadas. Aquella avenida, ayer mismo, estaba abarrotada de gente caminando sin mirarse los unos a los otros con la vista fija en sus móviles. La antigua arteria residencial de la clase alta neoyorkina era en ese mismo momento casi una zona catastrófica, donde reinaba la delincuencia y la anarquía.

El taxista paró poco antes de llegar al supermercado donde trabajaba Antwane. Por aquel barrio casi todas las tiendas también estaban cerradas. Pero se notaba menos la violencia, ya que al ser un barrio de clase media no había necesidad de romper vidrieras en busca de ropa de marca ni joyas caras.

El taxímetro marcaba 22,40 dólares. Arturo sacó dos billetes de su cartera, uno de veinte y otro de cincuenta.

—Tenga. Váyase ya a casa con su familia. Cuídese.

—Muchas gracias, amigo. Cuídese usted también.

El taxi salió de allí mientras Arturo se dirigía al 24/7 donde trabajaba su amigo Antwane, que lo esperaba en la calle fumándose un cigarro.

—Deberías dejar esa mierda, Antwane —dijo Arturo cogiendo el café que le entregaba Antwane, con la mano estirada desde lejos.

—Bah. Hoy me lo merezco Arturo. Ni te imaginas el día que he pasado.

—¿Qué es lo que te ha pasado esta mañana? Me has dicho antes que has tenido que echar a unos cuantos.

—La gente está loca Arturo —dijo Antwane mientras daba otra calada al cigarro acompañándola de un trago de café—. Me ha venido una familia entera. Eran la madre, el padre y dos hijos. Han cogido dos carros de la compra y los han llenado por completo de latas de conserva. Han dejado casi el doble del dinero que les tenía que cobrar y se han largado.

—Madre mía…

—Después han ido llegando más personas y, claro, como no tenía latas de conserva, se han mosqueado conmigo y han empezado a gritar y a insultarme. —Antwane daba otro sorbo de café y tiraba la colilla al suelo—. La tienda se llenó de gente. Unos cinco o seis se pusieron demasiado nerviosos y tuve que sacar el bate de béisbol para que se marcharan.

—Veo que ha sido una mañana movidita. Pero no te han hecho nada ¿no?

—No, no, estoy bien —Antwane sonrió a Arturo.

—Yo en cambio no he salido de la oficina. Y lo único que he podido hacer es ver como True Love sufría la mayor caída de toda su historia.

—Vaya…

Arturo miró a Antwane con una sonrisa.

—Estoy demasiado cansado. Creo que me iré a casa.

—Haces bien. Descansa. Hoy ha sido un día duro. Después te llamo y hablamos.

—Ok. Descansa tú también. Mañana nos vemos.

Capítulo XVII

Eduard se acercó al plató, algo exaltado, caminaba con los ojos puestos en aquel DVD. No sabía si comentárselo a Rachel o verlo él antes. Casi llegando a la mesa decidió compartir aquello con su compañera.

—Rachel… —Pensó si comentarle que la persona que le había llamado tenía una gran fianza para asegurarse de que eso se publicara. Dispuso que no y siguió comentándole—. He ido a mi taquilla, y me he encontrado este DVD. ¿Sabes quién ha podido dejarlo allí? —preguntaba Eduard algo confuso.

Rachel se quedó mirando a su compañero mientras este le dejaba el DVD encima de la mesa. Cogió el disco, contemplándolo, levantó la mirada y se quedó mirando a su compañero mientras le preguntaba:

—No tengo ni idea. ¿Quién tiene llave de tu taquilla?

—Creo que nadie más. He ido a mi taquilla y me he encontrado esto allí —contestó Eduard.

—¿Lo has visto? —preguntó Rachel.

—No. Acabo de venir del vestuario. No me ha dado tiempo —contestó Eduard.

—Bueno, ¿y a qué esperamos? —Rachel sacó el DVD de la caja y lo metió en su portátil. Una ventana se abrió casi al instante. «Reproducir».

—Bien, salgamos de dudas —comentó Eduard.

Se abrió la ventana de reproducción y automáticamente se puso en pantalla completa. En el portátil solo aparecía una imagen en negro. Un coro de voces en latín antiguo empezó a sonar:

O Fortuna,
velut Luna
statu variabilis,
semper crescis
aut decrescis;
vita detestabilis
nunc obdurat
et tunc curat
ludo mentis aciem,
egestatem,
potestamem
dissolvit ut glaciem.

Sors immanis
et inanis,
rota tu volubilis,
status malus,
vana salus
semper dissolubilis,
obumbrata
et velata
michi quoque niteris;
nunc per ludum
dorsum nudum
fero tui sceleris.

Sors salutis
et virtutis
michi nunc contraria
est affectus
et defectus
semper in angaria.
Hac in hora
sine nora
cordum pulsum tangite;
quod per sortem
sternit fortem,
mecum omnes plangite!

«O Fortuna». Rachel recordaba esos cantos goliardos encontrados en Alemania en el siglo XIX. Se le habían quedado grabados en su época de estudiante debido a la tenebrosidad de los mismos. Durante unos minutos esos cánticos resonaban en la habitación.

—Me suena mucho esta canción —dijo Eduard.

—Cantos, Eduard. Cantos. «Carmina Burana. Oh Fortuna». Son unos cantos que evocan el gusto a los placeres terrenales, el gozo a la vida y a la naturaleza. Y al amor por el placer carnal —dijo Rachel—. Y perdón por ser tan pedante —dijo de nuevo sonriendo mientras miraba a Eduard.

Los cánticos finalizaron dejando un tétrico eco. Una luz rojiza al fondo de lo que parecía una enorme sala se encendía tenuemente mientras aparecía una figura sentada al fondo de una enorme mesa. Esta vestía una túnica, cuyo color era inapreciable debido a la poca cantidad de luz, y la capucha le tapaba parte del rostro que miraba hacia abajo, del cual solo se hacía visible una inmensa barba blanca que le llegaba al

pecho. La figura se levantó y resultó ser un señor mayor, casi anciano, encorvado, el cual no mostraba del todo el rostro. De pie, al fondo de la enorme mesa, el anciano empezó a hablar.

Fueron unos minutos de auténtico estupor. Eduard y Rachel se quedaron inmóviles y anonadados ante las palabras de ese octogenario.

—No es posible —dijo Rachel asustada—. ¿Crees que debemos enseñárselo al jefe?

—Deberíamos —contestó este.

Capítulo XVIII

El aire de Barcelona golpeaba con frialdad el rostro de John, quien se sentía aún aturdido por todo lo que acababa de pasar en los últimos tres minutos. Le dolía mucho la cabeza, y sentía un dolor agudo en la nuca que le hacía marearse más de lo normal. Se dirigieron a un búnker cercano a la pista de aterrizaje. Ahí, en la oscuridad de la nave, les esperaba un coche con las luces interiores encendidas.

—¡Rápido! ¡Arranca este puto coche! —Aarón gritaba histérico al chófer de aquel Sedán negro.

Había disparado a los dos agentes que lo esperaban en la pista de aterrizaje apuntándoles con sus armas. También había tenido que hacerlo con el piloto y el copiloto del jet. No se sentía muy satisfecho con esa acción, pero eran unas muertes necesarias para el buen funcionamiento de su cometido. Los cuatro se montaron en el automóvil y cerraron las puertas. En la parte trasera de este, John se sentó en el centro, mientras que un señor largo y enjuto resoplaba en tanto que miraba hacia la pista de aterrizaje; el de la derecha del británico, más bajo y rechoncho, se abrochaba el cinturón. John miraba hacia todos los lados mientras el conductor del vehículo, un hombre negro de gran estatura, y con una gorra oscura, daba marcha atrás y se dirigía a la salida del búnker. El coche dejaba parte de sus neumáticos impresos en el hormigón de aquella nave al salir derrapando de la misma. Se hizo la luz. La iluminación artificial del aeropuerto entró en el vehículo, e hizo que John pudiese ver la cara descompuesta de Aarón que pistola en mano miraba hacia atrás en busca de perseguidores.

—Aarón, ¿qué está pasando? —preguntó el británico mientras respiraba difícilmente debido a la huida a la que le había forzado el copiloto.

—¡Cállate John! —exclamó Aarón casi sin mirarle.

Justo antes de que el Sedán reventara unas vallas de seguridad para asegurar la salida del aeropuerto, unas luces de colores, rojas y azules, le seguían el rastro.

—¡Mierda! ¡Joder, mierda! —Aarón se enfurecía mientras que forzaba al chófer a que corriese más. Salían de la terminal uno, mientras dejaban al lado operadores de la empresa Qatar Airways, que mientras fumaban un cigarro se quedaron mirando como la policía iba detrás de ellos. El Sedán recorría rápidamente el camino hacia la carretera mientras golpeaba de vez en cuando contenedores y carretas de equipajes vacías que había por el camino. Llegaron a la carretera, la salida daba directamente a la C-31, la cual se desviaba para coger la C-32 dirección Barcelona. La policía le pisaba los talones, pero con el potente motor de aquel Sedán negro era muy difícil que las autoridades les alcanzaran.

—¡Aarón, dime qué pasa! ¡Te has cargado los policías y a los pilotos, joder! —gritaba John asustado en el asiento posterior de aquel vehículo—. ¡Joder Aarón, me están entrando náuseas! —John se sentía realmente indispuesto, el vuelo le había sentado fatal. Muchas turbulencias, y si a eso le sumamos el poco agrado que tenía este a montar en avión, hacía que ese viaje fuese un mal trago para él. Al británico le entraron ganas de vomitar, le empezaron a entrar arcadas, mientras sus compañeros del asiento trasero de aquel Sedán se echaban para un lado, preocupados por las náuseas del británico. El coche dio un giro inesperado, justo antes de pasarse la salida para meterse en ella. La policía no pudo hacer lo mismo, así que ellos siguieron por la C-32 mientras que John y sus compañeros cogieron otra dirección. El Sedán no paraba, no descansaba un momento, su impetuoso motor resonaba sigiloso por aquellas carreteras solitarias y oscuras. El vehículo se acercó a una enorme glorieta muy cercana a la entrada de la ciudad condal, cuando John gritaba que parasen el coche ya que se sentía peor que nunca. Aarón buscó una bolsa por el coche, el chófer le dijo que en la guantera podía haber algo. El copiloto la abrió y sacó de allí lo que buscaba.

—¡Toma John, y cállate ya! —John cogió la bolsa y al colocársela en la boca empezó a vomitar. Aarón lo miraba preocupado.

—Te ha sentado mal el viaje John —dijo este.

—He viajado más de cien veces Aarón, y nunca me había pasado esto —contestó el británico.

—¿Te habían perseguido alguna vez? —contestó Aarón mientras sonreía.

John seguía con sus arcadas y sus vómitos. Se dio cuenta de que una de las veces que regurgitó algo sólido salió de su estómago para llegar a su boca y después sacarlo fuera. Las luces de la ciudad empezaron a iluminar el interior del vehículo. John miraba la bolsa. ¿Qué había sido eso? Algo blanco y del tamaño de un botón pequeño se dejaba ver entre los escasos fluidos que este había soltado. ¿Una pastilla? John se acercó la bolsa un poco más, mientras sus compañeros lo miraban con cara de repulsión y asombro. El largo y delgado empezó a hablar a Aarón en alemán, el cual John no entendía, y eso que se había pasado un verano entero en Berlín como alumno de intercambio. Era un alemán extraño, arcaico. Aarón se giró en el momento que el hombre delgado acabó su frase.

—¿Qué te pasa John? —preguntó Aarón.

—Me encuentro fatal. Me estoy mareando, tengo la vista nublada.

—Quizá sea por el estrés que acabas de sufrir.

—Creo que he vomitado una pastilla Aarón.

—Claro, la de la jaqueca que te has tomado antes de aterrizar.

—No recuerdo haber tomado ninguna pastilla.

—La jaqueca siempre te deja lagunas mentales John, ya lo sabes. Espera, creo que las tengo aquí.

Aarón sacó del bolsillo interior de su chaqueta un bote pequeño en el cual

resonaban pastillas dentro.

—Toma —dijo este.

—Ahora mismo no puedo tragar nada, Aarón. Déjala para luego —decía John mientras se recostaba en el asiento trasero del Sedán.

—Tienes que tomarla ahora, John. Sabes lo que se siente con una jaqueca como las que tú sufres. Tranquilo. Estamos a punto de llegar. Ahora descansarás.

—No, gracias. Después me la tomaré.

—Tómatela ahora, John —dijo Aarón con un tono autoritario el cual acompañaba con una sonrisa.

John le hizo caso, se metió la pastilla en la boca y tomó un sorbo de agua, mientras que echaba la cabeza hacia atrás para tragar un sorbo, le entró de nuevo un dolor en la parte trasera de la nuca. Un dolor agudo que recorrió todo el sistema nervioso de su cuerpo desde la nuca hasta los dedos de sus pies. El Sedán aparcaba en un descampado, justo al lado de otro vehículo.

—¡Rápido, cambiemos de coche! —gritaba Aarón.

El vehículo negro estacionó al lado de una furgoneta color blanco perla. Los pasajeros bajaron rápidamente, mientras que John iba más lejos mirando de lado a lado para saber dónde estaba. Subieron en el furgón. Todos menos el conductor, que abrió el coche para que los acompañantes entrasen y se dirigió a la parte trasera del Sedán negro. John no podía ver nada desde allí, la oscuridad del descampado lo hacía imposible. Solo podía intuir lo que parecía que era un maletero abierto y la sombra del conductor golpeando por dos tiempos dentro de este. Aarón se dirigió a sus acompañantes comentándoles que ya mismo estarían en el hotel y disculpándose por lo ocurrido.

—Aarón, ¿qué ha pasado con los pilotos? ¿Por qué les has disparado? —preguntó John nervioso mientras los demás callados mantenían la vista al frente.

—Tranquilo. No le ha pasado nada —contestó el copiloto.

Se escuchó abrir el portón de atrás del furgón, lo que parecía el peso de un paquete caer en la parte trasera de este y de nuevo el sonido de la puerta cerrándose en esta ocasión. John se giró al oír que lo abrían, pero la cabina trasera independiente, estaba separada por una chapa negra la cual no dejaba observar la parte de atrás de este. El conductor entró de nuevo en la furgoneta, cerrando la puerta y arrancando el vehículo caminaron hasta su destino.

Capítulo XIX

El furgón blanco perla se acercaba a Gran Vía de les Corts Catalanes cuando el teléfono móvil de Aarón sonó. Este contestó de nuevo en un alemán desusado del cual John pudo entender no más de cuatro cosas. «Lo imaginaba. ¿Qué hacemos? ¿Dónde está? Piloto». El copiloto miró hacia atrás y comentó a sus acompañantes.

—Ha habido un problema con las habitaciones del hotel. Es la última vez que reservo en el Palace. No tendremos habitación hasta mañana por la mañana. Tengo un familiar que nos puede dejar una casa a las afueras de Barcelona. Nos quedaremos allí esta noche —comentó Aarón.

El piloto viró hacia la izquierda por Carrer d'Aribau, giró por Carrer d'Aragó, y volvió a girar de nuevo para la izquierda para subir por Passeig de Gràcia, no antes de pasar por una cafetería que a John le resultaba muy familiar. «Il Caffè di Roma». En Manhattan había uno muy parecido. Casi idéntico. El conductor giró de nuevo hacia la derecha, y serpeteando calles volvieron otra vez por Gran Vía de les Corts Catalanes, viró hacia la derecha por Carrer de Balmes. ¡Una cafetería típica americana! Peggy Sue's Balmes. John llevaba menos de una hora en España y ya echaba de menos Estados Unidos. El camino duró quince minutos por las carreteras de Barcelona. John se sentía extraño. Los dos policías muertos, los pilotos heridos, la persecución, todo eso parecía no importarle mucho. Solo pensaba en llegar a esa casa y descansar. Llegando a las afueras de la ciudad, cogieron la carretera de Sarrià hacia Vallvidrera, unos diez minutos de carreteras de curvas que hacían que John se encontrase peor por cada una por la que pasaban. En una de ellas, el británico no pudo contener de nuevo sus arcadas. Soltó una, sin querer que sus compañeros le escuchasen. Soltó otra, y notó algo sólido de nuevo en la garganta. Otra vez la pastilla, pensó. A la tercera náusea el comprimido le llegó a su boca. La mantenía en allí mientras de reojo miraba a sus compañeros de viaje. Con un gesto disimulado se acercó la mano a la boca y dejó caer la gragea en ella. Bajó de nuevo la mano y se propuso guardar la pastilla en el bolsillo de su chaqueta de cuero cuando se le resbaló entre los dedos y cayó en el asiento trasero de esa furgoneta. John palpó sin suerte para intentar encontrarla. Notaba el tacto de la piel de los asientos, pero sin rastro de la pastilla en ellos.

Llegaron a una zona de sierra. En pleno parque natural de Collserola, lejos ya de la metropolitana Barcelona, una majestuosa mansión de color crema descansaba plácidamente en pleno corazón de aquel parque. Los viajeros bajaron de la furgoneta. Un magnífico pino reposaba a la izquierda de la entrada de la mansión. Justo detrás, una enredadera subía desde la puerta de lo que parecía ser un garaje hasta la ventana

de la habitación del primer piso. La villa tenía una entrada espectacular, con un jardín enorme de césped recién plantado, mojado por el rocío de aquella madrugada otoñal y vigilado por dos cámaras situadas en dos mástiles. Diez escalones de mármol blanco daban paso a un enorme portón, el cual tenía encima un formidable balcón que se apoyaba con dos espléndidas columnas negras. Entraron en la casa. En el centro, una escalera cubierta de terciopelo rojo subía hacía el primer piso, mientras a sus costados descansaban dos guerreros de terracota a los cuales les habían dado un barnizado color oro. O eran de oro. Viendo la ostentosidad de aquella mansión a John no le extrañaría.

—¡John! ¡Eh, John! ¡Despierta! Esta es tu habitación —le comentó Aarón mientras le acompañaba a su cuarto en la primera planta de aquella majestuosa mansión—. Dormirás aquí. Descansa. Hoy ha sido un día duro. Mañana te despertaré temprano —dijo Aarón mientras cerraba su habitación en su cara. John se echó en la cama. Estaba realmente cansado. Tan solo tenderse en ella se quedó dormido.

Capítulo XX

Jessica entraba en aquel despacho. Caminaba firme por una alfombra azul oscura, mientras a su izquierda cruzaba una gran mesa ovalada de madera de arce con una tonalidad cobriza, en el centro de una decena de asientos giratorios de cuero. Sentados en estos, a lo largo de la parte izquierda de la mesa, se encontraban dos de los más importantes representantes de los principales directorios de la agencia. Sito más cerca de la puerta se encontraba Adam Taylor, varón alto y delgado, de cabello rojizo, el cual era el responsable del directorio de Inteligencia. Dos butacas más adelante, Chris Blair, de igual estatura, pero más grueso, encargado del directorio de apoyo de la misma. De pie, después de dejar el interfono del aparato telefónico en pausa, un joven becario se apresuraba a salir de la sala. Jessica llegó a su puesto y tomó asiento. Bebió un trago de agua de una botella que estaba encima de la mesa mientras sentía como la inmensa comodidad del sillón de cuero negro relajaba su estresado cuerpo. En las paredes casi una decena de relojes digitales mostraban las horas de distintos países. En el suyo, en esa misma sala, eran las siete de la tarde. Donovan entraba por la puerta dando un portazo al cerrar.

—¿Está todo listo? —preguntó el director de la agencia.

—Sí. Tenemos al director del CNI en espera —contestó Jessica.

—Adelante —dijo Donovan mientras se sentaba en el sillón central de aquella majestuosa mesa—. Leandro. ¿Cómo lleváis el día? —dijo con un tono irónico y un rostro serio.

—Casi igual que vosotros, Bruce —contestó el director del CNI.

—Hace unos minutos, mis agentes me han informado del altercado que habíais tenido en el aeropuerto. ¿Qué ha pasado?

—Esta mañana, cuando os comunicasteis con nosotros y nos recomendasteis cerrar aeropuertos lo hicimos. Pocas horas después cerramos fronteras y reforzamos militarmente las mismas. A las doce y veinte recibimos una llamada de la policía de Barcelona. Los controladores aéreos de la torre de la terminal uno vieron algo en el radar acercándose a la pista. Ellos no daban crédito a lo que veían. Hacía cuatro horas que el aeropuerto estaba totalmente incomunicado. Poco a poco supieron que era un jet privado, uno de los de alta gama. El aparato aterrizó sin que a los ayudantes de pista les diese tiempo a llegar para intervenir. El jet paró cerca de la torre central. Las autoridades del aeropuerto decidieron mandar a dos agentes para que confirmaran que estaba todo correcto y para identificar a los pasajeros. Nos comentan los controladores que el jet abrió la puerta y una persona de estatura baja bajó corriendo por las escaleras del mismo con lo que parecía una pistola en la mano. Los policías

sacaron las armas y apuntaron hacia la persona mientras le gritaban que soltara el arma y levantara las manos. A lo que este contestó disparando mortalmente al pecho de los dos agentes. Los pasajeros del avión salieron de este y se dirigieron a un búnker donde les esperaba un coche, con el cual huyeron. Otros dos policías salieron tras ellos. Pero le perdieron la pista en la persecución.

—Lo siento mucho, Leandro. Aquí también hemos tenido bajas. Además, hemos declarado estado de emergencia en todo el país. No sabemos cómo paliar todo esto.

—Gracias. Lo sé. El mundo está roto.

—¿Sabéis algo más de ese vehículo? ¿Crees que tiene algo que ver con la caída?

—Creo que no es muy normal que ese jet fuese el único que volara en todo el globo, Bruce. También hemos pensado que es probable que sea alguien muy poderoso que haya huido de su país de origen para refugiarse en otro, que creería más tranquilo. Pero vamos, yo no hubiese elegido España como el país más indicado para esconderse de todo lo que está pasando.

—¿Sabéis quién era el responsable del búnker donde se encontraba el vehículo de huida?

—Jordi Roura. Era el encargado de mantenimiento eléctrico de la terminal uno. Otros empleados vieron a Jordi coger las llaves de ese búnker cuando se sabía que no había que ir para allí ese día para nada.

—¿Qué ha declarado?

—Nada. Se encuentra en paradero desconocido. Nuestros agentes no cesan su búsqueda, pero estamos bajo mínimos Bruce. No estamos preparados para todo esto. Tenemos el ochenta y cinco por ciento de los hospitales colapsados, mientras que nuestras comisarías están abarrotadas de gente en cólera.

—Lo sé. Estamos igual. Hace unas horas hemos sufrido un ataque en nuestro propio edificio. Seis personas han muerto. Dos de ellos eran de los nuestros.

—¿Qué podemos hacer, Bruce?

El teléfono de Donovan empezó a sonar. Dio dos pasos para atrás y sacó su móvil. Era David Cole, director de uno de los canales más populares de Nueva York. Un canal que había estado operativo y sin parar de informar sobre la actual situación mundial desde primera hora de la mañana. Supongo que quería lo de siempre, información para poder seguir informando, pensó Donovan, y contestó la llamada.

—David, ahora no es buen momento. —Bruce y David tenían una muy buena relación desde hacía años. De ahí que su canal televisivo de noticias fuese el más visto de todo Estados Unidos.

—Bruce. Tenemos que vernos.

—¿Qué pasa, David?

—Tengo algo que podría ayudaros.

—¿Qué es? —preguntó Donovan.

—Tienes que verlo —comentó David.

—David, por Dios. Estamos a cuatro horas de camino. Y no tenemos ni red ni

tiempo.

—Joder, espera. Al menos debes escucharlo. Te llamo en un minuto. —David colgó el teléfono.

Donovan se dirigió de nuevo a la mesa y habló con el director del CNI.

—Leandro, te llamo después —dijo al jefe del centro nacional de inteligencia español. Donovan habló a sus acompañantes—. Estoy esperando una llamada del director del Canal 6 de Nueva York. Es conocido mío desde hace unos años, y me ha llamado diciendo que tenía algo que nos podía ayudar.

El teléfono de Donovan sonó de nuevo.

—Dime, David. Estamos aquí reunidos cuatro dirigentes de la agencia. Pongo el altavoz. Un momento. —Donovan conectó su teléfono móvil al aparato manos libres —. Ahora puedes hablar, David.

—Hola a todos, soy David Cole. Director del canal 6 de Nueva York —dijo este.

—Déjate de formalidades, David. Vamos, dinos qué pasa.

—Hace media hora, Eduard, el presentador de noticias de mi canal, ha recibido una extraña llamada. Esta forzaba a Eduard, y a la cadena, a mostrar un vídeo que le habían dejado en su taquilla.

—¿Forzaban? —preguntó Jessica.

—La persona que llamó, tiene a la familia de Eduard retenida. Ahora mismo está esperando una llamada. Le dio una hora para publicar la cinta.

—¿Habéis llamado a la policía? —preguntó Chris.

—No. No ha llamado a nadie. Eduard está muy asustado.

—Vale. Le diré a mis chicos que se pongan en contacto con tu canal para hablar con tu presentador. Arreglaremos esto. Pero ¿qué hay en el vídeo? —preguntó Donovan.

—Eso es lo peor. Espera Bruce, escucha esto.

Se hicieron dos segundos de silencio, David Cole tecleaba en su portátil cuando se empezaron a escuchar unos cánticos.

—Escuchad —dijo David.

—¿Esta es la canción de *Excalibur*? —preguntó Adam, mientras Donovan lo mandaba a callar con un gesto.

—Es una imagen en negro, solo hay oscuridad. Se intuye una mesa larga y al fondo una figura —David explicaba a los agentes de la CIA lo que se veía en el video.

Los cánticos siguieron durante unos minutos. Cuando cesaron, el eco de estos se fundieron con la anciana voz de un hombre. David pausó el vídeo.

—La figura del fondo se ha levantado. Iré pausando y explicando lo que va sucediendo en el vídeo —David calló un segundo, estudiando la imagen que tenía en el portátil de su oficina en Nueva York—. Ahora se le ve algo mejor, una luz rojiza se ha encendido detrás de él. Lleva una túnica con capucha. Gris. O blanca. Más oscuro que el blanco. No deja ver su rostro, pero se aprecia una larga barba blanca. Empieza

a hablar —David seguía explicándoles y reanudó el vídeo:

> La libertad aparecerá, dejará un nuevo resplandor mientras que la humanidad se disuelve, sin su más divino don. No habrá perdón para los herejes que nos desmientan. Pedimos rendición, antes de que la conciencia del ser humano degenere. Ya habéis comprobado que el alma de lo que os rodea está enferma. La tecnología ha envenenado su bondad. Repudiamos vuestra forma de pensar, vuestra forma de actuar, vuestra forma de atacar. ¿Ha merecido la pena tanto sufrimiento? ¿Habéis sacado algo de tantas muertes inocentes?

Se hizo el silencio durante unos segundos. Jessica, Donovan, Chris y Adam se miraban entre ellos.

—¿Qué es esto? Cada vez se parece más a una secta —dijo Adam. Justo cuando Donovan iba a hablar, la voz de David sonó por el altavoz—. Esperad un segundo. El anciano se ha callado, ahora otra figura ha aparecido al lado del primero. Va con una túnica roja. Se ha puesto entre la cámara y la mesa. Se ve su rostro perfectamente.

—¡Necesito esa imagen, David! ¡Ahora! —dijo Donovan.

—La imprimo y la mando por fax, pero oye esto —dijo David mientas una voz más joven sonó por el altavoz:

> A partir de hoy, la tecnología ha caído. No habrá más conexión a internet. Nadie de este planeta podrá optar a ningún tipo de tecnología ni aparato eléctrico que esté conectado a la red. El mundo que conocíamos ya no existe. El sombrío y frío planeta tecnológico en el que estábamos inmersos no volverá a entrar en nuestra vida. No hay nada que podáis hacer.
>
> En los años 60, en plena guerra fría Estados Unidos creó una red exclusivamente militar, con el objetivo de que si Rusia los atacaba, se pudiese tener acceso a la información militar desde cualquier punto del país. Ese es el primer paso, la defensa y seguridad. ¿Realmente se creó internet para la defensa de este país? Arpanet, la red que se creó en 1969, contaba con cuatro ordenadores distribuidos en universidades del país. Dos años después, ya había cuarenta ordenadores conectados. Ese es el segundo paso, ya no es defensa ni seguridad, ahora es el poder.
>
> La gente tiene acceso a una cantidad y profundidad de información inimaginable anteriormente. Todo comenzó en 1998, cuando Tim Berners-Lee, un científico informático del laboratorio de física de partículas CERN en Suiza, inventó el World Wide Web. Ante la necesidad de distribuir e intercambiar información acerca de sus investigaciones de una manera más efectiva, Berners-Lee desarrolló las ideas fundamentales que estructura la web que hoy en día conocemos. Hizo esto para facilitar su trabajo, lo que no sabía es que iba a cambiar la historia de la humanidad.
>
> Hablemos ahora de los verdaderos dueños de internet. Google, el primer buscador, usado por el noventa y nueve por ciento de los usuarios de todo el mundo, es más poderoso de lo que la Iglesia ha sido nunca. Incluso en su momento de máximo poder, la Iglesia tenía al Vaticano, pero no todo pasaba por él. Su dominio se expresaba a través de franquicias locales, lo que conocemos como confesionarios, y no era tan fácil que el centro controlase la periferia, todo tenía que filtrarse a través de muchos individuos y de muchos intereses. No es así con Google, donde todo pasa a través del mismo centro de control. Es como si solo existiese el Vaticano con un solo confesionario. Google también ha empezado a fabricar robots con el único fin de apoyar al Pentágono a atacar el resto de los países. La NSA espía a centenares de compañías y organizaciones internacionales, incluso aliadas con EEUU a través de los teléfonos móviles. El proyecto Auroragold, no solo consiste en espiar teléfonos móviles, sino también en introducir defectos en los mismos. Sus sistemas operativos manejan la mayoría de nuestros dispositivos. ¿De verdad Google se preocupa por nuestra privacidad? Sabe todo lo que hacemos. Sabe todo lo que queremos.
>
> Vamos ahora por otro de los grandes. Facebook. La red social más usada del planeta, puede acceder a tu información personal, y puede hacer fotografías y vídeos sin permiso del usuario. ¿Sabéis que mediante nuestro terminal móvil podemos ser geolocalizados en todo momento? Ellos pueden

saber en qué metro cuadrado de nuestra habitación nos encontramos en ese instante. En los términos de uso del portal, se especifica que «al publicar contenidos en cualquier parte del sitio Web, el usuario automáticamente cede y garantiza que tiene el derecho de otorgar a Facebook una licencia irrevocable, perpetua, no exclusiva, transferible, totalmente pagada e internacional para usar, copiar, publicar, reformatear, traducir, resumir y distribuir dicha información y contenidos». La red también puede recoger información acerca del usuario de otras fuentes, como periódicos, blogs, servicios de mensajería instantánea, y de otros usuarios de cualquiera de los otros servicios de Facebook para proveer al usuario de mayor información y de una experiencia más personalizada. Al usar Facebook, el usuario de cualquier parte del globo, consiente la transferencia de sus datos personales para ser procesados en los Estados Unidos. Es decir, llegan directamente a los discos duros de la CIA.

Facebook no es una red que facilita la interacción social, se trata de una sofisticada herramienta financiada por la CIA que no solo la usa para el reclutamiento de agentes y recopilación de información a lo largo del planeta, sino también para montar operaciones de inteligencia encubiertas. Los datos de todos los miembros, tanto de los inscritos como de los que se dan de baja, van a parar directamente a los archivos de la CIA. En esto participan más de dieciséis servicios de inteligencia estadounidenses, incluyendo el Pentágono y el Departamento de Defensa. La información no solo se almacena, también se analiza para crear perfiles sociopolíticos y cuadros de contacto de cada usuario.

—¿¡Qué mierda es esto!? —exclamó Donovan.

Hablemos un poco más sobre la seguridad de este planeta. La empresa de seguridad rusa Kaspersky ha encontrado discos duros de marcas como Western Digital, Seagate o Toshiba, que tienen en su interior *software* espía insertado por el grupo Equation, cuya manera de actuar se relaciona, por similitudes, con la propia Stuxnet de la NSA, que es una de las herramientas asociadas de la agencia de seguridad nacional.

Hay ordenadores infectados en más de treinta países, entre ellos Irán, Pakistán, Rusia, China, Afganistán, Mali, Siria, Argelia…, todos ellos países con conflictos políticos y económicos directos o indirectos con el gobierno de los Estados Unidos. Los archivos infectados estarían instalados en los dispositivos de los ordenadores de administraciones gubernamentales, instituciones militares, empresas de telecomunicaciones y energía, bancos, organismos de investigación nuclear, así como actividad islámica. Este hecho hará que las relaciones políticas entre Estados Unidos y los países nombrados empeoren al instante, pero que ninguna parte se preocupe, esto quedará zanjado en poco tiempo y nadie, repito, nadie podrá acceder a la red a partir de mañana.

David pausó el vídeo.

—La luz se ha encendido un poco más, Bruce. Ahora se ve una mesa enorme con muchas personas sentadas a su alrededor. Todos llevan una túnica roja con capucha y miran hacia la mesa, no reconocemos ningún rostro.

—¡Necesito esa imagen también! —dijo Donovan.

—De acuerdo. También te la mandaré. Sigo con esto —dijo David mientras sonaba una tecla pulsada.

Hablemos ahora de las enfermedades que esta peste está causando en nuestro mundo. La nomofobia, describe la angustia causada por no tener teléfono móvil. No tenerlo o no poder usarlo como siempre se ha hecho. Hay depresiones por la falta de atención que los usuarios reciben de sus seguidores o amigos, o también ansiedades por la mucha atención que estos obtienen. La dependencia de internet estaba afectando a la mayoría de nosotros. La necesidad enfermiza de estar siempre conectado a la red no volverá a ser una patología. La cibercondría es la hipocondría de la era moderna. Cuando la gente se encuentra mal, lo primero que hace es mirar en internet qué

> enfermedad tienen a partir del malestar que sienten. El efecto Google es la tendencia a olvidar la información ya que estamos acostumbrados a buscarlo en el famoso buscador. Esta información es poca comparada con la verdad. El gobierno de los Estados Unidos nos controla. Las grandes compañías de internet nos vigilan. La enfermedad causada por estas nuevas tecnologías está en cada uno de vosotros. Nosotros somos la salvación. Todo volverá a ser como antes.

La voz que transmitía esa noticia se apagó cuando David pulsó el botón de pausa desde sus oficinas y se dirigió a Bruce.

—¿Pero qué es esto? ¡Necesito las fotografías, David! ¡Todas las que puedas!

—Te las acabo de mandar por fax. Le encargaré a mi secretaria que te vaya mandando más —dijo David mientras el fax empezaba a sonar.

—Chris, encárgate de que todas las agencias de inteligencia del planeta tengan esas imágenes. Y que estas las repartan por todas las comisarias de sus países.

—Sí, señor. —Chris Blair, el encargado del directorio de apoyo de Inteligencia se apresuró al fax personal de Donovan. Cogió los documentos que salían de este y se los llevó fuera de la sala.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Donovan.

—Eso es lo peor.

—¿Qué es lo peor?

—Creo que no quieren nada.

—¿Cómo que no quieren nada? —gritó al auricular del manos libres el director de la CIA—. ¡Son terroristas, David! ¡Algo tienen que querer! —Bruce Donovan hincaba los codos en la mesa y se tapaba la cara agitado.

—Es que… —el director del Canal 6 pulsó el botón de reproducir de nuevo—. Sigamos escuchando el vídeo. —La voz del vídeo empezó a sonar de nuevo.

> Dicho esto, no nos queda otra alternativa. La única salvación para este mundo enfermo en el que habitamos es la aniquilación de cualquier tipo de tecnología. De cualquier tipo de modernidad. Sabemos que internet no lo es todo, pero a partir de su caída, los mercados caerán. Al venirse abajo, no producirán. El valor del crudo subirá hasta límites inalcanzables por el noventa y cinco por ciento de la población mundial. Eso hará que haya menos vehículos circulando e infectando el medio ambiente. Sabemos que habrá una ola de crímenes, asesinatos, descontrol, ira, anarquía…, lo tenemos todo estudiado. Sabemos incluso cuánto durará esto. Cuanto tardará en restablecerse la paz y la tranquilidad mundial. Tenemos bloqueados mediante inhibidores de frecuencia repartidos por todo el globo los principales emisores de información a los satélites, tenemos un algoritmo inteligente capaz de bloquear los datos y dejar pasar la voz y los faxes. Queremos que quede claro, no nos hacemos responsables de todas las muertes que cause nuestro camino hacia la luz. Las tomaremos como daños colaterales, como nuestro queridísimo gobierno de los Estados Unidos de América ha nombrado a las millones de muertes inintencionadas que ha causado en las diferentes guerras en busca del poder.
>
> Por último, queremos daros la oportunidad de abandonar esta era enferma de tecnología, con la opción de que os despidáis de la conexión a internet y el acceso a la información global. Justo cuando este vídeo salga a la luz, ya no habrá ningún tipo de conexión. Pocas horas después, dejaremos diez minutos, los últimos diez minutos de conexión. Aquí podréis despediros de vuestras familias porque será la última vez que habléis con ellos a través de internet.
>
> Pueblo, la nueva era ha llegado. Sed bienvenidos.

Se oyó de nuevo el sonido del botón al ser pulsado por David. Donovan y Jessica

se miraban mientras que David hablaba de nuevo por el interfono.

—Bruce, es todo. No hay más.

Bruce Donovan no decía nada, se limitaba a mirar al vacío mientras Jessica ojeaba las imágenes que había mandado a fotocopiar de aquel orador.

—Bruce, ¿estás ahí? ¿Cuándo puedo poner en antena el vídeo? —preguntaba el presentador.

—¡David! ¡Nunca! ¡No puedes hacer eso! —contestaba el director de la CIA.

—Pero… Pero Bruce, esta gente dejó bien claro que iban a asesinar a la familia de Eduard si no lo transmitían en una hora. Eduard y Rachel están muy nerviosos y ya mismo se va a cumplir el plazo desde que le llamaron.

—¡David! Te prohíbo terminantemente que difundas esas imágenes, es más, a partir de ahora esto se considera secreto de Estado y nadie más puede enterarse —dijo Bruce Donovan mientras pensaba, irremediablemente, en los daños colaterales que mencionaban en el vídeo—. Es sumamente importante que la población no se entere de lo que está sucediendo ahora mismo. El caos que reina en estos momentos en el globo aumentaría hasta niveles imposibles de contener. Ya nos está costando mantener el orden ahora que no saben que esto, supuestamente, será irreversible, como para que ahora se enteren de que la conexión se ha caído definitivamente. Es más, ¿quién ha visto el vídeo?

—Pues… David, su compañera Rachel, y yo…

—Os mandaré un documento por fax en un minuto. Es un documento de confidencialidad estatal. En él viene por escrito que no podéis comentar nada de lo que habéis visto hasta nueva orden.

—Pero… —dijo tímidamente David al otro lado de la línea.

—¡David! ¡He dicho que no! Llámame si vuelven a llamar esos hijos de puta de nuevo a tu presentador.

Bruce, enojado, cortó de un golpe seco la llamada con su colega. Jessica lo miraba asustada, sin saber realmente qué decir.

—Señor, he mandado difundir las imágenes por todas las comisarías de las principales ciudades del mundo. También hemos hecho un escáner facial del orador con nuestra base de datos local pero la calidad de la imagen no es muy buena y no ha dado resultados fiables. He dado órdenes de que se haga esto mismo en cada una de las comisarías donde hemos mandado las imágenes. Estamos a la espera de respuestas.

—Gracias. Oye, Jessica, si le preguntasen dónde situaría usted una base para una, vamos a llamarlo secta, de estas características y con este fin, ¿dónde la colocaría? —dijo Donovan dirigiéndose a Jessica.

—Pues no sé realmente dónde la colocaría. Probablemente en un lugar apartado de la ciudad. Aunque puede ser que eso es lo que piensen que estamos pensando y se hayan situado en el centro de Los Ángeles, por así decirlo…

—Y como jefa del departamento de Ciencia y Tecnología, ¿qué crees que se

puede necesitar para dejar en jaque a toda la economía global?

—Pues… A ver, necesitan a informáticos, claro está, y no a informáticos comunes de los que arreglan una impresora, necesitan a los mejores *hackers* que puedan existir, aquellos que son capaces de colarse en cualquier lugar, hacer lo que les venga en gana y no dejar huella. Necesitan programadores. El supuesto algoritmo inteligente que hace que los satélites solo permitan la transferencia de voz y fax es algo que no llego a entender cómo se ha podido realizar. También, como el orador dice, necesitan inhibidores, los más potentes, ingenieros de telecomunicaciones, los mejores. Ingenieros que sepan lo que tienen que hacer los algoritmos para que los *hackers* lo inserten en el sistema de satélites global. Realmente, señor, esto se nos escapa de las manos. Y claro, por último, dinero. Muchísimo dinero, señor. Estas cosas no las hace un crío de quince años desde la granja de sus padres. Estas cosas no son un juego de niños como el de *hackear*, por ejemplo, la página del instituto. No sabemos quién o quiénes los subvencionan, pero sí que aquí tiene que haber gente muy importante, porque todo esto vale muchísimo dinero.

—Sí, lo sé.

—¿Quién cree usted que puede estar detrás de todo esto?

—La verdad, no se me ocurre nadie. Las grandes fortunas del mundo tienen dinero gracias al consumismo y la capitalización. Un mundo sin internet sería su ruina. Las grandes entidades bancarias también, no podrían sobrevivir sin conexión. Las grandes corporaciones de internet, hay que descartarlas igualmente. Sería un suicidio. ¿Qué nos queda? Empresas de textil, alimentarias…, ¿transportes? —Bruce hizo una mueca—, la publicidad de todas estas grandes empresas vive gracias a internet, hasta las grandes ONG como Greenpeace necesitan conexión para expandirse… No tengo ni idea.

Habían pasado unos diez minutos cuando Bruce, sentado en el sillón, con los ojos fijos en la imagen impresa de aquel orador encima de la mesa de su despacho. Jessica había salido a recabar más información acerca de la caída, cuando de repente entró en el despacho del director.

—Señor, tenemos noticias.

—Cuéntame. —Bruce dejó los papeles encima de la mesa y dirigió la mirada a Jessica.

—El Cuerpo Nacional de Inteligencia Española nos confirma el nombre del orador que sale en el vídeo. Su nombre es Albert Llach. Lleva dos días desaparecido. La policía española ha aumentado su búsqueda y está en orden y captura desde que recibieron las imágenes.

—Tenemos que atraparlo. ¿Algo más del vídeo?

—Nada más, señor. Las imágenes no muestran nada que pueda ayudarnos, y el único rostro visible del vídeo es el de Llach.

—De acuerdo. Manténgame informado.

—Sí, señor —dijo Jessica mientras salía del despacho y cerraba la puerta tras ella,

cuidadosamente.

A unas doscientas cincuenta millas de Langley, el presentador del Canal 6 de Nueva York discutía ferozmente con su director.

—¡¿Pero qué dices, David?! —gritaba Edward mientras tiraba el documento de confidencialidad al suelo—. ¡Han amenazado de muerte a mi mujer! ¡Quedan cinco minutos para que haga una hora desde la llamada! Dime, por favor, que estás de broma… —Eduard miraba a su compañera Rachel y después miraba a su director, que con el semblante serio agachaba la cara.

—Lo siento, David. Pero esto es secreto de Estado. Nos podemos meter en graves problemas por esto. Muy graves.

—¿Peores problemas de los que ya tenemos? —preguntó Rachel un poco más alejada de la mesa del despacho donde discutían David y Eduard. Rachel aún no había podido hablar con sus familiares, y después de todo lo que le había pasado a su compañero, estaba realmente asustada.

David Cole los miraba culpable. Sabía que darle por culo a la CIA no era un juego, y que los podían joder pero bien, pero conocía a Eduard y a su mujer desde hacía más de diez años. Aún no habían firmado ningún documento, pensaba el director del Canal 6 mientras miraba los papeles en el suelo, pero sabía que eso era una mierda, si la CIA quiere hacerte daño, te lo hará. Levantó la cabeza, miró a Eduard. La ansiedad le corría el cuerpo mientras le gritaba con el DVD en la mano.

—Puedes ponerlo.

No dio tiempo a que David acabara esa frase de dos palabras cuando Eduard ya había dado media vuelta para dirigirse corriendo a la sala de producción. Le tiró desde lejos el DVD a un chico que montaba un resumen de lo que había pasado esa mañana en Nueva York cuando le dijo:

—Michael, ponlo. No lo previsualices, solo ponlo y dame paso. Tengo órdenes de David.

—De acuerdo —dijo el jefe de producción.

Eduard corría por los pasillos de producción, giraba hacia la derecha y subía de tres en tres velozmente las escaleras que le dirigían a plató mientras se anudaba como podía la corbata. Un leve zumbido en el bolsillo derecho de su pantalón de pinza hizo que se parara en seco. Sin apenas aire, metió la mano en el bolsillo, sacó su teléfono móvil y contestó a la llamada de aquel número oculto.

—¿Sí?

—Eduard. Creo que le dejamos bien claro que en una hora tenía que estar el vídeo en antena.

—Estoy yendo a plató. De verdad, he tenido que ocuparme de unos asuntos.

—Sí. Como dar parte a la CIA del contenido del mismo.

—No sé nada de esto, de verdad.

—Nosotros sí lo sabemos.

—Yo se lo he tenido que enseñar a mi jefe, sin el consentimiento de él no

podemos poner nada en antena.

—Eduard, usted y yo habíamos hecho un trato. Y usted no lo ha cumplido.

—Espere, espere, espere… solo han pasado dos minutos de la hora que me dio.

—Tiene diez segundos.

Eduard bajó el móvil y esprintó hacia el asiento de su mesa. Se sentó y con el teléfono en la oreja de nuevo pidió a sus compañeros que lo pusieran en antena.

—Entro en directo —dijo Eduard a su interlocutor, mientras su compañero le hacía la señal del comienzo de la cuenta atrás, y por el teléfono sonaba un pitido. La llamada había finalizado. Eduard, asustado, guardó el móvil en el cajón y miró a cámara justo cuando su compañero le daba paso y rezaba para que todo fuese bien.

—Estamos aquí de vuelta para dar paso a una noticia de última hora. Esto es una primicia mundial, nadie más sabe lo que en breves instantes vamos a mostrarle. Solo pido, al igual que llevamos haciendo todo el día, que mantengáis la calma. Y que cuidéis a vuestras familias. Adelante con el vídeo.

«Vídeo en tres, dos, uno…».

Capítulo XXI

John. John. ¿Dónde estás? ¿Por qué no me ayudas?, la mujer hablaba desde las sombras. Sin rostro. No podía verla, pero sabía que estaba allí. La fría sensación de presencia se hacía palpable. «John. Necesito que vengas. ¿Dónde estás?», John corría desubicado por una especie de laberinto. Podía notar el tacto de los setos de ciprés cuando giraba por los caminos de ese sitio. «John. Ven. ¿No me recuerdas?». El joven miraba exaltado en todas las direcciones. Saltaba inútilmente para intentar ver más allá de aquellos muros de abetos de tres metros de altura mientras que la voz de la mujer le susurraba a la espalda. «Tienes que encontrarme». John se dio media vuelta cuando una sombra se movía huyendo de él. ¡Espera!, gritaba John, ¿quién eres? El joven salió detrás de esa figura enigmática la cual se desvanecía mientras giraba a la izquierda en una de esas bifurcaciones. De pronto se encontró en un lugar más ancho, donde iban a parar todos los caminos del laberinto. Ahí, rodeado de ocho arcos de ciprés, iluminado por la luz de la luna, faltándole los dos brazos y un pie, una estatua de un adulto Eros descansaba encima de una base rojiza. Justo detrás de ella, John pudo divisar una sombra. Algo se movía tapado en una especie de manto detrás de la estatua del dios griego. John se movió rápidamente para comprobar si era ella. Esa a la que no conocía. Esa maldita sombra que se escapaba dejando un rastro de auxilio. Se acercó, y con la mano retiró rápidamente ese velo. Escondida detrás del manto estaba ella. La pudo ver por un segundo, antes de que saliese corriendo otra vez y su figura se esfumase de nuevo. Su cara le era tremendamente familiar. Pero ¿de qué? John salió detrás de la sombra, que ahora mantenía un paso más sosegado. Delante de él, la mujer misteriosa le miraba asustada.

—¡No corras! ¡No quiero hacerte daño! —exclamaba John desde lejos.

—¡Lo sé! ¡Tienes que encontrarme! —contestaba ella.

Por fin salieron de esa confusión de caminos cipreses. John estaba exhausto y se apoyó en la pared. Mientras exhalaba aire, de cuclillas, en la entrada del laberinto, entre una neblina negra causada por el rastro de la mujer, pudo ver un relieve en mármol. Ariadna y Teseo. «Entra, saldrás sin rodeo, el laberinto es sencillo, no es menester el ovillo que dio Ariadna a Teseo». John se sentía confuso. Desubicado. La huida de la fantasmagórica mujer no cesaba y el británico no podía ya seguirle el paso. Llegaron a una zona abierta, fuera de la selva de cipreses que habían dejado atrás. Era un jardín romántico. En frente se podía ver una puerta de lo que parecía ser un antiguo palacio de un estilo neoárabe y neogótico en muy mal estado de conservación, lo que le daba a esa imagen un tono mucho más espectral. John seguía el camino hacia la mujer misteriosa mientras ella insistía pidiéndole que le

encontrara.

—¡Por Dios, para! —gritaba John.

La dama paró en seco. Mientras John se acercaba extenuado hacia ella, esta se giró.

—Búscame cuando seas tú. No cuando eres quien los otros dicen ser —contestó ella, mientras su rostro, cual papel calcinado que se desintegraba en cenizas, desaparecía lentamente mientras se acercaba a él.

—¡Cristina!

John se despertó de un salto, con un terrible dolor de cabeza. ¡Oh Dios! ¿Cristina?, pensó este, ¿qué me está pasando? John se levantó de la cama. Aún era de noche. Miró el reloj que había en la mesita de noche. Aún quedaban unas dos horas para el alba y por la ventana la luna que se escondía detrás de una noche nublada, entraba en la alcoba dejando ver algunos detalles de aquella habitación. En el techo, justo encima de este, una lámpara de araña colgaba con una luz débil proporcionada por la que entraba del jardín. La ventana de madera de iroko bloqueaba el frío que hacía fuera, mientras eran protegidas por antiguos barrotes de acero en el exterior. Encima de la cómoda, un enorme espejo mostraba el cuerpo de John, que se había levantado después de ese sueño tan extraño. «Búscame». John empezaba a darse cuenta de que lo que le estaba pasando no era normal. ¿Cristina? ¿Por qué me había levantado al grito de Cristina? ¿Quién era esa chica a la que buscaba en mi sueño? ¿Y por qué me sonaba tanto? «Ayúdame». Echó el enorme y grueso nórdico hacia un lado y se levantó de la cama. Descalzo, notaba el suave tacto de la alfombra de pelo de llama que cubría prácticamente todo el suelo de parqué. Se dirigió a la ventana, y en aquel jardín podía ver la furgoneta en la que había llegado esa misma noche. ¡Vaya noche más extraña! El ruido de una puerta al cerrarse lo sacó de sus pensamientos. Era Aarón. Este salía de la casa y se dirigía al furgón. Se acercaba a la parte de atrás y abría el portón trasero. Aarón se sobresaltó y golpeó con la pierna hacia dentro del furgón. Rápidamente cerró la puerta y se volvió para la casa cerrando la entrada de esta al entrar. ¿Qué había allí? John se dirigió de nuevo a la cama, se tiró en ella y con la mirada en la gran lámpara de araña se quedó dormido.

«¿Dónde estás?». Repetía las frases que esa extraña mujer le decía en sus sueños mientras huía tenazmente dejando tras ella una sombra lúgubre. ¿Dónde estoy? Realmente ahora mismo… no sé donde estoy. ¿Qué hago aquí? ¿Para qué me habían traído?, John se levantó sobresaltado. Su cabezada no había durado más de un minuto, pero había sido realmente esclarecedora. ¡Cristina! ¡Dios mío! ¿Dónde estás? ¿Quién me ha traído aquí? ¡Aarón! ¡Mierda! ¡Recuerda, John, recuerda!, se decía a él mismo de pie con las manos en la cabeza.

A ver John. Te levantaste esta mañana, pensaba este. ¿Pero qué hice cuando me levanté? ¡Joder! ¡No sé qué mierda hago aquí! Cristina. ¿Dónde está Cristina? ¡Cristina! ¡Ella es la mujer de mis sueños! ¡Joder! Pero es que no recuerdo ni su rostro… ¿Qué había pasado? ¿Me han drogado? ¿Cabría la posibilidad de que me

hubiesen drogado de tal manera que no recordase nada de mi vida anterior? John miró por la ventana. En la oscuridad del jardín, la furgoneta descansaba, igual que toda la casa. Se sentía un extraño en esa habitación. Como un preso en una celda de miedo con barrotes de angustia. No era como hacía unas horas cuando llegaron. Ahora se sentía atrapado en esa mansión. Encerrado en una cárcel de millones de euros. Poco a poco le iban llegando recuerdos a la mente. Su piso en el centro de Barcelona. Ese pequeño piso. Su escasa decoración. Su sofá, donde pasaba horas y horas abrazado a Cristina. Yo no soy Neoyorkino. ¿Pero qué cojones me han hecho? John empezó a sudar. El miedo recorría su abrumado cuerpo. Buscó desesperadamente su móvil, hasta que lo encontró en un bolsillo secreto dentro de su chaqueta de cuero. No tenía nada de batería y no encendió. Se lo metió de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta de cuero. Seguía igual que ayer. ¡Ayer! ¡Ayer venía para España! Volvía de Estados Unidos de estar unos meses trabajando allí, John empezaba a recordar más cosas. Espera, ¿qué hice más? Llegué al aeropuerto. Como era normal todos los vuelos estaban cancelados. La gente estaba enfadada. Seguía intentando recordar qué es lo que pasó el día anterior. John buscó su pasaporte y su cartera. No lo encontraba por ningún sitio. Estaba realmente aterrado. Sigilosamente, como un gato que camina por encima de un mueble, sin hacer ruido, se dirigió a la puerta y puso la mano sobre el pomo. Hizo el intento de girarlo, pero, esta estaba cerrada por fuera. No había llave alguna dentro de la habitación, tampoco había cerradura. ¿Era realmente eso una celda? De pronto, una reconocida voz que parecía hablar por teléfono se escuchó detrás de la puerta:

—Sí. Tranquilo. Está dormido. Estaremos mañana a primera hora allí. Sí. Tranquilo, el británico hará todo lo que le pidamos. Sí. Sí. Si no lo hace, lo mato como he matado a los dos polis y a los pilotos. La difusión se ha realizado. Vale. Me acabo de despertar. Ya está todo preparado.

—¡Qué! ¿Que me van a matar? ¿Por qué? —John había entrado en estado de pánico— ¡Dios! Me han tenido que confundir con otra persona —tenía que salir de allí. Miró de nuevo por la ventana. Allí estaba su única escapatoria. La abrió lentamente. El frío otoñal entraba en esa estancia mientras que John se montaba en un antiguo escritorio inglés de madera de roble. Primero se asomó. Una placa de madera se apoyaba justo a la izquierda de esa ventana. En ella, una columna de enredaderas llegaba desde el suelo a su cristalera. Sacó primero una pierna y medio cuerpo. Agarrándose con la mano izquierda dentro de la habitación, con la otra intentaba llegar a la estructura artificial que hacía que las enredaderas llegasen a su altura. Se aferró bien a ella, sacó la otra pierna y se montó con una de ellas en el esqueleto de madera del exterior de la casa. Comprobó adecuadamente que la estructura iba a soportar su peso, no le apetecía nada caer en rotundo tantos metros, después dejó caer la carga de su cuerpo en ella, mientras se aseguraba de que si no lo aguantaba podía dar de nuevo un salto hacia dentro de la habitación. La estructura era más fiable de lo que John creía y pudo aguantar su peso. Se montó por completo, y bajó lentamente

hacia el jardín. John calculó la distancia que habría desde el primer piso hasta el suelo, y no creía que fuesen más de cinco metros. Poco a poco llegaba a su destino, silenciosamente. Moviendo sigilosamente un pie tras otro. Lo último que quería era que Aarón lo escuchase salir de la casa. Por fin llegó al suelo. Se dirigió a la parte derecha del jardín, allí, al lado de los setos que lindaban con la carretera, se mantenía agachado a la espera de que una nueva idea le llegase a su mente repleta de miedo y ansiedad para ayudarle a salir de esa prisión. La puerta del jardín, de hierro labrado y con detalles medievales, no era alta. Podía fácilmente saltarla y dirigirse por aquellas oscuras y kilométricas carreteras de las afueras de Barcelona hasta llegar a la ciudad. ¿Y luego qué?, pensaba John. La ansiedad que había adquirido desde la conversación que había escuchado a través de la puerta, le hacía pensar rápido, y actuar mucho más raudo que su mente. Lo que temía realmente eran las cámaras de vigilancia. No sabía si eran funcionales. No sabía si Aarón podría estar vigilando. Y realmente temía por su vida. La luz de las farolas que había en aquel jardín hacía que las cámaras tuviesen tres puntos muertos. Uno, la zona de setos donde se encontraba este. La segunda, el punto muerto que facilitaba la furgoneta. La última, la zona de la puerta de la villa. John pensó que de los setos a la furgoneta podía tardar cuatro segundos. Tenía una buena condición física. Podría hacerlo. Sí. Podría lograrlo. Salió corriendo hasta el segundo punto ciego, tardó menos de lo que había pensado. El *sprint* había sido más eficaz de lo que pensaba. Una ligera risa de motivación apareció en el rostro del británico, hasta que desapareció recordando que estaba intentando salvar su vida. Allí, apoyado en la rueda trasera de la furgoneta, pensaba en su segundo *sprint*. Se colocó en la posición de salida, justo cuando iba a dar el primer paso, escuchó unos golpes dentro de la furgoneta. John volvió a apoyarse de nuevo en el furgón. El británico pensaba en lo que podía haber dentro. ¿Tenían a alguien encerrado allí? Más golpes. John pensó si sería buena idea golpear levemente el vehículo para ver si realmente recibía una contestación del interior. Más golpes. John no se lo pensó de nuevo, y golpeó de una manera casi silenciosa. Dos golpes. El interior de la furgoneta le contestó con tres golpes y un grito agudo.

—¡Sacadme de aquí, joder! ¡Por favor, sacadme! —decían del interior.

—¡Shhhhh! ¡Calla hostias! ¡Nos van a oír!

—¿Quién eres? ¡Ayúdame por favor!

—¿Quién eres tú?

—Soy Jordi. ¿Y tú? —contestó el interior de la furgoneta.

—¿Sabes dónde estamos?

—A ver, no…, no sé donde estamos. Pero juraría que sé salir de aquí. Ábreme, por favor.

—Espera. Voy a abrir la parte trasera de la furgoneta. Pero hay que guardar cautela. He escuchado a uno de ellos prometiendo que me iba a matar si no hacía algo.

—Vale, vale, vale, ábreme ya, por favor.

John se colocó en la parte trasera del vehículo y abrió el portón, un hombre de unos treinta y cinco años, era alto y delgado, casi raquítico, tenía la frente ancha y lisa, poco cabello aparecía en su cabeza. Una nariz fina y alargada sostenía unos ojos asustados e intranquilos. Salió de la puerta y sin mirar al inglés se dirigió al lateral de la furgoneta. Un tufo invadió el olfato del británico, parecía que Jordi había tenido que hacer sus necesidades dentro de la furgoneta. John cerró el furgón silenciosamente y se colocó en el segundo punto ciego del jardín.

—¿Quién te ha encerrado? —preguntó John al hombre.

—No lo sé. Trabajo en la T1 del aeropuerto de Barcelona. Soy el encargado de mantenimiento de la zona. Esta mañana un operario con una acreditación superior a la mía me dijo que necesitaba entrar en una nave para revisar unos documentos. Fui por las llaves y cuando entre con él allí dentro…

—¿Qué pasó?

—No recuerdo nada más. Recuerdo estar dentro de un coche y que me sacaran de allí para entrar en este. Aquí me golpearon de nuevo y me dejaron inconsciente otra vez.

—¿Sabes salir de este puto lugar?

—Por las vistas que tenemos desde aquí, supongo que estamos en la zona norte de Barcelona. Puede haber unos diez kilómetros para llegar. ¿Dónde quieres ir?

—Eso es lo peor.

—¿Qué?

—No sé donde quiero ir. Me he despertado en la cama de una habitación dentro de esa casa y sabía que no estaba en mi lugar. Creo que esta gente me ha drogado o algo parecido. Me vienen recuerdos, pero no sé realmente quién soy.

—Eso es jodido. Pero no me extraña. A mí me han tenido una noche entera en un maletero. A ti por lo menos te han dado una cama —dijo Jordi—. Pero vamos por seguro, vamos a pensar cómo salir de aquí. Lo mejor sería escapar con el coche, pero no sabemos si tiene algún tipo de rastreador. Tampoco —Jordi se levantó lentamente y miró por encima para ver dentro de la cabina—. Tampoco tenemos las llaves. Pero esto se soluciona con un puente rápido. Igual que abrir la puerta del jardín. Lo primero que deberíamos hacer es abrir la puerta. Déjame hacer un par de cosas.

Jordi se levantó del suelo, abrió lentamente la puerta del copiloto de la furgoneta, entró en esta dejando los pies por fuera de la puerta. Estuvo unos veinte segundos trasteando dentro del furgón. Salió del vehículo y se sentó de nuevo al lado de John.

—Bien, John. Uno listo, ahora voy por el segundo. —Jordi se levantó un poco y miró para atrás, rápidamente y en seis o siete zancadas llegó a la puerta del jardín. John no podía verlo bien debido a la poca luz que había, pero se veía que manejaba una caja eléctrica en el lateral de la puerta. Jordi se movió ligero hacia la furgoneta y se volvió a apoyar al lado de John.

—Bien, John, esto es lo que vamos a hacer. ¿Sabes conducir?

—No. No tengo carné.

—Empezamos bien… Vale, de acuerdo. Te vas a ir a la puerta de entrada y yo me voy a montar en el coche. Tengo el puente preparado para solo juntar los dos cables y que la furgoneta arranque. Cuando arranque, tú juntarás los dos cables que he dejado sueltos al lado de la caja de la puerta. Ten cuidado, eso sí. Esta se abrirá y tú te colocarás en el lado derecho. Daré marcha atrás y saldré para la puerta. Saldremos de este sitio en un momento. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo John mientras se levantaba del suelo.

Jordi se metió dentro de la furgoneta por la parte derecha de esta. Dejó la puerta abierta y de un salto se situó en el asiento del conductor. John se movió rápido hacia la puerta esperando oír el sonido del motor de la furgoneta arrancando. El conductor juntó los dos cables los cuales causaron algunas chispas que John pudo apreciar, restándole oscuridad al interior del furgón unos instantes, el motor hizo un amago de arrancar, pero no terminó de ponerse en marcha. Jordi rozó de nuevo los cables y por fin el motor de esa furgoneta empezó a carburar. John, que esperaba desde lejos el sonido del motor arrancando, juntó también el cableado que salía de la caja y la puerta empezó a abrirse inmediatamente. La gran puerta de acero se abría lentamente chirriando y aumentando el miedo del británico. John cambió de posición para situarse en el otro lateral de la puerta. Jordi dio marcha atrás, cuando John observaba desde el portón de la entrada, ya totalmente abierto, que la puerta de aquella enorme mansión se abría. Aarón salió de allí acompañado por el piloto que los sacó del aeropuerto.

—¡Quietos! ¡Parad! —gritaba el pequeño elfo desde el portal.

La furgoneta se paró justo cuando John se montaba en ella. John escuchó tres disparos que a su parecer pasaron muy cerca. Uno de ellos impactó en la chapa trasera de la furgoneta dejando un eco metálico en el jardín. Otro tiro impactó en la ventana trasera del furgón, haciendo que los cristales tintados de este estallaran dentro del vehículo, y haciendo que los dos agachasen la cabeza simultáneamente.

—¡Vamos, vamos! —le decía Jordi cuando se montó en el vehículo. John cerró la puerta de la furgoneta cuando por el retrovisor contempló como la puerta del garaje se abría y el hombre negro arrancaba una moto de motocross sin quitar la vista de la furgoneta.

—¡Joder, joder, joder! —Jordi salía de esa casa histérico. Conducía la furgoneta y apenas podía ver aquella oscura carretera. El golpe propinado por aquel hombre en la parte trasera del otro vehículo había causado que sus gafas de vista se partiesen y las mantenía colocadas sin una patilla, con los dos cristales rotos y ladeadas a su lado derecho. Conducía a toda velocidad por aquellas carreteras oscuras que salían del parque nacional de Collserola. Carreteras sombrías llenas de curvas donde aquella furgoneta serpenteaba hacia lo que esperaban que fuera su salvación. El hombre negro seguía sus pasos unos veinte metros más atrás. John miraba asustado como aquella persona cada vez se acercaba más a ellos. Cada curva que pasaba la furgoneta hacía que John perdiese de vista la motocicleta, eso hacía que este se librase del

miedo durante dos segundos, hasta que la luz de la moto aparecía otra vez detrás del vehículo. Jordi conducía con la espalda encorvada y con la cabeza a unos cuarenta centímetros de la luna delantera. La vista no le permitía ver más de dos metros de carretera, eso hacía que fuese dando volantazos mientras huía de su persecutor. Llegaron a una enorme y abierta curva. La luz del vehículo se reflejaba en los guardarrailes, detrás, un vasto descampado daba paso a las luces de Barcelona, que amaneciendo, poco a poco se iban apagando y dejando paso a la luz del sol. La carretera terminaba en una pequeña zona del extrarradio de Barcelona. Una gran rotonda señalaba la entrada de la ciudad. El furgón seguía su rápido camino mientras que la motocicleta seguía de cerca su paso. Virando para la entrada, saliendo de la rotonda, Jordi esquivó por muy poco una colisión segura con un *container* ardiendo que se encontraba en el centro de la carretera, zigzagueándolo ágilmente, dejó el contenedor justo detrás de ellos mientras que el conductor de la motocicleta no fue tan ágil y su vehículo impactó contra este. El hombre negro cayó de la moto, esta resbalaba mientras las chispas producidas por el roce del metal contra el alquitrán desaparecían con la luz del nuevo día y se fundían con la sangre derramada por la carretera.

Capítulo XXII

La culpa le recorría el cuerpo. Allí sentado, al borde de la enorme cama que le habían ofrecido, en medio de aquella inmensa estancia, miraba a su alrededor y se sentía engañado. «¿Por qué a mí?». Al fondo de la habitación había un largo diván, color crema, con los bordes más claros por el desgaste de la piel a lo largo de los años. Justo al lado, una cómoda de un tono cobrizo, antiquísima, y encima de esta un montón de papeles esperaban ser atendidos por el que descansaba al borde del catre. Se sentía terriblemente mal, se echaba las manos a la cara y empezaba a llorar de nuevo, tal y como había estado haciendo las cuarenta y ocho horas anteriores. Desconsolado. Perdido en aquel sitio. Preso de su propia codicia. La puerta de la habitación resonó con dos golpes secos y con medio segundo de tiempo entre ellos. Albert se levantó de la cama. Se secó las lágrimas con la manga de la camisa y preguntó quién era. La puerta se abrió. No antes de sonar la cerradura permitiendo ser abierta. «Y encima me tienen encerrado con llave». Una persona con túnica roja apareció detrás de dos personas más, estas primeras con túnicas negras, empuñando cada uno un SIG SG 550, un fusil de asalto moderno. A Albert no le sorprendió que esas dos personas llevaran ese tipo de armas, llevaba dos días en aquel castillo y los había visto pasear por él tranquilamente mientras observaban y guardaban silencio.

—No sabemos por qué, pero su compañero John ha escapado junto con otra persona. En su huida ha fallecido uno de los nuestros. Un compañero muy querido —dijo el hombre de la túnica roja justo cuando las dos personas de las túnicas negras le abrieron paso separándose—. Tienes un día para hacerle saber que si no vuelve, las dos mujeres morirán.

—¡No! ¡Espera! No tengo nada que ver con John. Yo estoy aquí. Haré lo que acordamos, pero no sé dónde puede estar. Además está en España. ¿Cómo quieres que contacte con él? —contestó Albert.

El hombre de la túnica roja miró a uno con túnica negra y le hizo un gesto con la cabeza indicándole la dirección de la mesita de noche que había al lado de la cama. Este bajó el arma que apuntaba directamente al pecho de Albert y se dirigió allí. Sacó una llave de su bolsillo derecho, levantándose la túnica para hacerlo, y abrió la cajonera. De esta sacó un teléfono móvil y se lo entregó al de la túnica roja.

—Aquí tienes. Por tu bien, y por el de los tuyos. No llames a nadie más. Sabes que te estamos vigilando —dijo señalando una de las dos cámaras de vigilancia que observaban la habitación de Albert—. Solo a John. Tráelo de nuevo a nosotros.

—Espera. Ya te he dicho que no sé dónde está.

—Está en Barcelona. Ha escapado con uno de nuestros vehículos. Podríamos

fácilmente encontrarlo. Pero hemos decidido que será mejor para la misión que él vuelva por sí solo y sin forzarlo a nada.

—Me habíais dicho que había aceptado hacerlo. Que viajaba para Barcelona para la reunión sin ningún tipo de pero.

—El plan no ha salido como esperábamos. Algo ha hecho que su compañero no haya adquirido al cien por cien lo que le inducimos en el viaje hacia España.

—¿Qué le digo? Si le digo que le metí en esto me va a colgar. No querrá saber nada de mí.

—Utiliza tus dotes como mago de los negocios. Aquellos que nos dijiste que se te daban tan bien.

El hombre de la túnica roja dio media vuelta, acto seguido los de las túnicas negras hicieron lo mismo. Se separaron y dejaron pasar al primero entre ellos. Salieron los tres por la puerta. Esta se cerró, seguidamente de sonar el sonido de unas llaves y un cerrojo.

Albert cogió el móvil que le había dado el hombre de la túnica negra. En la lista de contactos solo había el teléfono de John. Pulsó en la pantalla táctil el botón de llamada. Esperó dos segundos. El teléfono de John estaba apagado. ¿Qué hago?, Albert se sentó en la cama, y lo intentó de nuevo. Apagado. Nada podía hacer. Puede que John haya perdido el móvil, pensó Albert, aunque no creo. Ellos lo tienen todo preparado. Como para no tenerlo…

Capítulo XXIII

John había estado mirando para atrás todo el camino que habían recorrido desde que el hombre negro cayese de la moto. Se habían adentrado en la ciudad. Barcelona a aquella hora de la mañana era un desierto. Nada usual. No había gente por la calle, mientras que tampoco circulaban coches en ellas. Dejaron una carretera de montaña llena de curvas para meterse en una carretera de ciudad que se asemejaba a un cementerio de vehículos. No había vida allí. No había ningún movimiento. John había puesto a cargar su móvil en un cargador que se conectaba al mechero de la furgoneta hacía unos momentos, pero este necesitaba aún más corriente para llegar a encenderse.

—Tenemos que dejar esta furgoneta ya. Puede que nos estén siguiendo.

—Sí, deberíamos; lo mejor será que la dejemos aquí y vayamos andando. Vale. Ahora sigue por avenida Meridiana. Hay una comisaría cerca que conozco.

—De acuerdo —contestó Jordi.

El coche giró hacia la derecha hacia Passeig de Torras i Bages. Dejaron la furgoneta al lado de un montón de motos, que se encontraban tiradas en el suelo en su zona de *parking*. John desconectó el móvil del cargador del coche mientras lo encendía. Jordi desconectó los cables que habían hecho posible que la furgoneta arrancase. El único tránsito de personas era las que se dirigían dentro de la comisaría. Policías salían de allí con gente maniatadas mientras sus compañeros entraban en esta con más gente. El móvil de John se encendió. Unos mensajes llegaron a este cuando cogió cobertura. Aún no había vuelto la conexión a internet. John abrió el mensaje recibido. Unas llamadas perdidas de Albert y de Cristina. Guardó el teléfono y entró en la comisaría con Jordi. Mientras esperaban llamaría a Cristina.

Las puertas de cristal opaco con el logo de la Policía Nacional se cerraban tras ellos. Decenas de personas esposadas estaban sentadas por el suelo, también todas las sillas que había en el lateral derecho de aquel pasillo estaban ocupadas por más personas detenidas. John se acercó a la primera mesa. En esta, la policía mantenía una discusión por teléfono con algún ciudadano. Le recriminaba que no podían atender todos los problemas que estaban surgiendo en esa ciudad. No daban abasto, la mesa de la recepcionista estaba repleta de informes y papeles. Un montón de documentación cayó al suelo mientras la policía colgaba el auricular del teléfono. Esta ni miró los papeles que caían. Era una chica joven. Morena. Con una cola recogida que le llegaba a la paletilla.

—Díganme —dijo la policía sin levantar la vista de otro paquete precintado de papeles mientras buscaba con la mano izquierda en el cajón de su mesa algo.

—Queremos denunciar un homicidio —dijo John mientras la miraba.

—¿Sabe cuánta gente ha denunciado asesinatos desde que cayó la red?

La red. A John le vino todo de golpe. La caída. Empezó a recordar todo lo que había pasado el día anterior. La red había caído. La gente había enloquecido. La ciudad era un caos. Pero ¿qué hacía yo en esa casa? Yo debería estar… John se quedó paralizado. Le había venido todo de golpe. Cristina. Su viaje de vuelta a España. Albert. Su trabajo. John sacó su móvil mientras que la policía indicaba con un gesto que se echase a un lado, para atender a un chaval de unos veinte años que denunciaba el robo de una moto. Pulsó el botón de la agenda de contactos para llamar a Cristina. Apagado. También le vino a la mente la llamada de Albert aquella misma mañana recordándole que tenía que pasar por las oficinas justo cuando llegase. Eso no había llegado a pasar. Sin darle más vueltas a la cabeza, marcó el contacto de Albert mientras Jordi se dirigía a un teléfono para llamar a su familia. Sonaron dos tonos antes de que Albert contestara.

—¡John! ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—¡Albert! Estoy en Barcelona. Me tenían en una casa. No recuerdo nada. He escapado de allí con otro chico al que también tenían retenido. Esto es muy extraño. Me han traído en un jet… Estoy un poco mareado… No sé si lo he soñado o qué. ¡No! No lo he soñado. Hubo una persecución. Joder. ¡Un tío mató a dos policías! Esto es de locos Albert. Creo que me han drogado o algo. Tengo lagunas mentales. ¿Sabes dónde está Cristina?

—John. Tranquilo. ¿Dónde estás? Cristina está aquí con nosotros. Está bien no te preocupes. Pero ¿dónde estás John?

—Estoy en una comisaría. Vengo a denunciar el secuestro porque…

El teléfono de John se apagó. La batería había durado demasiado para la poca carga que le había dado en la furgoneta.

—Mierda. El móvil se ha apagado. Mi novia y mi amigo están bien. Estoy más tranquilo.

—Me alegro. Yo he llamado a casa y mi mujer y mi hija están bien. Le he contado por encima lo que nos ha pasado. Estaban muy asustados.

El chico al que le habían robado la moto salía de la mesa de recepción. John y Jordi se dirigían de nuevo a ver a la policía morena para contarle lo sucedido.

—A ver. Nos han raptado. La persona que nos secuestró mató a dos policías en el aeropuerto…

—¡¿Cómo?! —La policía no dejó acabar la frase a John— ¿Eso fue anoche?

—Sí.

—Un momento. —La agente cogió rápidamente el auricular del teléfono—. Tenemos a un testigo del asesinato de los dos agentes de El Prat anoche. Sí. De acuerdo. —La policía colgó el teléfono—. Esperen un segundo. El inspector Vidal os atenderá en unos instantes.

Al otro lado del Atlántico, Albert estaba asustado. Las palabras comisaría,

seguidas de denunciar y secuestro habían inundado en un miedo terrible a este. ¿Qué coño hacía en la comisaría?

Capítulo XXIV

El chico de la sudadera con capucha esperaba ansioso sentado en la silla, en frente del portátil. Tamborileaba con los dedos de la mano derecha. Primero el meñique, seguido del anular, después el corazón y acabando con el índice. Después empezaba otra vez. En la mano izquierda, un Marlboro le ardía en los dedos mientras la llama empezaba a quemar el filtro. Le dio una última calada, esa última chupada le abrasó los labios mientras que se echaba para atrás, parando de tamborear debido al dolor de la quemadura y apagaba lo que quedaba de aquella colilla en el cenicero.

Wan miraba la pantalla del portátil. La barra de progreso seguía su rumbo y ya casi llegaba a la mitad de su camino. Sacó el último cigarro de la cajetilla y lo encendió. Arrugó la envoltura del paquete de tabaco y lo tiró en una bolsa de basura que había al lado del escritorio. Su teléfono sonó mientras abría el cajón del escritorio y sacaba otro paquete de tabaco de un cartón que guardaba allí. Wan pulsó la tecla de responder. Pero no dijo nada. La voz del interlocutor empezó a sonar.

—Tenemos un problema.

El chico de la sudadera con capucha seguía sin decir nada. La voz siguió informando.

—Hemos perdido el algoritmo de mantenimiento definitivo. El mensajero ha huido con otra persona retenida antes de la extracción. Hemos encontrado el vehículo cerca de una comisaría, estamos aquí fuera, esperaremos unos minutos por si salen.

—Sois unos inútiles. De verdad, unos putos ineptos. Sabía que la liarías, Aarón. Debiste dejarlo ir solo. Torpe.

Wan colgó el teléfono. Enfadado, miraba la pantalla del portátil. La barra de progreso seguía su curso mientras que el reloj digital que se mostraba en la esquina inferior derecha mostraba algo más tarde de las doce de la noche. 47% Un día, quince horas, catorce minutos, diez segundos.

Preocupado, a la vez que pensativo, el chico de la sudadera con capucha daba de nuevo otra calada a su Marlboro. No estaba conforme con lo acontecido al otro lado del charco. Las cosas no estaban saliendo como él quería, y lo peor de todo es que él tenía que pagar por ello. Marcó en el teclado de su teléfono un número y se acercó el auricular a la oreja justo cuando pulsaba el botón de llamada. Un tono y la otra persona descolgó el teléfono.

—Señor —Wan saludó a su interlocutor.

—¿Qué sucede?

—Hemos perdido el algoritmo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha podido pasar?

—El mensajero ha huido.

—¿Que ha huido? No es posible. ¿Por qué iba a huir? No tenía por qué hacerlo.

—No sé por qué ha huido. Ha debido fallar algo.

—Se ha producido la extracción, ¿verdad?

—No, señor. Iba a ser por la mañana.

—Maldita sea. ¿Por qué no lo habéis retirado? ¿Han rastreado el vehículo? Ha fallado todo, ¡todo!

—Lo siento. Sí. El vehículo lo hemos encontrado, se encuentra estacionado en una calle en los exteriores de Barcelona. Aarón me ha dicho que creen que están en una comisaría de policía. Están fuera esperándolos.

—¿Qué coño hace Aarón allí? Ese maldito hijo de puta siempre está echando todo a perder. ¿Cómo ha podido llegar a pasar eso?

—Aarón dijo que no se fiaba y que quería llevarlo él mismo. Lo siento, señor.

—Espera un momento. —El interlocutor de Wan se quedó pensativo durante unos momentos, después habló con un alemán arcaico, parecido al de Aarón, con otra persona—. Wan.

—Dígame, señor.

—Tienes carta blanca.

—De acuerdo, señor. Le iré comentando.

—No. No me llames más hasta que esto esté solucionado.

—De acuerdo. Lo siento, seño…

A Wan le colgaron el teléfono. Ahora estaba mucho más enfadado con Aarón por lo sucedido. Ellos no podían hablar con los superiores, y Wan era el intermediario, el portador de noticias, malas o buenas. Y eso a él no le gustaba. Prefería mantenerse al margen. Marcó el teléfono de Aarón mientras cogía la cajetilla de tabaco y le retiraba el plástico. Sacó otro cigarrillo y pulsó el botón de llamada. Un tono bastó para que Aarón contestara.

—Dime, Wan.

—¿Cuántos sois?

—Somos cuatro.

—¿Estáis seguros de que John está ahí?

—Sí. Lo he visto sentarse en una silla. Creo que está esperando a que le atiendan. No sabe que hemos secuestrado a su novia, si no no estaría ahí.

—¿Qué habéis hecho qué?

—Tuve que hacerlo, Wan. No me fiaba.

—Maldita sea, Aarón. Pedid refuerzos. Tenéis carta blanca. Entrad ahí y acabar con todo lo que se interponga en nuestro camino. Proceded a la extracción y volved a la base.

—De acuerdo.

Wan colgó de nuevo. Levantó los pies y los puso encima de la mesa mientras que la silla giratoria en la que se sentaba se echaba para atrás, preocupado, daba otra

calada a su cigarro.

Capítulo XXV

Una puerta se abrió al fondo de un pasillo lleno de compartimentos donde agentes de policía entraban y salían. Algunos revisando documentación, otros con ciudadanos detenidos y esposados. Desde el fondo, con paso breve pero firme, un señor de unos cincuenta años, de pelo enmarañado y barba canosa marcha hacia John mientras otros agentes del cuerpo nacional de policía le dejaban paso apartándose con el respeto que se merece un inspector. Como el respeto que se le otorga a cualquier héroe de guerra que llega victorioso de una cruenta batalla. Pero él no había ganado ninguna guerra. Es más, se sentía derrotado ante todo lo acontecido. Todo aquello carecía de lógica y se le escapaba de las manos.

—Soy el inspector Vidal, ¿sois los testigos? —dijo este mientras se plantaba enfrente de los dos y recogiendo una documentación que le entregaba la agente detrás del mostrador.

—Sí. Yo viajaba en aquel avión… —contestó John justo antes de que Vidal le callara con un gesto.

—¿Cómo? —El gesto de Vidal mostraba rasgos de enfado e incredulidad—. ¿Usted era un pasajero del avión que aterrizó en El Prat anoche? —dijo Vidal, mientras con una mano hacía la señal a John para que no se moviese y con la otra rozaba la empuñadura del arma reglamentaria que guardaba en la parte trasera de su cinturón—. No osováis —dijo de nuevo este mientras con un gesto con los dedos ordenaba a dos agentes que pasaban por aquella zona y que observaban a los testigos, que esposaran a los dos sospechosos. Los agentes obedecieron en el acto mientras que John y Jordi, asustados y casi perplejos, se mantenían callados.

—Es una equivocación. Él no iba en el avión. Y yo no he hecho nada. De verdad. ¡Lo juro! Me han secuestrado y hemos escapado difícilmente de allí…

Vidal dejó de acariciar la empuñadura de su arma viendo que los agentes ya habían esposado a los sospechosos.

—Llévelos a la sala —dijo este mientras daba media vuelta y se dirigía a una habitación a la derecha de ese largo pasillo.

Caminaron por aquella galería, John se sentía avergonzado, nunca antes le habían detenido. Nadie miraba a nadie. Los agentes de policía mantenían silencio mientras acompañaban a los dos presuntos sospechosos a algún sitio de aquella comisaría. Entraron en la sala. Una mesa de metal reflectante en el centro de aquella habitación que no pasaba de los veinte metros cuadrados, estaba acorralada por cuatro sillas, también de metal. Unas láminas cuadradas de fluorescentes hacían de ventanas mientras radiaban una supuesta y artificial luz de sol que entraba en aquella estancia e

iluminaban las paredes de pintura gris. Vidal retiró una silla, que se escondía parcialmente debajo de la mesa. Los dos agentes cachearon a los dos presuntos sospechosos, dejaron un móvil, un mechero, unas llaves y un paquete de Winston arrugado dentro de una caja que colocaron en la mesa. Justo después retiraban también las sillas, sonando a lata vieja cuando las separaban de la mesa, para sentar en frente del inspector a John y Jordi. Pusieron tres botellas de agua pequeñas encima de la mesa y abrieron dos de ellas. Vidal cogió otra, la abrió y se la acercó a la boca para darle un buen trago. Con las manos detrás de sus espaldas, los dos esperaban temerosos las palabras de aquel hombre canoso, que los miraba con unas grandes ojeras al otro lado de la mesa. Se quedó unos minutos, en silencio, atemorizando y mirando a los ojos de los dos detenidos y después ordenó a sus chicos que se llevasen a Jordi de la sala de interrogatorios para quedarse solo con John.

—Y bien, cuénteme qué pasó anoche.

—Mire…, a ver…, esto es un error, de verdad. No sé qué cojones está pasando, pero esto es una equivocación.

—¡Cállese, hostias! —dijo Vidal enfurecido—. Cuénteme qué pasó anoche. No venga con excusas.

—Está bien. Mire, creo que me han drogado o algo, tengo algunas lagunas mentales que hacen que mis pensamientos no sean del todo claros… —Vidal hizo una mueca—, de verdad inspector —contestó el británico percatándose de que no había mucha confianza por parte del policía—. Mire. Le contaré de lo que me acuerdo claramente. A ver… Me levanté ayer por la mañana en Nueva York. Me destinaron allí unos meses en busca de nuevas empresas para gestionar, ya que la mía había adquirido la administración de unas nuevas sociedades por aquella zona —Vidal afirmaba con la cabeza y anotaba en un bloc de notas—. Salí de casa, con tiempo, pedí un taxi que me llevó al aeropuerto. El taxista tenía puesta la radio, los informativos hablaban de una crisis mundial, de un caos en los mercados de valores, de muertes en accidentes aéreos y demás —Vidal no levantaba la cabeza del bloc—. Me comentó el taxista que se había caído la red en Nueva York. —Vidal levantó la cabeza para preguntar algo, pero la agachó y continuó mirando el cuaderno mientras seguía apuntando.

—¿Qué hora era cuando se metió en el taxi? ¿Las ocho y media?

—Ehm… Creo que sí. Aproximadamente. No recuerdo muy bien a qué hora cogí el avión.

—Siga.

—Pues… Pues eso. Llegué al aeropuerto y aquello era un caos. Una auténtica pesadilla. La gente lloraba y gritaba mientras se peleaban entre ellos. Una locura. Entonces… —John se quedó pensativo mientras miraba una mancha de humedad que cubría la parte derecha del techo de la sala—. No recuerdo nada más inspector.

—Claro. De acuerdo. Salga un momento, quiero hablar con su amigo. —Un agente entró en la sala y se llevó a John dejando dentro a Jordi.

—Cuénteme.

—A ver… Soy el responsable del mantenimiento eléctrico de la T1. Anoche me tocaba guardia y estaba tomándome un café en una sala que tenemos allí los trabajadores. Estaba solo, no había nadie. Un hombre negro con un marcado acento alemán se dirigió a mí, me enseñó una placa de nivel dos, superior a la mía, y me dijo que necesitaba la llave del bunker D-15. Tenía que revisar algo. Yo me levanté, cogí mis llaves del llavero y fuimos al búnker. Le abrí la puerta, pasó él antes que yo. Fui a encender la luz y de ahí para adelante no me acuerdo de nada. Me golpeó en la nuca. O eso creo, porque perdí el conocimiento y no me desperté hasta que me abrieron un maletero y me metieron dentro.

—Mis compañeros le tomarán los datos. Llame a casa si tiene que hacerlo y diga que llegará tarde —dijo Vidal a Jordi que se quedó con cara de sorpresa.

Vidal se mantenía reservado mientras apuntaba cuidadosamente datos en ese bloc. Levantó la mirada e hizo que sus acompañantes metieran de nuevo a John y encerraran a Jordi en el calabozo.

—¿Qué pasa con su móvil? —preguntó al británico, de nuevo apuntando cosas en su cuaderno—. Sabiendo lo que había pasado, que había mucha gente en peligro, ¿no llamó a nadie en el trayecto hacia el aeropuerto? ¿Ni a su familia?

John se quedó perplejo. Sí. Él había hablado con su amigo Albert. Él le llamó para comunicarle que debía ir a la oficina en cuanto llegase a España.

—Sí —dijo John—. Recibí una llamada…, justo…, ¡justo antes de montar en el taxi! Era mi compañero, bueno, mi jefe. Albert me dijo que tenía que pasarme por las oficinas cuando llegase, Cristina, mi pareja, estaría esperándome en el aeropuerto. —Ahora sí. El inspector levantó la cabeza del bloc y se quedó mirando a John.

—Espere. Cristina… —Vidal tiraba de notas, hojeaba toda la libreta hasta que paró en seco—. ¿Brugueras? ¿Albert Llach? —dijo este.

—Sí… —El rostro de John cambió por completo. Ahora reflejaba miedo, inseguridad, temor. Pensaba que había podido haber pasado algo. Se puso en lo peor. La ansiedad anticipada le recorría el cuerpo. «No pasa nada John, acabas de hablar con Albert y te han dicho que estaban bien»—. ¿Qué pasa con ellos?

—Albert Llach lleva desaparecido desde la madrugada del jueves. Y Cristina…, lleva también desde ayer desaparecida.

La cara de John pasó del miedo al terror. La inseguridad pasó a un segundo plano, ahora reflejaba más ansiedad, más malestar, tenía ganas de vomitar.

—Pero… Pero, inspector. He hablado hace un momento… He hablado con Albert, y me ha dicho que estaban bien… Los dos…

—¿Cómo? ¿Ha hablado con Albert Llach?

—Sí. Me ha llamado. Tenía una llamada perdida suya… Tenía el móvil apagado y cuando lo he encendido me ha llamado de nuevo…

—A ver, tranquilícese. Antes de que la red cayese, me dirigí al local donde su pareja tiene el negocio. Habíamos recibido un aviso desde casa de su colega Albert

Llach. Su amigo había desaparecido. Nos llamaba su mujer, Marta, preocupada, llevaba toda la noche despierta esperándole. Necesito el teléfono de Albert, ese de donde le ha llamado.

John señaló su teléfono en la caja.

—Está apagado —decía este con la mirada perdida.

Vidal se acercó al aparato y lo enchufó en un cargador conectado a la red eléctrica. Hizo el intento de encenderlo sin mucho éxito, justo al enchufarlo. Decidió esperar unos minutos para volverlo a hacer.

—Lo que no entiendo… —dijo John—. Es qué hace un inspector resolviendo un simple caso de desaparición. —Ahí sacó el británico su lado más seriéfilo, recordando todas esas series de detectives y aquellas novelas negras, donde los inspectores de policía se dedicaban a casos más importantes que unas simples desapariciones. Aunque para él no fuesen tan simples y una de ellas fuera la persona más importante de su vida. Cristina. Mi amor. Pensó que lo mejor es que siguieran, y así dar con el paradero de los dos—. ¡Por Dios! ¡Me da igual lo que hagan! Tienen que encontrar a mi novia…

Vidal miró a John.

—Mire… John, ¿verdad?

—Sí.

—El viernes por la mañana recibí la llamada de Marta. Una llamada a mi móvil privado. Conozco a los padres de Marta. Son mis vecinos. Cuando me llamó cogí ese caso como personal, no conozco a Albert, solo de un par de veces que lo he visto en casa de sus suegros, los domingos, cuando iban a almorzar. Entonces empecé la investigación. Llamé a su trabajo, y hablé con su jefe. Este me dijo algo que me impactó. Habían echado a Albert y a otro compañero por un agujero en las cuentas de la empresa. Esto ya me asustó un poco más y hablé con Marta, la cual, como esperaba, no sabía nada de este despido. Fui a ver a su novia, Cristina, a su exposición y ella tampoco sabía nada. Hice otras averiguaciones pero poco claras. Entonces vine de nuevo a la oficina para ver qué podía averiguar más. Al día siguiente mi jefe me reunió en su despacho. Había recibido por fax unas imágenes. Esas imágenes se habían repartido por todo el globo y las había mandado la propia CIA desde sus cuarteles generales en Estados Unidos. Eran cuatro. Tres de ellas mostraban un grupo de personas con túnicas, la otra mostraba un hombre joven, de unos treinta años, el cual profetizaba un nuevo cambio. Era como una sociedad secreta. Hablaba de una variabilidad en la mentalidad de la gente, que estaba enfermando a la sociedad. Hablaba de la caída de la red, y que pronto esta sería total e irreversible. Ese hombre —John se quedó paralizado, poniéndose en lo peor, podía pensar en que sabía lo que Vidal iba a decir—, John, ese hombre era Albert. —John se desmayó. Cayó al suelo. Vidal corrió para socorrerle y levantarlo de nuevo.

—Eso no va para nada con Albert. Él es un hombre de negocios. Un tiburón, como se llamaban entre ellos. ¿Robar dinero de la empresa? Ahora mismo ganaba

más de lo que podía gastar, no creo que le hiciera falta más aún. ¿Y lo de la secta esa? Me parece increíble —dijo John casi sin fuerzas y con la mirada perdida de nuevo en aquella mancha de humedad.

—John. Sé que es tu amigo, pero este hombre está buscado ahora mismo por toda la inteligencia mundial. Ha puesto en jaque a todos los gobiernos del mundo, y puede que haya causado más muertes que muchas guerras juntas.

—Albert… Albert no ha podido hacer esto. No me lo explico. Puedes… ¿Puedes quitarme las esposas? Por favor.

Vidal se levantó de la mesa. Se dirigió a las espaldas de John, este cabizbajo. El inspector torció un poco la columna y metió aquella pequeña llave en la cerradura de las esposas. Estas se abrieron, dejando libres las muñecas doloridas del británico, mientras que Vidal se enderezaba y se fijaba en algo inusual. Una mancha de lo que aseguraría era sangre en la nuca de John acababa en un tajo de no más de un centímetro. Dos puntos de sutura cerraban firmemente la herida, mientras que el otro había dejado de hacer su trabajo y hacía supurar la sangre.

—John, se te han abierto los puntos.

—¿Qué puntos?

—Los de la nuca —dijo Vidal mientras volvía a su sitio y se sentaba.

John se echó la mano a la nuca y se trajo los dos dedos manchados de sangre de nuevo.

—No recuerdo haberme hecho nada —John se echaba de nuevo la mano a la nuca mientras que Vidal le entregaba una caja de pañuelos—. ¿Qué es? —preguntó a Vidal.

—Tienes un pequeño corte, de un centímetro más o menos, con tres puntos. Uno de ellos se ha soltado y por eso hace que sangre.

—¿Puedes llevarme a la enfermería? Me mareo si veo sangre.

—De acuerdo, John. Te llevaremos a enfermería para que te lo miren de nuevo.

Salieron de aquella habitación y se dirigieron al final del pasillo por el que hace unos minutos llegaron a la sala de interrogatorio. Llegaron a una puerta azul con un cartel de «Vuelvo enseguida». Vidal hizo caso omiso a este y entró sin llamar. La sala de enfermería era una habitación reducida, en la cual había una ventana que daba al exterior, por donde entraba una luz pálida que bañaba toda la estancia, alicatada a media altura con azulejos blancos. Debajo de la cristalera, el grifo del fregadero a medio cerrar dejaba caer gotas de agua en algunos aparatos quirúrgicos manchados de sangre. Al lado de este había una mesa camilla, de color negro, donde el mismo joven con el uniforme policial que los había esposado a él y a Jordi descansaba de espaldas.

—Buenas tardes, inspector —dijo el joven agente, intentando levantarse de aquella camilla.

—No se levante, agente —dijo Vidal casi sin mirarle—. ¿Qué le pasa De Lucas?

—Llevo todo el día muy mareado —dijo este mientras tomaba un poco de agua.

—Vaya… Será del ajetreo —contestó el inspector.

—¿Qué le ha pasado a este, Vidal? —Detrás de ellos entrando por la puerta una voz ronca de mujer cincuentona se dirigió al inspector.

—Se le ha soltado un punto mientras estábamos interrogándole. Necesito que le cosas de nuevo, Carmen.

—Para eso estamos, inspector.

La mujer indicó a John que se sentase en la butaca al lado de la mesa del escritorio, esta retiró cuidadosamente un montón de documentación de allí encima, y apoyó su trasero mientras hacía girar la silla de John y se disponía a observar de cerca la herida.

—¿Qué te ha pasado, chico?

—No lo sé. Es que no me acuerdo de casi nada de lo que ha pasado.

—Claro… No sé cuantas veces he oído esa excusa en lo que va de día… —dijo esta mirando al joven agente que sin hacer caso a Vidal, ahora estaba sentado encima de la camilla—. Tienes esto algo feo. Te quitaré los puntos y te los volveré a coser después de limpiártelos.

—Gracias.

—John —dijo Vidal dirigiéndose al británico—. No hagas ninguna tontería, voy a por tu móvil —dijo de nuevo mientras se daba media vuelta y salía por la puerta. Antes de salir, recapacitó. Se acercó al joven agente que estaba sentado en la camilla, le pidió las esposas, y esposó al británico—. Ahora tampoco, no hagas ninguna tontería —dijo el inspector mientras se dirigía a la puerta.

La enfermera seguía a lo suyo. La herida se había abierto al retirar los puntos, que aún no habían conseguido cerrarla, y la sangre supuraba ahora más de lo normal.

—Es un corte pequeño, pero muy muy profundo, John. ¿De verdad no recuerdas cómo te hiciste esto? —le preguntó la enfermera al británico con una sonrisa pícara.

—Realmente no sé como me ha podido pasar…

—Tienes…, tienes algo…, aquí dentro. —La voz de la practicante había dado un vuelco. Ya no tenía tono bromista e incrédulo, mientras seguía limpiando la herida, de la que no dejaba de salir sangre.

—¿Qué? ¿Qué es lo que tengo?

La sanitaria cogió las pinzas, mientras que las esterilizaba y limpiaba miraba fijamente la herida de John, en la que en medio de una cascada de sangre, mostraba un pequeño objeto. La mujer se acercó a la nuca de John:

—Esto te puede doler.

Pausadamente y con gestos dóciles, introdujo la pequeña pinza en la herida del chico, y lentamente sacó de esta una diminuta pieza, del tamaño del chip de una tarjeta bancaria. Se la enseñó a John, que la miraba mientras diminutas gotas de sangre caían en su chaqueta de cuero. La dejó en un recipiente de cristal que tenía encima de la mesa del escritorio y prosiguió con la limpieza. John notaba el pinchazo del primer punto y el doloroso recorrido que hacía el fino hilo negro que pasaba por

la perforación de su piel. Notó el segundo, de nuevo el paso del hilo. El tercero, el paso de la hebra que acababa con un notable dolor al hacer la enfermera el nudo pertinente para que no se volviesen a abrir. Colocó el apósito y cogió el pequeño objeto para enseñárselo de nuevo a John. Esta vez sin goteos, la diminuta pieza estaba dentro del pequeño recipiente de cristal.

—No tengo ni idea de lo que es —dijo este.

El agente que descansaba en la camilla se levantó y observó más de cerca el objeto.

—Parece un chip —dijo este con un tono cansado, como si la observación realizada hubiera sido fruto de una laboriosa operación de investigación.

—Tiene toda la pinta —dijo la enfermera con la mirada fija en aquel pequeño objeto.

—Démelo. Se lo llevaré a Vidal para que lo entregue al equipo forense. Puede que sea un rastreador —dijo el agente—. Si este chico dice que lo tenían retenido, lo más probable es que sea eso. —El agente se acercó al pequeño recipiente, se puso unos guantes de látex y cogió una pequeña bolsa de pruebas. Metió la pieza en ellas, se quitó el guante y se lo guardó en el bolsillo derecho del pantalón del uniforme—. Ahora vuelvo —dijo este mientras se dirigía a la puerta. La enfermera seguía sanando la herida de John, que por fin había parado de soltar sangre.

—Listo, chico. Esperemos que no sangre más —dijo esta mientras miraba de nuevo el apósito de la nuca del británico.

Vidal entraba por la puerta, con el teléfono móvil de John en la mano izquierda, conectado aún con el cargador, el cual mantenía en la mano derecha. Conectó a una toma de corriente cercana al escritorio el enchufe y le dio el móvil a John.

—Introduce el PIN. Y repito, no hagas ninguna tontería. —John cogió el móvil. Uno uno uno uno—. Básico y fácil de recordar —dijo el chico mientras marcaba por cuarta vez la tecla número uno. Volvió la mirada al teléfono y este comenzó a cargar todos los datos de inicio.

—Vale. Ahora escúcheme bien, John. Vamos a llamar a Albert. No le puede decir en ningún momento dónde estamos. Dígale que está en casa, esperando a que todo este ajetreo se solucione y demás. Solo déjele hablar.

—De acuerdo.

John pulsó la tecla de llamadas y allí estaba, la más reciente. Llamó al número que le había llamado hacía unos minutos y esperaba a que Albert le contestase y todos estuvieran bien. Dos tonos y Albert contestó, mientras que John ponía el manos libres.

—¡John! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Sí, Albert. Algo cansado, antes me quedé sin batería.

—Me dijiste que estabas en la comisaría. ¿Qué es eso del secuestro? No entiendo nada, pero creo que deberías ir a casa a descansar y asegurarte de que estás bien. Descansa unas horas y ya te acompañaré a la comisaría después.

—Sí sí. La comisaría era un hormiguero. No entré. Estoy en casa… He pasado una noche movidita. Pero aún recuerdo poca cosa de anoche, creo que me drogaron o algo… ¿Dónde estás?

—Eh… Estoy… Estoy en casa, John. Tú vas para tu casa, ¿verdad? —Vidal miró a John y le negó con la cabeza.

—No estás en casa, Albert.

—Eh… Vale… A ver John… —Vidal le quitó el móvil a John de un manotazo y colgó el teléfono.

—¿Qué pasa? —exclamó el británico.

—Esto me huele muy raro. El prefijo es de Estados Unidos. Te dice que está en su casa. Te dice que no vayas a la comisaría a denunciar un secuestro, casi te obliga a permanecer en tu casa. ¿Tu amigo es así? —dijo Vidal.

—No. No sé. Por eso le he dicho que no estaba en casa, el prefijo es el de Estados Unidos. Pero…, me ha mentido.

—De acuerdo. Tengo que hablar con mis superiores. Quédate aquí. Y apaga el móvil por el momento. Por cierto, ¿dónde está el agente De Lucas?

—¿No ha ido a verle? El chico tenía una especie de microchip en la herida de la nuca. De Lucas decía que era como una especie de rastreador GPS.

—¿¡Qué!?

—Sí… De Lucas nos dijo que iba a ir a verte para entregártelo.

Vidal salió rápidamente de la sala de enfermería, por el pasillo, repleto de gente, buscaba entre la multitud el rostro de De Lucas mientras preguntaba por él a todos sus compañeros.

—¡¿Dónde está De Lucas?!

Ningún compañero sabía nada. Fue directamente a la oficina del forense jefe a ver si lo encontraba allí. Nada. El forense tampoco había visto a De Lucas. Volvió tras sus pasos, dirección a la entrada principal. Salió fuera, y observó. Allí estaba De Lucas a unos veinte metros. Hablaba con alguien, apoyado en la puerta del conductor y mirando hacia el interior del vehículo. Hacía el gesto de entregarle algo al conductor de ese coche.

—¡De Lucas! ¡Vuelva aquí ahora mismo! —El joven agente giró la cabeza, mientras que la cara de un hombre, pequeña y unas orejas separadas y puntiagudas muy parecidas a las de un elfo se asomaban por la ventana del piloto. De Lucas se asustó, en tres hábiles movimientos se puso al lado de la puerta trasera del vehículo, la abrió y se montó en él. El conductor arrancó el coche, Vidal, sorprendido, corrió hacia ellos mientras que el piloto, que había aparcado de la peor manera posible, salió derrapando por aquella calle mientras Vidal sacaba el arma. No iba a disparar. No hacían falta más escándalos. ¿Por qué había salido corriendo De Lucas? ¿Dónde estaba ese rastreador que habían sacado de la nuca del británico? Vidal se preguntaba mientras el coche huía de la comisaría, bajaba su arma lentamente. Era demasiada tensión la que estaba soportando hoy. Demasiados problemas.

Entró en la comisaría, paró en la mesa de atención ciudadana, donde la misma chica ajetreada seguía moviendo papeles de un sitio para otro con una cola de personas esperando a ser atendidas. Vidal se puso al principio, justo al lado de donde empezaba la cola.

—Necesito todos los datos posibles del agente Jorge De Lucas. Su historial policial, el clínico, quienes son sus padres, el nombre de su perro, todo. Y lo quiero para ya —dijo Vidal a la chica.

—Pero señor, eh… Vale… En cinco minutos se lo acerco a su despacho. —El inspector se dirigía a la sala de enfermería. La enfermera había salido y en la habitación solo se encontraba John sentado en una silla giratoria de espaldas a la mesa del ordenador. Vidal entró en la sala con paso firme, cerró la puerta bruscamente, y aprovechando que el británico se encontraba absorto, con la mirada perdida en un perchero del cual colgaba una bata blanca, el inspector se acercó a él y lo agarró fuertemente de los cuellos de su chaqueta de cuero, aún manchada de sangre, levantó al chico y lo sentó encima de la mesa del escritorio. El británico, asustado a la vez que sorprendido clavó la mirada en la cara de Vidal, a escasos diez centímetros de la suya.

—¡Cuéntame qué hostias está pasando! ¿Qué es lo que tenías en la nuca y por qué De Lucas ha salido huyendo con ello?

—Inspector… —decía John llorando—. De verdad que no sé nada… No me acuerdo de nada, solo quiero hablar con mi novia…, no entiendo qué está pasando, de verdad…

Vidal soltó a John y salió hacia el pasillo. Llamó a un joven agente que observaba una serie de documentos para que viniese. Este, al instante, estaba cerca del inspector pidiendo las órdenes pertinentes. Pero Vidal se lo pensó dos veces, hizo un gesto con la cabeza al agente y susurró sin mirarle a la cara mientras entraba de nuevo en la sala un: Déjelo, vuelva a su trabajo. Vidal no se podía permitir un fallo más, por eso mismo cogió a John y lo acompañó directamente a los calabozos.

Capítulo XXVI

La habitación seguía oscura. Bueno, casi del todo. El monitor de aquel portátil seguía siendo la única fuente de luz en aquel sombrío aposento, donde el frío del exterior entraba por debajo de aquella gastada y estropeada vieja puerta de madera. Wan seguía con la vista fija en el portátil, ahora más tranquilo. El chico de la sudadera con capucha había recibido la llamada de Aarón, habían podido extraer el algoritmo gracias a la ayuda de un joven agente de policía español reclutado por la orden y se dirigían a la base central para poder ponerlo todo en marcha. Por el camino, el joven que había ayudado a devolver el chip con el algoritmo, se había puesto muy nervioso. Había empezado a preguntar demasiadas cosas, y a Aarón eso no le había hecho mucha gracia. Wan no era partidario de las bajas amigas, por eso cuando Aarón le dijo que había tenido que liquidarlo, este se puso muy furioso. Aarón recalcaba una y otra vez que un soldado de nivel ocho era siempre prescindible, cosa que Wan, siendo nivel cinco, uno por encima de Aarón, no veía del todo bien. Él era un pacifista, tenía un pensamiento totalmente tranquilo, por eso cuando desde el nivel tres le dijeron que podían entrar en aquella comisaría y hacer lo que fuera necesario para la correcta extracción del algoritmo lo pasó mal. Pero eran órdenes. Y la desobediencia de un nivel superior jerárquicamente se paga con la muerte.

Wan pensaba en aquel joven de nivel ocho. Seguramente lo habrían dejado en una cuneta en una carretera a las afueras de Barcelona, antes de llegar a la base. Eso le entristecía, pero no era algo en lo que debía pensar. Lo más importante ese momento era la buena marcha de la misión. Mantenía sus pies encima de la mesa, encendía un Marlboro tras otro sin preocuparse ya de dejar caer la ceniza en el cenicero. Miraba la pantalla de su portátil, la barra de progreso seguía su curso: 67% Veintiuna horas, veinte minutos, cuarenta y dos segundos.

El operativo iba bien. La implementación de los algoritmos en las distintas bases repartidas por todo el globo se estaba llevando a cabo de una forma satisfactoria, y también de una manera que agradecía, sin demasiadas bajas. Eso había hecho que la tan odiada barra de progreso hubiera aumentado y acortado el tiempo estimado para la totalidad de la implantación de una manera considerable. Había tenido problemas en algunas células durmientes, pero casi todos los algoritmos se habían implementado sin necesidad de recurrir a la violencia. Esta ya vendría por sí sola después de la caída definitiva. No tenía nada que ver la actual violencia con la que se encaminaba sigilosamente. La orden ya había dado a conocer la noticia de que la caída sería global y el caos iba a ir aumentando mientras pasaban las horas y los días. Eso era inevitable.

Ese día estaba siendo realmente agotador. Eran las seis de la mañana y aún no había podido descansar ni un solo momento. Había recibido la llamada de Aarón hacía poco más de una hora. En España eran las once de la mañana cuando el algoritmo por fin había podido extraerse, el portador había puesto más de un problema para su extracción, así que Wan imaginaba con pena lo que Aarón habría hecho con él después de la misma. Eso también le afligía el alma, pero era algo que él no podía evitar. Ya se encargaría de que Aarón justificase sus actos más adelante. Había estado recibiendo llamadas de sus hermanos de todas las partes del mundo; Moscú, San Juan, Kabul, Tokio, Abuya, Wellington, Londres…, y por último Barcelona. Ya estaba todo listo. Dentro de poco toda la red caería definitivamente. El sistema de cancelación binaria que habían ingeniado los ingenieros de la orden era de lo más sofisticado. Crearían puntos de cancelación global emitiendo ondas de radiofrecuencias que insertando en ellas un número de diecisiete millones de dígitos, que es el número primo descubierto más grande, el último número primo de Mersenne, bloqueaban las líneas de telecomunicación. Dejarían inservibles, de una manera inteligente, tanto las señales por satélite, las líneas de cobre y las de fibra óptica. La construcción de la antired virtual se realizaba mediante el envío de datos entre los distintos receptores cuadrados de unos quince centímetros de altura, que se encontraban repartidos por todo el globo y que estaban conectados a una batería externa. Estos emisores mandaban la señal a los receptores y estos también rebotaban hacia los repetidores. Estos emisores, receptores y repetidores se autodestruían al completar su objetivo mediante una carga adhesiva colocada en la batería. El SIA —Servicio Inteligente de Anulación— tiene ese adjetivo porque podía cancelar la conexión a internet pero podía dejar activa la transmisión de voz. También podía dejar activo el servicio de LDX —Long Distance Xerography—, lo que conocemos comúnmente como fax. El último algoritmo de SIA era el que John tenía en la nuca. Cuando este último estuviera implementado, la red virtual que habrían creado se cerraría por completo. En menos de doce horas todo estaría listo. Pero para que esto sucediese debían dejar libre el acceso a internet al globo. Lo mejor de los programadores de la orden no era SIA. Lo mejor que habían creado era lo que aseguraba que SIA fuese definitivo. Habían creado unos virus informáticos para todos los sistemas operativos que existían. Era un virus universal, uno de los más potentes que podían existir. Este no destruía información, ni *hackeaba* cuentas bancarias. Este era mucho más eficiente, y de lo más sencillo. Al permitir que durante diez minutos los ciudadanos se conectasen a la red de nuevo, SIA ya había hecho todo el trabajo, y los usuarios se conectarían a una nueva red, la perecedera y volátil red de la orden. La orden sabía que en cuanto la conexión se restableciera, todos los usuarios empezarían a recibir datos de conexión. Bits envenenados enviados por los familiares y amigos de los usuarios que, sin querer, ayudarían a la causa. Con ello, cada usuario recibirá un mensaje de texto codificado y enviado por la red de la orden, que automáticamente se reenviará a la red de su actual operador de servicios de internet y haría que SIA

cancelase desde una zona más importante más tipos de servicios. Con los ordenadores de sobremesa, portátiles y demás dispositivos que no estuviesen conectados a una red móvil pasaría algo similar. El usuario no recibiría automáticamente datos, sino que se tendría que conectar a alguna red social o programa de búsqueda. Por eso la orden, después de un riguroso estudio de conducta informática, había preparado una lista de links con todos los exploradores y páginas de inicio de los usuarios para que así los virus se insertaran en los sistemas operativos. Tenían todo pensado, al conectarse a la propia red de la orden, los dispositivos no reconocerían esos virus, ya que son datos propios de su supuesto proveedor de internet. Al infectarse toda la red, y al crearse la antired global, a cualquier dispositivo que se construyese posteriormente a la caída le sería imposible conectarse a internet.

El SIA había sido desarrollado por los mejores informáticos, matemáticos, ingenieros y programadores reclutados por la orden. Todos ellos querían pertenecer a esta después de un par de copas y un polvo con alguna prostituta pagada por la orden. Wan se reía solo de pensar en lo fácil que cambiaban de opinión los soldados que se negaban a esto después de ingerir el SF200X, un medicamento creado por ellos mismos que te hacía sumiso a todo lo que te dijeran en los diez minutos siguientes.

Buscaban los agentes en las mejores universidades y les ofrecían una buena oportunidad para aumentar sus estudios y un buen salario anual. Estos jóvenes, y no tan jóvenes, se presentaban en las salas de reuniones y antes de nada les presentaban delante de ellos un enorme banquete con aperitivos y bebidas. Les dejaban allí esperando para que picotearan y bebieran mientras tanto. Cuando estos chicos se enteraban de qué iba el tema y qué es lo que iban a hacer realmente en esa nueva sociedad, se echaban para atrás, pero el efecto del SF200X diluido en sus refrescos y en toda la comida del banquete, ya se hacía notar en la aceptación de los chicos. Para que el SF200X tuviera efecto, aparte de que tenían que ingerir dosis todos los días, era necesario que antes de que estuviese activo en el organismo, se mencionara lo que se le iba a inculcar al agente, para que el cerebro corroborase esa información y la tratase como verdadera, aceptable y familiar en el momento de la inculcación. Después de la charla, los jóvenes universitarios eran los más fieles soldados de la orden, y lo que buscaban con primordialidad era la anulación de la red global para un mundo más feliz.

De pronto, Wan, quedó sorprendido al ver un considerable aumento de la barra de progreso que mostraba su portátil: 87% Diez horas, dos minutos, dos segundos.

Genial, pensó. Genial. La implantación del algoritmo en la zona sur de Europa había sido realizada con éxito. Pronto recibiría la llamada de Aarón confirmándolo. Ya estaba todo listo. Simplemente cabía esperar que todos los códigos se alineasen para que la red se totalizase en el globo. Wan minimizó la ventana de la barra de progreso mientras se fijaba en que eran casi las ocho de la mañana y los rayos de luz ya entraban débilmente por debajo de la puerta desgastada y vieja de la entrada. Apareció una ventana nueva en el escritorio, la cual Wan maximizó de inmediato. En

la nueva ventana aparecía un mapa mundial de color oscuro, con algunos puntos rojos repartidos por los distintos continentes, que estaban delimitados por líneas de color verde. Los puntos se unían entre ellos dejando un rastro de líneas verticales, diagonales y horizontales de color rojo. Era la red que la orden estaba creando. Justo en el punto de España, el punto rojo parpadeaba sin cesar encima de una pequeña barra de progreso a punto de llegar al final. Todos los demás puntos rojos del mapa estaban fijos menos ese. Wan tecleó una serie de comandos y acercó la vista más al mapa de España. La barra de progreso había llegado al final y Wan comprobaba que la totalidad de esa parte de Europa quedase bajo el control de la orden.

—99,9984%. Para ser el primer barrido hemos llegado a casi el cien por cien de la población —pensaba Wan—. En el próximo cubriremos la totalidad.

Wan se encargaba cada hora de actualizar el campo de envío SIA para llegar a la totalidad de la zona que querían cancelar. En este caso, en España, con ese 99,9984% de cobertura anulada había la posibilidad de que si un usuario se colocase en un metro cuadrado concreto y a una altura concreta, siempre superior a noventa metros, pudiese llegar a obtener conexión. La probabilidad era casi imposible, pero molestaba y preocupaba mucho a Wan y estaba deseando poder realizar el segundo barrido para poder tener el cien por ciento. En la gran mayoría de puntos rojos repartidos por el mapa marcaba el completo porcentaje, y en los que no, Wan con una rapidez extraordinaria daba órdenes al programa para que lanzara de nuevo barridos a esas ciudades, casi todas ciudades grandes que con sus altos rascacielos y sus sistemas de telecomunicaciones hacían difícil la tarea de SIA.

Wan dejó lo que estaba haciendo, su teléfono por satélite empezó a sonar. Era Aarón, Wan esperaba esa llamada.

—Dime.

—Ya está todo listo.

—Lo sé, Aarón. Has tardado en avisarme.

—Disculpa, es que hemos tenido un problemilla con el tercer repetidor. Pero ya está todo listo.

—Creo que en unas cinco horas tendremos la antired fija y podremos dar los diez últimos minutos a la población.

—Perfecto.

—Estamos en contacto.

—De acuerdo.

—Oye, Aarón.

—Dime.

—Aunque aún no sé qué mierda has hecho para liarla, pero has sabido rectificar. Buen trabajo.

—Gracias, Antwane.

El chico de la sudadera con capucha colgó el teléfono. Bajó los pies de la mesa del escritorio y echó para atrás la silla. Se levantó y con paso tranquilo se dirigió a la

vieja puerta de madera. Tomó el pomo dorado, dañado por el paso del tiempo, y lo giró hacia la izquierda. Hacía un día espléndido, mucho mejor que los dos anteriores. Los rayos de sol llegaban al suelo y rebotaban en los colores metalizados de los coches, que repartidos y mal aparcados por la carretera, daban una imagen postapocalíptica de la ciudad de Nueva York. Antwane se quitó la capucha, sacó un cigarro y miró hacia los lados antes de encendérselo, agachando el rostro y sintiendo el calor del mechero después de que la chispa producida por la piedra hiciera contacto con el gas. La calle seguía vacía, como seguiría durante muchos días. Miró al fondo, podía ver desde allí el supermercado donde había trabajado los últimos seis meses. Dio dos caladas más a su cigarro, repasando mentalmente los centros que necesitaban el segundo barrido. Tiró el cigarrillo al suelo, no sin darle otra calada antes, lo estrujó con la suela de la deportiva y entró para dentro. Con la mirada fija en el portátil y la barra de progreso que marcaba un 98% sabía que dentro de poco todo estaría listo.

Capítulo XXVII

John podía ver desde el calabozo el pequeño reloj que colgaba en la pared. Eran las dos de la tarde. Nunca había estado en un calabozo, pero por suerte se los imaginaba mucho peor. Era todo blanco, con un par de catres de hormigón donde descansaban unos colchones. Un retrete en la esquina de la habitación con un hedor insoportable y un pequeño muro, de unos cincuenta centímetros que estaba repartido por el lateral del calabozo. Había tres celdas más como la suya, todas repletas de detenidos, no cabía ni un alfiler. Pero en ninguna se veía a Jordi. Supongo que lo habían dejado salir, como deberían haber hecho conmigo, pensaba John. Se encontraba incómodo en medio de tantos supuestos delincuentes. Justo al lado de John unos chicos de unos veintipocos años discutían recriminándose que deberían haber pasado por otra calle en lugar de por la que cogieron, más atrás, una pareja del este discutían también en un idioma desconocido para el británico. Debido a la cantidad de detenidos que había en la celda John se encontraba justo en la entrada de la misma, al lado de él una señora de unos cincuenta años maldecía a los policías que aguardaban fuera. De repente se escuchó un zumbido. El timbre de la puerta de seguridad de los calabozos pitó haciendo levantar al policía que aseguraba el orden allí dentro. Este se dirigió a la misma y pulsó un par de teclas en un panel a la izquierda, y la puerta se abrió de inmediato. Por esta entró Vidal, que había aumentado la cara de frustración y enfado que tenía por la mañana. Se dirigió a la celda donde estaba John y le dijo al policía que lo sacase y que lo llevase a su despacho. Este le hizo caso y Vidal salió de allí. El policía dejó claro que iba a sacar al británico y a nadie más. Con un tono autoritario y tiránico, amenazó verbalmente al grupo de personas que estaba en esa celda, pidiéndoles, eso sí, por favor, que se retirasen de la puerta lo máximo posible.

Los de la primera fila se empezaron a echar para atrás y John se quedó cerca de la puerta del calabozo. Se empezó a escuchar un abucheo que pronto se transformó en gritos e insultos dirigidos al policía, que con la mano en la funda de su arma reglamentaria, metió las llaves en la celda y rápidamente abrió para que John saliese. Nada más salir de la celda, otro agente de policía esposó a John mientras que el primero cerraba la celda mirando a los detenidos con una sonrisa burlona. El británico salió de los calabozos, por la ventana de aquel pasillo, lejos de esas celdas, entraba una pequeña brisa que le dio algo de alegría. Necesitaba salir de allí. Necesitaba aire fresco y libertad. Llegaron al despacho de Vidal, y allí le esperaban cuatro hombres con vestimenta militar. Uno de ellos lleno de galones, de baja estatura y que podía rondar fácilmente los setenta años. Miró fijamente a John a los ojos y le señaló una silla en medio de todos esos militares.

—Buenas tardes. Soy Leandro Hierro, director del Centro Nacional de Inteligencia. Estamos dentro de una crisis mundial, y por lo que se ve, usted es la única persona que puede indicarnos qué tenemos que hacer.

John miraba sorprendido a la vez que asustado al director del CNI mientras se ponía bien las esposas.

—¿Te duelen? Quítenle las esposas —dijo Leandro—, ¿necesitas algo más?

—Un poco de agua, por favor.

Vidal sacó del cajón de su escritorio una pequeña botella de agua y la vació en un vaso que estaba en una repisa detrás de él.

—Gracias —dijo John mientras se masajeaba las muñecas y se bebía todo el vaso —. Mire, yo ya se lo he contado todo al inspector. No sé nada más.

—Nosotros sí. Sabemos que su amigo Albert fue despedido de su empresa por desviar casi seis millones y medio a unas cuentas repartidas por distintos paraísos fiscales. Sabemos que usted está implicado en esto.

—¿Qué? —John se mostró confuso ante las palabras de Leandro.

—¡Cállese! —El director del CNI calló a John en un segundo—. Sabemos que el señor Llach es la imagen de una nueva secta, por llamarlo de alguna manera, que quiere hacer desaparecer la comunicación moderna de este planeta. Sabemos que él es un títere controlado por personas de un rango jerárquico superior. Económica y socialmente hablando —recalcó el director del CNI—. Pero lo que no sabemos es dónde cojones está, y tampoco sabemos cómo proceder para solucionar todo esto. No tenemos internet, y tampoco satélites, por eso se nos hace de lo más difícil la localización de su colega. Ahora, cuénteme qué está pasando.

—Mire… A ver, antes que nada. Eso de los millones de dólares desviados no sé nada.

Leandro pidió unos documentos a otro individuo que también vestía con indumentaria militar y se los tiró a John en las rodillas.

—¿Qué es esto?

—Lea —dijo Leandro.

John empezó a leer el primero de los documentos. Era una carta de despido de la empresa donde trabajaba a nombre de Albert Llach. Supuestamente Albert Llach había desviado seis millones cuatrocientos setenta mil euros a una cuenta en Suiza. Este dinero se había movido con facilidad pasando por diferentes empresas fantasmas, todas ellas a nombre de…

—¡Qué! ¿Pero qué es esto? —John se levantó rápidamente del asiento sobresaltado, mientras que Leandro y sus acompañantes le obligaban a calmarse y a sentarse de nuevo en la silla. Las empresas estaban a nombre de Cristina Brugueras, Marta Miró, Clara Nogués y John McGill. El británico había empezó a sentir un nudo en el estómago, algo por dentro del cuerpo le decía que tenía que vomitar. Dejó caer los papeles inconscientemente en el suelo mientras se echaba las manos a la cara y le entraban unas arqueadas. Una gota fría de sudor empezó a caerle por la frente. Se

quedó pensativo mientras Leandro recogía los documentos del suelo. Les dio la vuelta, los ojeó y le entregó otro documento a John.

El siguiente documento era una denuncia de su empresa ante la UDEF —Unidad Central de Delincuencia Económica y Fiscal— contra Albert. John empezó a divagar. Lo más probable, aunque le pareciese imposible, es que Albert hubiese desviado el dinero entre empresas fantasmas. Todas estas a nombre de sus conocidos.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible que Albert haya creado esas empresas a nombre de otras personas? Al crear una sociedad, el representante legal de esta, tiene que firmar ante notario.

—No sabemos. Esperábamos que nos lo explicara usted.

—Es que no me lo explico. Yo no he firmado nada de eso, y estoy seguro de que mi novia tampoco. ¿Se la podía haber amañado Albert con alguno de sus influyentes amigos para firmar ante notario en nombre de Clara, Marta, Cristina y mía? No podía ser. —John se levantó de la silla lentamente y comenzó a andar por el despacho. Tuvo que apoyarse en la mesa del escritorio para evitar caerse debido al malestar que sentía —. La firma debe ser ante notario, y este se jugaba el cuello. Lo estudié en la facultad de Derecho.

—Entonces sabrá que la falsedad de firma documental está castigada con penas de prisión de hasta seis años, y a mí me cuesta creer que un notario, con el cuarto salario más alto en España, cobrando al mes casi seis mil euros, tenga ganas de jugarse el puesto por una parte de esa millonada. Porque si un notario se iba a arriesgar a eso, hay que motivarle con mucho dinero —contestó Leandro—. Firmó usted esos papeles, ¿verdad?

—Yo…, juro…, que no he firmado nada de esto. Lo prometo.

Leandro le puso la mano en el hombro y volvió a posar el trasero de John en la silla.

—Mira, hijo. Esto es una crisis mundial, ya lo sabe todo el mundo. Tengo a Bruce Donovan, director de la mismísima CIA pendiente de mi llamada. España es la única opción para intentar paliar un poco los daños ocasionados por la caída. Y nada de lo que…

De repente, la habitación donde estaban empezó a llenarse de sonidos digitales. Todos los allí reunidos quedaron sorprendidos al mirar sus dispositivos móviles y ver que la conexión a internet se había restablecido. Detrás de la puerta del despacho de Vidal, una algarabía sonaba repitiendo la misma frase. «¡Hay internet!». John levantó la mirada, contemplando nada y a todas partes. Leandro calló a los allí presentes, que emocionados miraban sus móviles.

—¡Silencio! Tenemos que aprovechar esto. ¡Vidal!

—Dígame, señor.

—Localice la llamada que este chico de aquí va a realizar. —Leandro miró a John y subió el tono—. Ahora mismo a nuestro orador. Tenemos que saber donde están.

—De acuerdo, señor.

Leandro se acercó a la puerta y cerró con pestillo. Vidal conectó el teléfono a un portátil de diez pulgadas, pulsó un par de botones y tecleó unas órdenes en el ordenador. Una pantalla se encendió cuando Vidal pulsó el botón de llamada y llamó al número de Albert. Hizo una señal a John para que se acercara un poco más a la mesa y pulsó el botón del manos libres.

A seis mil kilómetros de aquella comisaría en Barcelona, a Albert empezó a vibrarle el móvil.

Capítulo XXVIII

La sala estaba esta vez algo más iluminada por unos candiles que colgaban del alto techo. Una enorme mesa recorría desde el principio de la habitación toda la estancia, acabando a menos de dos metros de una chimenea. Dentro de esta, unos troncos de pino ardían con fuerza radiando calor. La estancia estaba bañada por una suave luz roja, que daba un toque tétrico a aquella habitación, mientras que el suelo estaba compuesto por pequeñas losas de unos veinte centímetros de diámetro de color blanco y negro colocadas de tal manera que el piso se asemejaba a la superficie de un tablero de ajedrez.

Las paredes rojizas estaban repletas de enormes tapices que empezaban cerca de las molduras de color dorado, estas se encontraban en el techo y caían suavemente hacia el suelo. En el centro de la sala, una gran mesa de roble estaba rodeada de diez sillas, cubiertas de terciopelo rojo con molduras de madera. Detrás de estas, rodeando ahora las diez sillas rojas principales, había quince más, estas de terciopelo negro, un poco más pequeñas que las primeras. En las de atrás estaban sentadas las personas más importantes del planeta.

Albert repasaba de pie, alejado de aquella mesa y enfundado en su túnica gris a los asistentes a aquella reunión. En la trasera, justo atrás de la primera fila, estaban los hermanos del nivel tres, enfundados en sus túnicas negras, camuflados en aquellos asientos de terciopelo del mismo color. Había personas muy importantes e influyentes, las mayores riquezas conocidas del globo. Estaba Bill Gates, dueño y cofundador de Microsoft y conocido por todos por ser la persona más rica del planeta. Junto a él, y riéndole las gracias, estaba Carlos Slim, un magnate mexicano dueño de Telmex, la empresa de telecomunicaciones más grande de México. Con su grupo de empresas Grupo Carso y diferentes negocios más, había logrado amasar una fortuna de casi ochenta mil millones de dólares. Cerca de ellos, encendiéndole un puro al inversionista y magnate estadounidense Warren Buffet estaba Larry Ellison, fundador y ex director ejecutivo de Oracle, un sistema de gestión de base de datos creado en 1977. Albert siguió visualizando uno por uno los rostros de los hermanos de nivel tres, que vistiendo sus túnicas negras bebían The Macallan de 18 años mientras fumaban Cohibas rodeados del humo de las vegas de la zona de Vuelta Abajo. Llegó hasta Lakshmi Mittal, un empresario indio industrial de la siderurgia, pasando por Michael Dell, de Dell Computer, y acabando por Romain Bausch, dueño de una compañía operadora de satélites de telecomunicaciones. Sergey Brin y Larry Page, dueños de Google y de todo el monopolio que este poseía, a los que Albert había tenido la oportunidad de conocer una vez, hablaban tímidamente con Mark

Zuckerberg mientras se pasaban una botella de agua mineral con gas. Albert pensaba en lo que había tenido que decir a todo el mundo acerca de Google y Facebook y de lo terrorífico que era todo aquello. Menos mal que todo estaba pactado y que esas tres personas no podrían querellarse contra él. Sheldon Adelson, dueño del complejo de casinos y hoteles de Las Vegas estaba inmerso en lo que parecía una interesante conversación con dos damas que se sentaban al lado de él, Christine Lagarde, directora Gerente del FMI y Virginia Rometty, consejera delegada de IBM.

Albert había calculado que si se sumaban las cuentas corrientes de todos los hermanos del nivel tres, se alcanzaría una cifra superior a los quinientos mil millones de dólares. Y por muchos miles de millones en sus bolsillos, allí estaban ellos, sentados detrás de los hermanos de nivel dos y obedeciendo órdenes sin rechistar. En esos días Albert había podido ser testigo de las mayores novatadas y crueldades que se podían hacer. Le parecía increíble, y hasta cómico, que una persona de nivel dos, a la que nadie de nosotros, los simples mortales conocemos, fuese capaz de pedirle al dueño de la mayor empresa de nanotecnología, y poseedor de una de las mayores fortunas del mundo, que no tardase mucho en traerle el café.

Las cuentas corrientes de los hermanos de nivel dos eran otro nivel. Incalculables. Estas personas no daban sus nombres, como tampoco hacían los hermanos de nivel tres, aunque a estos últimos todo el mundo los conocía. Albert reconocía algunas caras por haberlas visto en las noticias, pero había personas de las que no había oído hablar en la vida. Uno de los que conocía era Jacob Rothschild. Su familia había fundado el primer banco central de Inglaterra. También estaba David Rockefeller, banquero estadounidense de origen judío. Estaban algo distanciados, por lo que Albert había leído sus familias siempre se habían estado boicoteando.

Habían estado toda la noche repasando el plan correcto para que sus objetivos finalizaran con éxito. Un soldado de nivel cinco, encargado de gestionar toda la antired había llamado hacía poco para comentar al hermano de nivel uno que todo estaba a punto de concluir, y que si no había ningún problema, ese mismo día por la tarde, a eso de las tres, la red estaría totalmente inoperativa. Eran las seis de la mañana y Albert había salido de aquella sala donde la mayoría de los hermanos a partir de nivel cinco celebraban que todo estaba yendo perfectamente. Se dirigió al salón principal, donde soldados de nivel ocho habían preparado un enorme banquete para el desayuno. Cogió la jarra de zumo de naranja natural, se echó un vaso y agarró un donut. Caminó hacia la puerta principal, donde robustos soldados de nivel ocho protegían la salida y la entrada a la misma y les comentó que iba a fumarse un cigarro fuera para que le diese el aire. Los soldados de nivel ocho se miraron entre ellos y aceptaron que Albert saliese. El alba de aquella mañana de octubre empezaba a clarear todo el patio exterior y mostraba el Pacífico, tímidamente a lo lejos.

El Castillo Hearst estaba situado en lo alto de unas colinas con unas vistas espectaculares del océano. A unos cuatrocientos kilómetros de Los Ángeles, lo habían adquirido los hermanos de nivel dos hacía dos años para planear en secreto las

estrategias que debían seguir para lograr el objetivo que estaban a punto de alcanzar. Ciento sesenta kilómetros cuadrados de extensión donde esconderse y poder llevar desde allí el control de la operación. Esta enorme e impenetrable fortaleza perteneció en los años veinte a William Randolph Hearst, un magnate de la prensa, y era utilizado como lugar de encuentro para los más prestigiosos personajes de la época. El castillo disponía de aeropuerto y aviones propios, que eran solamente utilizados por los hermanos de nivel cuatro para arriba. Estaba construido con una mezcla de estilos arquitectónicos europeos, que pasaban desde los templos clásicos romanos y griegos hasta los estilos de los grandes castillos ingleses.

Albert se había sentado en uno de esos enormes bancos situados con vistas al Pacífico y tomaba su desayuno tranquilo. Se seguía sintiendo arrepentido y culpable de lo que había hecho. Pero ya no había nada que pudiese hacer. Cuando todo estuviera en orden, sabía que Marta, John y Cristina lo entenderían y lo aceptarían.

Mientras tomaba el último trago a su zumo, una mano se posó en el hombro de Albert, que se giró de inmediato y observó que era un soldado de nivel ocho, con la correa de su arma sostenida en el hombro le pedía fuego a Albert.

—Tenga.

—Muchas… —El soldado dio una calada sin acabar la frase y soltó el humo—. Muchas gracias.

—De nada.

—¿Puedo sentarme? —dijo el soldado mientras señalaba el banco y se sentaba sin esperar confirmación—. Buen día para empezar, ¿verdad?

—Sí. Parece ser que sí.

—¿Cómo te llamas?

—Albert.

—Encantado, Albert. Soy Paul —dijo Paul estrechándole la mano.

—Encantado, Paul.

—¿Qué nivel eres?

—Em… Soy nivel seis.

—¡Disculpe, señor! ¿Debería hablarle de usted?

—No se preocupe soldado —dijo Albert sonriéndole.

—Sabes, llevo dos días preguntándome si he hecho bien metiéndome en esto.

—¿Por qué te lo preguntas?

—No sé. ¿Crees realmente que esto va a salir bien?

—De momento va bien.

—Es que no sabemos nada. Nos tienen desinformados. ¿Y si la policía y el ejército nos descubre?

—Tenemos gente como tú. De los que llevan armas.

—Sí. Pero ¿cuántos soldados de nivel ocho hay ahora mismo en esta casa? ¿Cien? ¿Ciento veinte?

—Ciento ochenta y cuatro.

—Vaya. Qué exactitud. ¿Cómo lo sabes?

—Llevo la gestión de todo esto.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Increíble. Pero… ¿Crees que con ciento ochenta…?

—Ciento ochenta y cuatro.

—Ciento ochenta y cuatro, ¿podríamos hacer algo contra el ejército y los policías que vengan a detener esto? —Paul seguía cuestionando la seguridad de aquella orden.

—Siempre va a haber alguien superior y más fuerte que tú, Paul. Recuerda eso.

—No te entiendo, Albert.

—No te hace falta. No te preocupes.

Paul dio una calada a su cigarro mientras se quedaba observando la quietud del mar.

—¿Cómo entraste en esto, Albert?

—Es una larga historia.

—Me queda una hora de descanso.

Albert miró a Paul y sonrió.

—Me metí en problemas —dijo este—. Problemas gordos.

—¿Qué problemas, Albert?

Aquel chico, pese a sus cargantes y constantes preguntas le empezaba a caer bien.

—Dime tú antes. ¿Cómo entraste en esto?

—Tenía un negocio, digamos, algo ilícito.

—¿Drogas?

—Sí. Fabricaba metanfetamina. Yo era el jefe de la droga en Nueva Jersey. Todos me conocían. Tenía seis cocineros, una veintena de camellos y dos policías a mi cargo. Ganaba mucho dinero. —Paul estrujó el cigarro en el cenicero y sacó otro del paquete. Ofreció uno a Albert, el cual no aceptó, y le pidió fuego—. Un día se estropeó todo —dijo Paul soltando una interminable bocanada de humo por la boca mientras miraba hacia arriba—. Uno de los contactos que tenía en la policía tenía más de un asunto turbio. Y fue investigado por asuntos internos. Se destapó toda la trama, y me cayeron doce años. Narcotráfico. Extorsión. Tráfico de armas. Asesinato…

—Casi. Casi te caen doce años.

—Sí. Yo tenía mi abogado que estaba llevando el caso. Pero un día no apareció. En su lugar, apareció un hombre mayor, de unos sesenta años, y me dijo si quería arreglar todo esto. Yo le dije que claro, que quería salir de allí. Él sonrió y me dijo que tenía que trabajar para él. —Paul dio otra calada a su cigarro—. Al día siguiente estaba aquí, me metieron en una sala, me dieron unos papeles para que los firmase, me explicaron lo que había y aquí estoy, libre de cargos y sujetando un arma.

—¿Libre de cargos? —Albert sonrió—. Una buena historia.

—Ahora tú, Albert.

—Robé seis millones de euros.

—¡Por Dios Albert! ¿Dónde está eso?

—Estaban. Ya no los tengo. Mi empresa me denunció, ya que desvié esos millones a paraísos fiscales y se destapó toda la mierda. Fui estúpido. No me hacía falta para nada. Pero el dinero llama al dinero. Y más si puedes manejar todo eso. Llevaba un par de meses haciendo desvíos a diferentes cuentas. —Albert buscaba en sus bolsillos el paquete de tabaco, pero Paul sacó el suyo antes que él y le ofreció uno, este no lo rechazó—. Ese dinero se movía a través de distintas empresas a nombre de unos amigos míos. Cuyas firmas para la creación de las sociedades falsifiqué ante notario, cosa que me costó más de un millón de euros, que aún, como comprenderás, no he pagado. Un día recibí una llamada. Una mujer me amenazaba con contar lo que había estado haciendo durante esos meses si me negaba a reunirme con ella. Esa mujer ahora es una hermana de nivel cuatro. Yo accedí, asustado. Claro, pensaba irme en breve de Barcelona, donde vivía con mi mujer. A cualquier isla alejada de todo aquello, pero esa gente me asustó realmente. Al día siguiente me reuní con aquella mujer. Me dijo que podía hacer lo que quisiera con ese dinero, que a ella no le importaba, pero que si no quería entrar preso esa misma tarde, debería trabajar para ella. Me llevó a un edificio de oficinas, y me hizo firmarle un contrato de confidencialidad, que es lo que a ti te hicieron firmar. Después me contó de qué trataba todo eso mientras yo me reía en su cara diciéndole que qué tipo de broma era esa. Busqué, literalmente, una cámara oculta en aquella cafetería de Barcelona. Me entregó documentos, pruebas, y prototipos y me lo creí. A la semana siguiente me trajeron aquí.

—Esta historia es mejor que la mía.

—La tuya tiene más acción.

—¿Y tu mujer?

—Hablé con ella y traté de convencerla de que todo esto no era malo. Que iba a pasar tarde o temprano, y que es mejor estar dentro que fuera. Me costó mucho convencerla para que aceptara entrar. Muchísimo. Es más, a ella y a Cristina, mi amiga, las raptaron el primer día de la caída.

—¿Por qué?

—Estaba muy desanimado. Todo lo que había pasado podía conmigo y estaba a punto de tirar la toalla y salir de allí. Esto se lo comenté, de pasada, a un hermano de nivel cinco, y él fue corriendo a contárselo a un hermano de nivel cuatro, que actuó de inmediato.

—Vale. Lo de tu mujer lo entiendo. Pero ¿y lo de tu amiga? ¿Estaban juntas y se llevaron el *pack*? —dijo Paul medio en broma medio en serio.

—No. Cristina es nuestra amiga y novia de mi excompañero de trabajo, John. Hubo algunos problemas en algunos países para entrar en ellos con los algoritmos, no sé si estabas enterado de esto. La zona sur de Europa iba tarde, y utilizamos a John el mismo día de la caída como transporte para el chip, él conocía bien Barcelona y podía manejar la situación, cosa que nadie de los que estaban aquí en ese momento de

tensión podía hacer. Secuestraron a Cristina para tener un as en la manga por si las cosas con John se ponían difíciles. Aunque el SF200X no le hizo el efecto que esperaban, la extracción, casi forzosa, se pudo llevar a cabo.

—¿El SF200X?

—Nada, déjalo —dijo Albert tirando la colilla del cigarro al cenicero.

—¿Tus amigos saben todo esto?

—Paul, he sido la imagen mundial de todo esto. Ahora mismo, soy el hombre más buscado del planeta.

Capítulo XXIX

Albert seguía sentado en aquel banco acabándose de fumar otro cigarrillo. Paul ya se había marchado, pero él quería disfrutar un poco más del amanecer en aquella hermosa colina. Eran las ocho menos cuarto de la mañana. ¿Cuánto tiempo he estado aquí sentado? ¿Casi dos horas? A Albert se le había pasado el tiempo volando. Se levantó y se percató que ya mismo sería la hora en que la conexión se restablecería para por fin finalizar el proceso y que la antired quedara fija para siempre. Caminó con rapidez hacia la entrada principal del castillo, cuando por la megafonía de este empezó a sonar un pitido seguido de una locución:

> Atención. Atención. Hermanos, dentro de quince minutos vamos a proceder a la activación temporal de la red. Queda terminantemente prohibido el uso de cualquier aparato electrónico durante el lapso de veinte minutos. Depositen sus aparatos electrónicos apagados en la caja fuerte que hay en el salón. Los hermanos de nivel tres os ficharán y podréis recuperarlo dentro de media hora.
>
> Atención. Atención…

El mensaje se repitió una y otra vez. La gente en aquel momento estaba muy excitada. Los hermanos a partir de nivel cinco tenían autorización para usar tecnología móvil, pero los de nivel seis para abajo lo tenían absolutamente prohibido. Albert entró en el castillo y todo se desmoronó. Una sensación de arrepentimiento le hundió el alma. ¿Estaba aquello realmente bien? ¿Estaba haciendo lo correcto? Sabía, como le dijo a su mujer, que es mejor estar dentro que fuera. Ser uno de los que mandan, estar en el bando de los ganadores en vez de en el bando de los millones de vencidos. ¿Qué pasaría a partir de ahora? Bueno, eso ya lo sabía. Los hermanos de nivel tres y dos dominarían el mundo. Sonaba a película de ciencia ficción, pero era tan real como un documental histórico. Unos grandes magnates de la banca y los negocios se hacen con el control del planeta. Malditos villanos. Miles de personas a su cargo y cientos de millones de personas como sus esclavos. Serían los caciques de toda la conexión a internet del planeta. Venderían esa conexión a distintos países a un precio elevadísimo. Ellos serían los dueños de lo que conocemos hoy en día como mundo moderno. Poco a poco se harían cargo de la información. Televisión y periódicos caerían ante ellos. Los gobiernos gastarían sus presupuestos anuales para poder obtener conexión a internet y poder seguir subsistiendo en aquel privatizado planeta. Tiranos. ¿Qué falta hacía eso? ¿Qué tipo de persona enferma con miles de millones en su cuenta bancaria necesita ser dueño del que sería el primer recurso necesario de la tierra? El petróleo caería como nunca antes lo había hecho. La

conexión a internet sería la principal fuente de riqueza en este planeta. Dios. Todo estaba mal. La había liado pero bien. Había sido partícipe de la mayor barbarie de la humanidad. Peor que Hiroshima. Peor que el puto Holocausto. Dentro de unos años esto causaría más muertes que cualquier guerra. Había ayudado a que miles de personas muriesen. Estaba ayudando a que miles de personas necesitadas dejasen de recibir ayuda de parte de sus gobiernos en un futuro, ya que estos invertirían todo lo que pudiesen en conexión a internet. Qué mal se sentía Albert en ese momento. Se ponía las manos en las sienes, un remolino de pensamientos desalentadores inundaban su saturado cerebro. Todo le daba vueltas mientras la locución seguía sonando, metiéndose en su cabeza. «Queda terminantemente prohibido el uso de cualquier aparato electrónico durante el lapso de veinte minutos».

¿Era él el culpable de todo aquello? A Albert se le nubló la vista y tuvo que sentarse un momento en unos sillones situados en el pasillo del hall del castillo. Sacó su móvil y lo apagó. No quería hacer eso, pero ya estaba hecho. No podía dar marcha atrás. Pensó en Marta. Y en Cristina. Y en John. Y en lo mal que se había portado con su amigo. En lo económicamente poco cuidado que lo tenía desde que lo ascendieron. En la de veces que había intentado sobrepasar el límite que separa la amistad del deseo con Cristina. De lo mal que se sentía en ese momento. Una nube negra se había colocado encima de él y no tenía pinta de moverse de allí.

La organización no tenía reparos en asesinar sin pudor a cualquier persona que se le interpusiera en su camino. Pero los familiares y amigos de los hermanos eran sagrados. Ellos conocían cualquier dato de cualquier hermano, ya sea de nivel nueve a nivel cuatro. Albert lo sabía porque era él el que llevaba la gestión de todo aquello. Albert sabía perfectamente cómo había entrado Paul allí. Sabía cabalmente que no estuvo preso por un asunto de drogas, y también sabía que no era el rey del narcotráfico en Nueva Jersey. Paul había entrado en la cárcel por maltrato. Había encontrado a su novia follándose a su mejor amigo en su cama. Le había dado una paliza a los dos y ella le había denunciado. Albert sabía que no era plato de buen gusto mostrar tu lado machista y maltratador a una persona que no conocías y que quedaba mucho mejor la historia de la droga para causar una impresión mayor a un hermano de nivel superior.

Albert miraba su móvil mientras este se apagaba. Alguien se sentó al lado de este mientras Albert viajaba mentalmente a distintos sitios, pensando si eso realmente era lo correcto.

—Buenos días.

—Buenos días, señor. —Allí, sentado en el mismo sofá que Albert, estaba el líder de todo aquello. El gerifalte. La imagen no pública de la orden. La voz del poder y la tiranía. El Heinrich Himmler del siglo XXI.

—¿Qué piensas?

—Estoy pensando en mi mujer. Hace días que no sé nada de ella. Tampoco sé nada de mis amigos. No me dejan contactar con ellos.

El hermano de nivel uno sacó de su túnica un teléfono móvil. Clicó un par de teclas y se lo acercó al oído. A partir de ahí Albert no entendió nada de lo que decía. No entendía ese idioma brusco y seco. El hermano de nivel uno colgó. Esperó unos diez segundos sin hablar, mientras que Albert miraba sin saber qué era lo que estaba haciendo. El teléfono del hermano sonó de nuevo y este pulsó de nuevo un par de teclas y se lo acercó al oído. Esperó. Se lo entregó a Albert que lo miraba sorprendido y sin saber qué decir. Albert cogió el teléfono y se lo puso en el oído.

—¿Sí?

—¿¡Albert!?

—¿Cariño? ¿Marta? ¡Dios mío! ¿Estás bien?

—¡Albert! ¿Dónde coño estás? ¡Me tenías preocupadísima!

—Marta. Cariño. ¿Estás bien?

—Sí… Sí…, estoy bien. Estoy en casa con Cristina.

—¿Te han hecho daño? ¿Os han hecho algo?

—No. Tranquilo. No nos han hecho nada. Solo ha sido un susto. ¡Eres un hijo de puta! ¡Sabía que esto no podía salir bien!

Albert miró al hermano de nivel uno e hizo el gesto de salir a la calle con el teléfono. El líder lo aprobó con un gesto e hizo que dos soldados de nivel ocho lo acompañaran para que no hablara más de la cuenta.

—Cariño. Perdóname. De verdad. Todo va a ir bien. Os secuestraron porque dudé un poco de si esto estaba bien o mal. Pero ahora lo tengo claro.

—¿Qué tienes claro, Albert? ¿Crees que estás haciendo las cosas bien? ¿Crees que esa organización está haciendo algún bien a la humanidad?

—Marta, ya te lo dije. Es mejor estar dentro que fuera. Seremos riquísimos. Viviremos como reyes.

—Eres estúpido, Albert. Estoy harta de esa puta frase, joder. ¿Qué falta te hacía a ti eso? ¿Crees que necesito muchísimo dinero para ser feliz contigo? Ahora mismo estoy muy asustada. Aturdida. Y nerviosa.

—Pero cariño.

—Mira, Albert. Al principio cuando me comentaste todo lo que había pasado, los desvíos de fondos, la propuesta que te hicieron para no entrar preso, me dijiste que qué necesidad tenían las grandes fortunas del mundo en ser mucho más ricas.

—Sí. Cierto. Te lo dije.

—¿Y tú? ¿Qué necesidad tienes de todo esto?

Albert se quedó pensativo. Era cierto. ¿Qué necesidad tenía de obtener más riqueza? Ganaba más de lo que podía gastar. ¿Qué necesidad tenía de desviar millones de euros a paraísos fiscales y de meter en problemas a su mujer y sus amigos? ¿Todo es por el dinero? ¡Maldita sea!

—¿Albert?

—Sí… Dime.

—¿Me estás escuchando?

—Sí. Perdona. Estoy un poco confuso. Pero es que, cariño, es mejor estar dentro que…

—¡Basta, Albert! ¡Basta ya! Y no estás asustado. Te conozco. Estás arrepentido. ¿Os dejan ver las noticias? ¿Sabes cuántos millones de muertos ha causado esto?

—No. Tampoco quiero saberlo. No ha sido culpa mía.

—¡Claro que no ha sido culpa tuya! Pero eres partícipe de todo esto, Albert. Me voy de casa. Me iré unos días con Cristina. Me llevo a Rufo. Realmente tengo que pensar. No sé por qué has cambiado tanto. Tengo que aclarar ideas. Tengo que saber si esto puede ser perdonable.

—Pero…

—Adiós, Albert.

La llamada terminó. Albert miraba al vacío mientras bajaba el teléfono y se lo apartaba de su oído. Estaba hundido. Las palabras de Marta acababan de llevarlo a lo más hondo de un pozo oscuro, húmedo y frío. Sacó fuerzas de donde no las había. Levantó su lastimada alma como pudo de su cieno interno. Aún podía arreglar esto. Podía solucionarlo. O paliar algo el desastre que se había formado. ¿Millones de muertos? ¿Por qué?

> Atención. Atención. En cinco minutos todos los aparatos electrónicos deben de estar apagados y depositados en la zona de seguridad. Cualquier hermano que sea visto con un aparato electrónico será castigado como viene estipulado en el contrato de la orden.
>
> Atención. Atención.

Ya estaba todo listo. Había llegado el momento. Era ahora o nunca. Se acercó a la puerta y el líder estaba allí. Esperándolo.

—¿Mejor ahora? —dijo este cuando Albert le devolvía el teléfono móvil.

—Sí. Gracias. —Albert esbozó una sonrisa forzada. De esas que no sientes y te duelen por dentro. Hacía días que no sonreía. No era el momento de hacer dudar al líder de que todo aquello le hacía sentirse arrepentido por lo que había hecho. No otra vez.

—Solo queremos lo mejor para los hermanos.

—Lo sé, muchas gracias.

El líder se quedó mirándolo. Fijamente. Sabía que algo pasaba. Salió al jardín y sacó su teléfono y marcó un par de teclas. Se lo acercó a la oreja y habló.

—Antwane. Todo está listo. Cinco minutos.

—De acuerdo, señor. Estamos revisando el algoritmo final por centésima vez.

—Pásame con mi hijo.

—Un momento.

—¿Padre?

—Espero que todo salga bien. Tenéis que dejarlo todo preparado lo antes posible.

—Está todo preparado, padre. Confíe en mí. Yo he creado este código.

—No me defraudes, Arturo.

—No lo haré, padre. Lo he hecho por usted.

Samuel colgó el teléfono. Se sentía pletórico. La idea de un mundo donde la enfermedad tecnológica quedase por debajo del diez por ciento y donde todos pudiesen disfrutar de una vida más tranquila era algo que Samuel siempre tuvo en la cabeza.

Un mundo donde las modernidades estén controladas.

Un mundo entero cuyo control lo ejerzan unos pocos.

Un mundo sin violencia.

Un mundo sin problemas.

Un mundo como antes.

Un mundo al estilo amish.

Capítulo XXX

Albert se acercó al salón. En el centro, justo delante de una chimenea donde encima de esta se encontraba la caja fuerte abierta, se podían ver cientos de teléfonos móviles, todos ellos dentro de una bolsa transparente de plástico con una etiqueta y el nombre del propietario impreso en ella. Se acercó por detrás, y saludó al hermano de nivel cinco que anotaba en una libreta cada uno de los nombres de los hermanos que dejaban sus móviles. En la entrada del salón, esperando a que la puerta abriese, una cola de unas diez personas esperaban para hacer lo mismo.

—¿Qué tal, Frank?

—Hola, Albert. Aquí, ¡emocionado! Ya mismo estará todo listo.

—Te quedan unos cuantos…

—Sí. Unos cuantos.

—¿Puedo colarme? —dijo Albert con una leve sonrisa—. Tengo que hacer unas cosas antes de la fijación de la antired.

—Sabes que no es posible, Albert.

—Va, Frank. Que hemos pasado mucho tú y yo.

Albert conoció a Frank el mismo día que entró en la orden. Frank se dedicaba a lo mismo que Albert, pero estaba en un nivel superior. Este era de nivel cinco y supervisaba todo lo que hacían los gestores de nivel seis. Frank había entrado en la orden casi por el mismo motivo que Albert. Llevaba unos dos meses encerrado por apropiarse de un furgón blindado de una empresa de transporte de dinero que él gestionaba.

—Albert, sabes cómo son las cosas. Tienes que esperar. Esto estará listo en menos de cinco minutos, de verdad.

—Vale —dijo Albert frunciendo el ceño.

Se dio la vuelta y se percató de que había una taza de café encima de la mesa, al lado de un montón de papeles y le dio un golpe con la mano. La taza se volcó derramando todo el café por encima de aquellos documentos.

—¡Joder!

—¡Albert! ¡Mira qué has liado!

—Disculpa, Frank. De veras. Estoy avergonzado. Deja que te ayude. —Albert se acercó a la mesa y al apoyarse tiró a propósito otro bloque de papeles al suelo.

—¡No! ¡Estate quieto! Ya lo recojo yo.

Frank se puso a reparar el desastre que había causado Albert, secando rápidamente el café de aquellos documentos mientras que soplaba las hojas para que el líquido se secase.

—La que has liado… Sal de aquí.

Frank estaba molesto. Mientras seguía moviendo los papeles para que el café no destrozara los documentos, un soldado de nivel ocho, fusil al hombro, se agachaba para recoger los otros folios que habían caído al suelo. Era el momento. Albert miró la caja fuerte y casi en una milésima de segundo cogió el primer móvil que pudo y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta sin que nadie se diese cuenta.

—Perdón de nuevo —dijo este al salir de allí dirigiéndose a la puerta. Cuando salió, Frank se dirigió a él.

—Albert. Espera.

A Albert se le paró el corazón. El temor le recorrió todo el cuerpo. El robo o sustracción de cualquier cosa dentro de la orden estaba penado con la muerte. Tal y como estaba estipulado en el contrato de confidencialidad de la orden. Se giró lentamente. Estaba esperando a que cuando se diese la vuelta el hermano de nivel ocho estuviese apuntándole con el fusil a punto de meterle una bala entre ceja y ceja.

No era así.

—¿Sí?

—Dile al próximo que entre.

—De acuerdo.

Salió por la puerta y esta se cerró tras él, y se dirigió a una chica de no más de veinte años, Olga. Era una hermana de nivel seis. Su abuelo, Sergey Kozlov, era uno de los hermanos de nivel cuatro más influyentes. Fue exiliado de Rusia hacía décadas por las políticas de Stalin contra los menonitas. Llevaba la gestión de la orden en España y Olga, a la que Albert conocía muy bien, había ayudado bastante a que todo aquello se llevase a cabo.

—Olga. ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana.

—¿Algún problema?

—¿Crees que estaría aquí si hubiese habido algún problema en el vuelo?

—No.

—Pues ya está. —Y Olga giró la cara y se quedó con los brazos cruzados mirando la puerta cerrada del salón.

Seguía enfadada. Olga y Albert se conocían de España desde hacía unos meses. Habían estado flirteando cuando se reunían por temas de la orden y se habían acostado un par de veces. A ella le gustaba Albert, pero este le había dicho que no quería nada serio con ella, que estaba enamorado de Marta y que lo que tenían entre ellos se tenía que acabar. Tuvieron una acalorada discusión pocos días antes de la salida, cuando se vieron en un hotel una tarde de miércoles.

—Olga, de verdad, esto tiene que acabar.

—No me decías eso anoche cuando estabas entre mis piernas jadeando mi nombre.

—Mira, lo siento. ¿De acuerdo?

—¿Sabes qué? Eres un mierdas. Estás aquí de rebote. Por ser un puto ladrón. Y te vas a acordar de esto.

Y tanto que se acordó. La muy zorra fue a contarles a los hermanos superiores lo de que estaba indeciso con participar en todo aquello. Esa chica no está muy bien de la cabeza. Pero por lo menos los dos polvos que le había echado le habían calmado los nervios al entrar en la orden.

—Frank dice que puedes pasar.

—Gracias, Albert —dijo esta sin ni siquiera mirarlo.

Albert se dirigió al lavabo. Con la mano izquierda tanteaba que aún tenía el plástico que contenía el móvil en el bolsillo. Entró en los servicios y cerró con pestillo. Sacó la tarjeta SIM de su móvil y rápidamente la cambió de teléfono, poniéndola en el que había robado y dejando el suyo con la otra. Con los móviles apagados se dirigió a la cola. Ya quedaban dos. Esperó menos de un minuto y tanteó la jugada con Frank. No debía dudar. Albert, no la cagues. Le tocó su turno. Se acercó a Frank que le miró con una cara algo más amable de la que tenía hace unos momentos y le pidió el móvil. Este lo abrió, miró el IMEI para comprobar en la lista que era el suyo y lo volvió a cerrar, metiéndolo en una funda de plástico con la etiqueta que mostraba: Albert Llach - Nivel 6.

—Firma aquí.

Albert hizo caso de inmediato y se despidió de nuevo de su superior con otras disculpas.

—Disculpa de nuevo, Frank —dijo este mientras le entregaba el documento donde había firmado.

Frank no levantó la mirada. Le hizo un gesto con la cabeza para que se marchara. Salió de nuevo del salón y la locución empezó a sonar cuando Frank pulsaba un botón en su portátil.

> Atención. Atención. Artículo 13.9 del contrato de confidencialidad de la orden. Cualquier rechazo, desaprobación, desobediencia, amenaza o insulto a un hermano de nivel superior será castigado con la muerte. Atención. Atención. A partir de este momento queda terminantemente prohibida la utilización de cualquier aparato electrónico. Cualquier uso que se le dé será castigado como especifica el apartado 13.9 del contrato de la orden.

Miedo. Albert sintió mucho miedo en aquel momento. En el contrato de confidencialidad esas palabras no sonaban tan aterradoras y amenazantes como escuchándolas por esa megafonía. Fue de nuevo al lavabo. Se encerró con pestillo y encendió el móvil. Mierda. Estaba en árabe. No entendía una mierda de lo que ponía allí. Puso el número secreto de su tarjeta y simplemente bajó el volumen hasta dejarlo en silencio y el móvil hizo una leve vibración.

Eran las ocho de la mañana. Todo el mundo se mantenía en silencio. Esos veinte minutos marcarían la historia de la humanidad. Veinte minutos para dar una última oportunidad a la humanidad. Albert quería no permitir eso. Sabía que todo estaba muy extendido. Que todos los algoritmos estaban implantados y que ya era muy

difícil salir de ahí. Todos los satélites estaban conectados. Los datos ya fluían por la red. Albert sacó su teléfono móvil. ¿Qué podía hacer? Allí sentado en el mismo banco donde había estado hablando con Samuel, veía a los hermanos pasar de un lado a otro en silencio. Sonó un pitido.

Iniciando. Acudan todos al patio y colóquense en fila por nivel. Tenéis dos minutos. Iniciando…

La locución informaba que había empezado la cuenta atrás. Se repetía en las distintas sedes de la orden alrededor del planeta. En unos veinte minutos estaría todo finalizado. Todos los hermanos salieron de la casa, y desde el nivel cinco al nivel nueve se fueron poniendo en fila. Los soldados de nivel ocho hicieron cuatro filas de unas treinta personas, ya que eran más de ciento ochenta soldados. Albert caminó junto a ellos, y se colocó justo detrás de Olga, que se situaba en la fila del nivel cinco. Cuando se dio cuenta se echó un poco para la derecha, alejándose de aquella arpía cuidadosamente y situándose al inicio de la fila. Ella se dio cuenta cuando se giró y lo observó evitándola cambiándose de sitio. «Mierda». Me ha visto. Se la quedó mirando. Él tenía el rostro amable, ella parecía que fuese capaz de arrancarle la garganta de un bocado. No parecía tan puta cuando ayudaba a Cristina en la galería. Albert miró para adelante e intentó disimular el nerviosismo. ¿Sería buena idea llamar a la policía y darles la localización? No. Bueno, si hay red, pueden triangular la señal de la llamada y localizar el castillo en menos de treinta segundos. Treinta segundos. Eso es lo que Albert necesitaba. Poco a poco todos los hermanos se agruparon en el jardín y uno de ellos de nivel cuatro revisó que cada uno de ellos estuviese allí. Sacó su teléfono móvil y llamó a alguien. Albert sabía a quien estaba llamando. Conocía todo los movimientos que debían hacer. Ese alguien era Antwane. Seguía en aquel local de Nueva York dispuesto a obedecer las órdenes de los superiores. Solo tenía que clicar una tecla. Aceptar la operación y todo empezaría a funcionar. Con veinte minutos era suficiente.

El teléfono de Antwane empezó a sonar mientras hablaba con Arturo. Este estaba encantado con lo que se estaba haciendo. No le gustaba la idea de las muertes que había habido por aquello. Pero tampoco pensaba en ello. Eran el precio a pagar para poder volver a sus orígenes. A su modo de vida, pero con más poder y con tecnología. Con modernidades. Pero controladas. Un mundo al alcance de pocos.

Arturo recibió hace unos meses una agradable sorpresa. Iba tranquilamente de camino a casa después de un día en True Love, cuando de repente un Sedán negro con los cristales tintados se paró cerca de él. Se abrió la ventana de este y lo que vio allí dentro lo dejó perplejo. Era su padre, Samuel, después de años sin verle. Estaba igual, excepto por la barba blanca que ahora llevaba mucho más larga.

—¿Padre? ¿Es usted?

—Hola, Arturo. Sube.

Arturo subió de inmediato. No sabía quién conducía, y ni se fijó. Tampoco le importaba, ni le impactó ver a su padre montado en un vehículo a motor. Simplemente se abrazó a él, quien le devolvió el cariñoso gesto manteniéndose junto a este durante unos segundos.

—Cuánto tiempo, padre.

—Mucho, hijo.

—Respeté su decisión de que no volviera a casa.

—Lo sé, siempre has sido un buen hijo. Gracias por venir a vernos de vez en cuando. Te veía aparcar en la cuneta y observar la granja.

Arturo no contestó.

—¿Qué le trae por aquí, padre?

—Arturo. Se me hizo muy difícil cuando te fuiste. Pero tuve que aceptarlo. Sé que me respetas. Y ahora te perdono. Te perdono que nos hayas abandonado durante todo este tiempo.

A Arturo se le saltaron las lágrimas cuando el coche empezó a moverse.

—Le doy las gracias, padre.

—Hay algo que quiero contarte. Me enfadé tanto cuando te fuiste… Muchísimo, no lo sabes bien. A ver… Sé que es difícil de comprender. Pero te fuiste tan pronto… Antes de saber nada. Antes de que pudieses comprender todo lo que pasaría. Ahora te va a costar entenderlo, pero sé que eres un buen chico y que obedecerás las órdenes que tu padre te dé, igual que han hecho el resto de tus hermanos.

Samuel empezó a contarle el plan que quería llevar a cabo. La orden, todos los hermanos que estaban implicados. Los científicos, los ingenieros, los abogados, jueces y fiscales. Los grandes magnates de los negocios, los banqueros más influyentes. El por qué de todo aquello.

—Mira hijo, cuando te fuiste me planteé ir a buscarte. Pero sabía que no aceptarías volver a casa. Sabía que no entenderías todo esto. Estabas dispuesto a abandonar a tu familia por el simple hecho de conocer gente nueva. Ahora ya lo tienes todo. Ahora es hora de volver a los orígenes. De ser lo que siempre eras. De que todo el mundo viva en una comunidad de armonía y de felicidad sin los problemas que este mundo enfermo está causando a la sociedad.

Por supuesto, Arturo no sabía que todo esto sería para ya. Y tampoco se imaginaba que causaría tantos daños, tantos problemas y tantas muertes. Tampoco su padre le contó que después de la caída las grandes fortunas de este planeta se lucrarían con ello y comercializarían con conexión a internet. Venderían conexión como si de una bolsa de tomates se tratase. Una bolsa de tomates realmente necesaria y excesivamente cara.

—Hijo. Quiero que lo hagas. Quiero que seas de los nuestros.

—De acuerdo padre. Lo haré. —A Samuel le costó veinte minutos y muchas contestaciones a preguntas rebuscadas dando vueltas en aquel Sedán para convencer a su hijo, que por el respeto y miedo a su padre haría lo que fuese necesario.

—Bien. Mañana a la misma hora pasaré por aquí. Y te explicaré cuál es tu misión. Es fácil, créeme. Después de que leí que eras uno de los programadores más influyentes del mundo, esto te resultará pan comido.

—De acuerdo.

—Antes de irte. Necesito que me firmes esto. Es un contrato de confidencialidad. No podemos dejar esto sin firmar Arturo.

—Pero ¿desconfía de mí, padre?

—Me aseguro de todo.

Arturo firmó sin ni siquiera mirar el contrato y salió de ese coche.

—Hasta mañana, padre.

—Descansa, Arturo.

Antwane atendió la llamada.

—Dígame.

—Es la hora.

—De acuerdo.

Colgó. Antwane marcó un par de teclas en el ordenador y pulsó aceptar bajo la atenta mirada supervisora de Arturo. Justo después miró el reloj.

—08:02:17. Hora de la nueva orden mundial. Dijiste dos minutos.

—Tú dijiste cuatro —contestó Arturo.

Salieron a la puerta de la calle, como habían planeado. Un juego para calmar los nervios de aquellos días. En la calle no había nadie. Estaba desolado. Ni un coche en movimiento ni un alma. Nada. Ni el viento de octubre movía los árboles en esa calle. Una quietud inmensa inundaba Nueva York en ese momento, como si fuese el comienzo de algo grande, de algo inmenso. Arturo se había apostado una cena con Antwane a que la gente empezaría a salir a la calle y a sonreír en menos de dos minutos, mientras que Antwane dijo que serían más de dos pero menos de cuatro.

—08:03:37 Arturo.

—Calla.

Esperaron. No se veía nadie aún. Antwane sacó un cigarro y lo encendió, ofreciéndole uno a Arturo.

—Idiota. Deberías dejarlo. Eso te deja un sabor horrible.

Arturo miró el reloj, 08:04:27.

—Mierda.

—¡Bien! Ahora verás como gano —dijo Antwane mientras le pasaba el brazo por encima del hombro y señalaba con la mano del cigarrillo hacia una dirección—. Verás. 08:05:17.

Empezó a salir gente. La calle se empezó a llenar de personas. La gente sonreía con cara de alivio después haber pasado lo que ellos denominaban un infierno.

—¡Y gané! ¡Me debes una cena, Arturo!

—Lo sé.
Antwane se acercó a Arturo un poco más y lo besó en los labios.
—Te he dicho que odio el sabor del tabaco. Déjalo de una vez.
—Cuando me ganes alguna vez a algún juego, cariño.

Capítulo XXXI

El agente que acompañaba a Leandro y a Vidal mientras retenían a John lo tenía todo preparado. El pequeño aparato que hacía de altavoz conectado al teléfono de John parpadeaba con una luz verde. El aparato estaba dando señal y empezó a sonar, John se acercó un poco más, quedándose a escasos centímetros de él. Un tono. Dos tonos.

A seis mil kilómetros de aquella comisaría en Barcelona, el teléfono de Albert empezó a vibrar. No era lo que esperaba. ¿Quién sería? No se atrevía a sacar el teléfono del bolsillo. Podrían matarlo allí mismo. No tenían reparo en hacerlo con otras personas, él no sería una excepción. Él también era un número. Todos estaban en silencio. Un cartel digital de led colocado encima de la entrada principal informaba a todos los hermanos de que debían mantener silencio y quietud durante el tiempo en que la antired quedase fija. Albert miró para su izquierda. Él era el último de la fila. No se escuchaba ni una tos. Nada. Una suave brisa rompía el silencio mientras todos miraban hacia delante con rostro reservado y acatando las normas de sus hermanos superiores. El teléfono seguía vibrándole en el bolsillo del pantalón. Mierda. ¿Qué puedo hacer? Veía a Frank a lo lejos. A Olga un poco más cerca. Giró la vista y observó muy atrás a Paul, que aguardaba fusil en mano, con la vista al frente a que los hermanos del nivel superior lo dejasen seguir a sus labores. El móvil seguía vibrando. Estaba muy tenso. Las personas de su alrededor parecía que ni respirasen. Una tos seca sonó al lado de él cuando Albert se asustó. Estaba totalmente neurótico, una gota de sudor le recorrió la sien, llegándole al pómulo y sintiendo el sabor salado del sudor. El móvil paró de vibrar durante unos segundos y empezó a vibrar de nuevo. Pensó que si descolgaba el teléfono podían localizarlo por satélite, y que si John seguía en la comisaría seguramente lo tenían retenido hasta dar con su paradero. Metió la mano en el bolsillo y abrió la tapa del móvil. Localizó a tientas el botón de descolgar y rezó para que fuese ese el que pulsó. El móvil dejó de sonar. Con mucho disimulo sacó el teléfono del bolsillo y se percató que el prefijo era de España. Y el número el de John. Sintió algo de paz aderezada con toques de miedo. Habían pasado unos veinte segundos. Albert sabía que necesitaban treinta para poder localizar la llamada. Todo eso y mucha más información para ayudar a la causa venía incluida en un manual de buena conducta que entregaban a los hermanos de nivel seis para arriba con la firma del contrato de confidencialidad. Treinta segundos. Todo estaba en silencio. Todo menos el teléfono de Albert, que por el altavoz sonaba una suave voz, apenas reconocible, que gritaba su nombre. Albert se agachó, tenía intención de hacer que se anudaba los cordones de los zapatos para poder hablar con John. Solo podría oírle. No podía hablarle. No arriesgaría su vida por ello. Echó las

manos a los cordones no antes de esconder el teléfono abierto dentro de su americana. Un hermano de nivel cuatro se giró y lo que vio fue a un subordinado atándose los cordones de los zapatos. Albert se percató y cuando su superior dejó de mirarle cogió el teléfono disimuladamente y se lo colocó en la oreja.

—Albert Llach. Te hemos localizado. Los SWAT se dirigen hacia San Simeón. Si estás con nosotros no resultarás herido. La CIA y el FBI ya están avisados y van de camino.

—Aquí no hay nada que hacer —dijo con una voz suave.

—¡Albert! ¡Soy John! Por favor, ayúdanos.

Olga se enteró. La voz de Albert no había sido demasiado suave. Se giró. Horrorizada.

—¡Está hablando por teléfono! —gritó la chica mientras señalaba a Albert que seguía de cuclillas aguantando el teléfono con la cabeza en su hombro y haciendo como que se ataba los cordones. Era el fin. Su fin. Se levantó. Lentamente. Levantó las manos. En la derecha tenía el teléfono, que seguía retransmitiendo señal. Todo el mundo le miraba y se echó para atrás alejándose de la multitud. Paso a paso. Samuel le miraba desde lejos. Señalándole con el dedo.

—Quieto, Llach. Deja eso en el suelo.

—Yo ya estoy muerto —dijo Albert acercándose el teléfono al oído.

—Cuelga ese teléfono, ¡ahora mismo!

—Lo siento —decía Albert a su amigo John—. Lo siento por todo, John. Dile a Marta que la amo.

—¡Mátenle!

Los soldados de nivel ocho cargaron sus armas y apuntaron a Albert. Mientras que este, con la mirada perdida comentó rápidamente:

—Smith Street número 124. Red Hook, Nueva York. Rápido. Tenéis veinte minutos.

Casi no pudo acabar la frase. Decenas de impactos de bala le atravesaron el pecho, las piernas, abdomen y cabeza. Decenas llegó a sentir antes de caer al suelo. Lo último que pensó fue en su esposa, en ese maravilloso y hermoso rostro. A ellos dos, abrazados en el sofá mientras veían una película. Solo quería eso en ese momento. A él no le hacía falta nada más. Ese era su fin, pero esperaba que no fuese el de toda la humanidad. Aún hay esperanzas en este mundo egoísta. Él ya estaba muerto.

Capítulo XXXII

En el despacho de Vidal todo se movía muy deprisa. John miraba el móvil pensando en lo horrible que había sido esa última llamada. Albert estaba muerto. Quiso arreglarlo todo en el último momento y ahora lo habían matado. Maldita suerte. Al final no le sirvió de nada tanta avaricia y tanta ansia de poder. Leonardo Hierro hablaba en un mediocre inglés con un tal Bruce Donovan, que por lo que podía oír era el director de la CIA. No habían pasado ni diez segundos desde que la llamada de Albert finalizara y aquello era un caos.

—Bruce. Soy Leandro de nuevo. Albert Llach nos ha dado otra dirección. Smith Street número 124. En el barrio Red Hook, Nueva York. Creo que aquí es donde nace todo. Albert nos ha informado que en San Simeón no hay nada que hacer.

—Un equipo de SWAT se dirige hacia allí en estos momentos. ¿Crees que puede ser una trampa?

—No creo, Bruce. Albert Llach ha muerto. Por lo que ha sonado en la llamada parece que le han acribillado a balazos.

A John aquellas palabras le sentaron como una puñalada en el estómago y empezó a llorar. Acribillado a balazos. No pensaba que eso acabara así. Su amigo. El que le había dado todo y enseñado todo lo que ahora mismo sabía se había ido. Después de todo lo que había pasado, de los desvíos de fondos, de las falsificaciones de firma, de pagarle menos de lo que debería, de los repetidos acosos a Cristina, a pesar de todo eso, lo había perdonado. Era su amigo. Y él siempre buscaba lo mejor para ellos.

—John —dijo Vidal—. Ya está todo. No puedes hacer nada más. Vete a casa. Llama a tu novia —le dijo mientras él entregaba su móvil—. Descansa. Toma tu móvil y algo de dinero para el taxi. Y toma mi número. Llámame si necesitas algo y mantente disponible. Tendremos que preguntarte un par de cosas sobre esas empresas que había creado Albert a vuestro nombre.

—De acuerdo. Gracias, inspector.

—Gracias a ti, John.

El británico salió de la comisaría. Con paso firme y rápido se dirigió a la parada de taxis más cercana. Hace unos días aquello estaría repleto de coches dispuestos a ofrecer sus servicios, pero hoy, a esa hora de la tarde, y con todo lo que había pasado, solo había dos valientes esperando. John se subió al primero e indicó al taxista la dirección de su casa. Antes de entrar al coche sacó su teléfono móvil y marcó el número de Cristina.

—Cristina.

—John. Por fin. ¿Vienes para casa?

—Sí. Quince minutos.

—De acuerdo. Está aquí Marta. Ha dejado a Albert.

—Cristina, Albert ha caído.

—¿Qué?

—Sí.

—¿Qué ha pasado? ¡Oh, Dios!

—Lo han matado en la orden. Intentó salvarse a sí mismo intentando ayudar a la humanidad. Pero eso ya nos lo imaginábamos… —John miraba por la ventana del taxi. La ciudad estaba vacía, todo estaba muerto—. Cristina, habla con Marta. Comunícaselo de la forma más humana posible.

—De acuerdo. Te veo ahora —dijo Cristina, mientras se secaba una lágrima que le salía de sus preciosos ojos verdes.

Frío y observador, John calculaba las posibilidades de victoria mientras entraba en el vehículo. Este se puso en marcha. No eran muchas. Hasta el momento había salido todo bien. Albert había hablado. Y como era lógico, le habían matado. Ahora solo quedaba una cosa: finalizar él el proceso de la antired. Lo tenía que hacer él. Arturo y Antwane seguramente ya no estarían disponibles. Siempre tiene que haber un plan B para estos casos. Sacó su móvil y marcó una serie de números.

—Soy John.

—Esto ha fallado. Ya sabes lo que hay que hacer.

—De acuerdo.

—La antired tiene que estar lista en media hora. Si se enteran que esto puede ser detenido estará todo perdido.

—Tranquilo. Voy a casa.

Capítulo XXXIII

Samuel seguía ordenando a todos los hermanos que quemaran las pruebas. Una gran hoguera en el centro del enorme patio de aquel castillo ardía mientras los soldados de nivel ocho que no hacían guardia en la entrada quemaban miles y miles de documentos allí. La mayoría de hermanos ya habían salido de la enorme fortaleza y habían cogido sus aviones privados dispuestos a perderse por un tiempo. Algunos de ellos, las personas más influyentes del planeta, al día siguiente estaban llamados para reuniones y conferencias. Tenían que parecer normales delante del caos que reinaba en todo el mundo. Los hermanos de nivel dos pasaban más inadvertidos. A ellos no los conocían tanto, y podían irse a casa tranquilamente sin necesidad de dar explicaciones. Estos últimos se disponían a salir del aeropuerto privado que disponía el castillo mientras Samuel seguía dando órdenes.

—¡Quemadlo todo! ¡Que no quede nada de nuestro paso por aquí!

Al cabo de unos minutos no quedaba rastro de nadie. Salvo los soldados de nivel ocho que Samuel había escogido personalmente para ser sus escoltas. El mandamás se acercó al cuerpo sin vida de Albert.

—Maldito bastardo —se agacho cerca de él—. ¡Te di otra oportunidad! Esto te lo has buscado tú. Tenía que haber hecho caso a John y saber que nos ibas a traicionar —le escupió en la cara y ordenó a sus súbditos que arrojaran el cuerpo a la hoguera. Samuel se montó en la parte trasera de un enorme todoterreno negro y esperó a que los guardaespaldas se montaran. El coche arrancó y salió de aquel castillo dejando atrás una inmensa hoguera ardiendo y una humareda que se levantaba metros hacia el cielo despejado.

En Smith Street aparecieron de golpe decenas de furgones de los SWAT. Arturo y Antwane estaban avisados. Sabían que Albert Llach había hablado y que la policía estaría llegando a la zona. Pistola en mano y furgones de policía sonando a lo lejos salieron a defenderse de las autoridades.

—Antwane. Si esto sale bien. Prometo contarle lo nuestro a mi padre.

—Me gustaría ver eso —sonrió Antwane.

Se acercaron y se besaron. Agazapados detrás de un taxi, empezaron a disparar sin control a los furgones, de los que salieron decenas de agentes, habían dejado la barra de progreso de la antired al noventa por ciento y en unos diez minutos estaría todo listo. Los agentes eran más, muchos más. Poco tardó el ambiente en cargarse de balas perdidas. De impactos contra el acero de los coches. De cristales partidos por el suelo. De sangre derramada por el asfalto. De llantos. De pena. De una pareja de enamorados abrazados en el suelo muriendo con el cuerpo lleno de plomo.

Los agentes entraron rápidamente en el local. Escoltaron a los informáticos hacia dentro y le metieron mucha presión para parar todo aquello.

—Está encriptado. Y quedan menos de tres minutos —dijo uno de ellos.

—¡Detén esto de una maldita vez!

El informático conectó su portátil al de Antwane, intentó *hackear* la contraseña para detener la antired, pero su programa le daba un tiempo máximo de diez minutos.

—Me pide diez minutos, no llegaremos —decía un joven informático asiático.

—¡Tenéis que ir rápido!

Ocho informáticos estaban alrededor del ordenador de Antwane con los ojos puestos en sus portátiles y dispositivos móviles. La barra de progreso que se veía encima de la contraseña que requería el ordenador para modificar los datos estaba llegando al final. Noventa y nueve por ciento.

—¡Vamos, joder, daos prisa! —Los SWAT gritaban a los oídos de aquellos jóvenes informáticos.

Quedaban menos de un minuto para la finalización mientras que los informáticos trasteaban sin suerte los dispositivos.

—¡No podemos hacer nada! —Noventa y nueve por ciento.

—No podemos esperar. ¡Aparta! —dijo uno de los SWAT.

El agente al mando apartó al joven informático, se acercó al portátil y le quitó la batería.

—Esperemos que esto sirva.

—¿Crees que algo tan serio se puede solucionar quitándole la batería a un portátil?

—Por el bien de todos, espero que sí.

Capítulo XXXIV

John llegó a su destino. Pagó en efectivo con el dinero que le había prestado Vidal y salió del taxi. Llamó al piso para que Cristina le abriese. «Soy yo, abre». La cerradura de la puerta metálica emitió un zumbido y John la empujó entrando en el bloque. Se sentía cansado. Mareado. Incluso con ganas de vomitar. Todos esos movimientos, todas esas muertes y malas acciones. Todo eso le revolvía el estómago. Ahí, de pie en la galería de la entrada de su piso, se miró en el enorme espejo que recorría todo el pasillo hasta llegar a las escaleras y al ascensor. Se quedó allí. Simplemente mirándose en el cristal. Callado. Recordando todo lo que había pasado en aquellos últimos días. Albert había muerto. Seguramente Arturo y Antwane también. Si los SWAT habían llegado a San Simeón, habrían matado también a Samuel. Dios. Samuel. ¿Cuántos soldados habrían caído? ¿Cuántos hermanos de niveles inferiores habrían muerto? Todo eso se les estaba yendo de las manos. Todo iba demasiado mal como para acabar con éxito. Salió de su ensimismamiento al darse cuenta que aún tenía que intentar finalizar el proceso de la antired. De un salto, dejó de mirarse en el espejo y corrió dirección al ascensor. Pulsó la tecla dos veces. Esperó hasta que el ascensor que estaba en el piso de arriba llegó al suyo. Se metió dentro y pulsó la tecla número cinco.

Al abrir el ascensor en la quinta planta, Cristina le esperaba en la puerta.

—¡John!

—Hola, cariño.

Los dos se abrazaron y se besaron lentamente, hasta que el británico se percató que aún había trabajo para hacer.

—Cariño, hace casi un día que no como nada. ¿Te importa prepararme algo mientras me doy una ducha?

—Por supuesto, John.

—¿Cómo está Marta?

—Fatal. Imagínate.

—¿Qué le has dicho de mí?

—Ella no sabía que estabas en Estados Unidos, así que me he inventado una historia en la que tú y yo habíamos discutido y te habías ido unos días a un hotel. Le he contado que te he dicho que esperaras un tiempo antes de venir, que esperaras a que esto se calmara un poco porque estaba preocupada de que te pasara algo al venir a casa.

—Bien hecho, mi vida —dijo John antes de besarla en la frente.

—Gracias, mi amor.

—Voy a ver a Marta. Ya sabes, sígueme la corriente.

Cristina afirmó con un ligero movimiento de cabeza y John entró en el piso. Un largo pasillo daba al salón. En él, una joven mujer lloraba desconsolada la muerte de su marido.

—Marta.

—¡John!

Marta y John se abrazaron. Ella lamentaba la suerte que había tenido su marido. Lloraba sin cesar y maldecía el egoísmo de este.

—Todo esto por dinero, John…

—Ya no podemos hacer nada.

—Le han matado. Hay que denunciar esto.

—No. No podemos hacerlo aún, Marta. No sabemos quien hay detrás de todo esto. Las comisarías están a rebosar. No tienen tiempo. Es más, por lo que he oído, la CIA ya ha estado allí. El FBI se está encargando de lo sucedido.

—¿Pero por qué lo han matado? —preguntaba la viuda con sollozos.

—Creo que quiso hacer lo posible para detener todo esto. No sé qué motivó a Albert a meterse en esos planes.

—Sí lo sabes, John.

—Sé lo que me han dicho en comisaría.

—¿Qué te han dicho en comisaría?

—Que Albert estaba en problemas. Había desviado mucho dinero a cuentas en el extranjero —dijo el británico mientras Cristina le miraba desde lejos sorprendida—. Y que nosotros éramos cómplices de aquello.

Marta se quedó callada.

—Cuéntame, por favor Marta. Sé que sabes más. Albert era mi amigo, pero esto me incumbe demasiado.

—Verás. Sabes que Albert era muy buena persona. Pero eso del mandato y el poder se le había subido un poco a la cabeza. No estábamos realmente bien. Una mañana me desperté y le comenté que no quería seguir con él. Tanto trabajo. Tantos problemas. No lo veía como la persona que me enamoró. Trabajaba mucho, y yo estaba mucho tiempo sola. Él me dijo que todo iba a cambiar. Que dentro de poco nos iríamos lejos de allí. Tendría mucho dinero ahorrado y nos tomaríamos un año sabático para nosotros mismos. Yo esperé. Lo quería muchísimo. Por eso esperé — Marta esperó un momento. Unos segundos y se echó a llorar.

—Tranquila, Marta.

—Yo lo quería, John. Pero aquella noche cambié mi opinión de nuevo.

—¿Qué pasó? —dijo John mientras Cristina se sentaba al lado de él y le dejaba un sándwich en la mesa.

—Me contó, de una manera brusca, que había desviado millones de euros a unas cuentas suizas. Que no había manera de que lo cogieran. Que dentro de unos días estaríamos viajando a Cuba y que estaríamos allí por una larga temporada. Yo

rechacé la oferta. No quería estar involucrada en eso. Me dijo que lo sentía. Que realmente lo había hecho por nosotros, que quería que todo fuese como antes. Me dijo que él tenía que marcharse, ya que el daño estaba hecho y que vendrían por él, así que me pidió, por favor, que le acompañase. No sé por qué, pero acepté. No dije nada a la policía. No hablé. Simplemente esperé esos días. Hasta que desapareció.

John y Cristina observaban el panorama y escuchaban la historia de Marta.

—Dos días después de desaparecer, recibí una llamada. Era el día de la caída. Todo era un caos. Veía por las noticias las muertes, la anarquía que reinaba en las calles, y llevaba muchas horas sin saber nada de él. Creía que se había marchado. Que me había abandonado. Albert me llamó desde Estados Unidos. Me contó que alguien de la empresa había hablado y que una persona le ofreció la posibilidad de no entrar en la cárcel a cambio de un trato.

—¿Qué tipo de trato? —preguntó Cristina.

—Me dijo que había una organización, una especie de orden mundial, algo que me estremeció, siendo sincera. Me daba mucho miedo. Me dijo que esta orden quería hacerse con el control de la población mundial. Cada palabra que soltaba Albert por la boca parecía salir del argumento de una película de ciencia ficción.

—Si era algo tan peligroso e importante ¿cómo que Albert te llamaba y te lo explicaba? —preguntó de nuevo Cristina.

—Fue el mismo día del anuncio en televisión. Albert dudaba. Dudaba mucho. Tenía miedo. Él siempre me decía las veces que me llamaba que era mejor estar dentro que fuera de todo aquello. Ser uno de los que mandaban y no de los que obedecían. Yo acabé aceptándolo. Ya sabéis como es Albert de persuasivo.

—¿Y qué pasó con los millones en el banco?

—No lo sé. Solo sé que tú, Cristina y yo misma estamos implicados en el asunto.

—¿Cómo? —exclamó Cristina.

—Yo me he enterado hoy mismo, cariño —dijo John poniéndole la mano en la cadera y mirándola a los ojos con un gesto tranquilizador.

—Albert había pasado el dinero desviándolo por distintas empresas, creadas por él mismo, y como gerentes de estas estábamos nosotros.

—¿Por qué hizo eso? —Cristina se levantó del asiento.

—¿La verdad? No lo sé. ¿Dinero? ¿Poder? Ya sabéis como es Albert con el dinero… Como… Como era… —Marta se echó a llorar de nuevo y Rufo se acercó a ella para que lo acariciara.

—Marta, dejemos esto por un momento. Tómate un descanso. Duerme un rato. Ven. Acompáñame a la habitación —dijo Cristina cogiéndola de la mano.

Cristina acompañó a Marta a la habitación. La dejó tendida en la cama y le dio un beso en la frente.

—Estás muy cansada. Descansa un rato.

Cristina salió de la habitación cerrando la puerta lentamente.

—¿Qué vamos a hacer? Todo se ha liado —dijo Cristina susurrando a John.

—Tranquila. Tráeme el portátil. Date prisa.

John dio un bocado a su sándwich y se sentó de nuevo en el sofá. Cristina le acercó el portátil y lo encendió.

—Esperemos que nos dé tiempo.

John clicó en una carpeta que había en el escritorio. Dentro de esta clicó en una aplicación. En la pantalla del portátil se abrió una ventana. Introducir contraseña. John tecleó rápidamente los siete caracteres de esta.

—Me encanta esa contraseña —dijo Cristina con una sonrisa.

—Seis, cuatro, siete, cero, cero, cero, cero.

—Seis millones, cuatrocientos setenta mil —dijo Cristina.

—Seis millones, cuatrocientos setenta mil euros. Para nosotros solos —dijo John mientras se acercaba a su novia y la besaba en los labios.

Capítulo XXXV

Samuel iba sentado detrás de aquel enorme todoterreno blindado. Dos coches más, uno por delante y otro por detrás lo escoltaban hasta una pequeña localidad al norte de California. Allí aguardaría hasta que todo estuviese resuelto. Sacó su teléfono móvil y marcó un número:

—John, mi hijo y Antwane han caído.

—Me lo imaginaba, Samuel. Lo siento mucho, de veras. Eran realmente mis dos únicos amigos.

—Gracias. Estás con la implantación, ¿verdad? ¿Qué queda?

—Sí. Menos de dos minutos.

—Esperemos que esto salga bien. —Samuel quedó pensativo, recordando todo lo que había pasado y lo que tenía que venir—. Ah, y John, disculpa por el malentendido con Aarón, él no debería haberte recogido en el aeropuerto. Créeme que será sancionado. Pero ¿por qué escapaste?

—Me drogó, no recuerdo mucho más. No sabía quién era. Cuando desperté en el avión no recordaba nada, Samuel. Cuando me levanté en la cama de aquella mansión tuve una especie de crisis, no sabía quién era ni quién me estaba reteniendo. Cuando logré escapar poco a poco fui recobrando la memoria y me dirigí al punto de extracción más cercano.

—Bien pensado. Aarón no se fiaba de ti, por eso fue también contigo en el jet. Él no sabía que el SF200X te iba a causar lagunas y aturdimiento.

—Quiero que sepas una cosa. Cuando acabe esto no quiero saber nada más de la orden. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, John. Y oye, no me imagino cómo has podido salir de la comisaría así de fácil. Pero has hecho tu mejor papel.

—Siempre se me dio bien el teatro, ya te lo dije.

Samuel colgó la llamada. Satisfecho con el trabajo del as que tenía guardado en la manga.

Desde la fundación de los amish, en el siglo XVIII, los inmigrantes alemanes, suizos y de otros países europeos repartidos en Canadá, Estados Unidos, México, Bolivia, Paraguay, Argentina e Irlanda, habían soñado siempre con la naturalidad de las cosas. Cuando la tecnología se fue adentrando en nuestro día a día, aún cuando esta no era del alcance de todos, los amish, empezaron a pensar que había que hacer algo para reducir el impacto que estaba causando esta nueva modernidad en sus respectivos

países.

Había veintidós asentamientos amish ubicados principalmente en Estados Unidos y en Ontario, Canadá. El más amplio de todos estos era el que había en Ohio. Después el de Pensilvania. El abuelo de Samuel fue el líder del asentamiento en Lancaster, y la lucha que llevó siempre contra las presiones de la sociedad moderna hicieron que su hijo Bernard, el padre de Samuel, siguiera los pasos de su progenitor y comenzara ahí una lucha férrea contra las modernidades del mundo actual. Bernard tenía seis hijos, pero el más influyente, el más duro y listo era Samuel. Él tenía la misma ira acumulada y el mismo rencor a lo moderno que su padre. Sus hermanos eran más pacíficos y no le daban tanta importancia a los cambios que por aquel tiempo se estaban realizando.

Así que un día se lo llevó a la ciudad. Ahí comenzó todo. Su inmenso odio hacia las tecnologías y modernidades se fue incrementando diariamente. Odiaba como la gente no hablaba entre ellas y ni siquiera se saludaban cuando pasaban por al lado. Cuando Bernard murió, este le dijo que necesitaba que hiciese algo por la comunidad. Samuel tenía mucho respeto a su padre, el mismo que tenía Arturo por él.

—Hijo, no dejes que nada corrompa la serenidad de nuestro asentamiento. No dejes que nuestra población enferme a causa de las modernidades externas. Haz lo que sea necesario.

A Samuel las palabras de su padre le calaron hondo y sabía que no podía defraudarlo, nunca podía hacer algo incorrecto a los ojos de su progenitor. Samuel, años después de la muerte de su padre, comenzó a viajar muy de vez en cuando a la ciudad a presidir conferencias donde la mayoría de asentamientos de América del norte y nuevos adeptos se presentaban para observarlo y adorarlo como si de un verdadero Dios se tratase. Todo el mundo le respetaba, temía y quería al mismo tiempo.

En una de esas conferencias, Samuel conoció a un grupo de empresarios que querían hablar con él. Un amigo de ellos quería conocerle en persona ya que era un fiel seguidor de sus enseñanzas. Él dijo que cualquier persona podía conocerlo si se acercaba una semana a sus conferencias. Esas personas le dijeron que su colega, cuyo nombre no pudieron decirle, no podía venir a Nueva York, era mundialmente conocido y una de las personas más influyentes, poderosas e importantes de todo el mundo. Samuel aceptó con curiosidad, y al día siguiente quedó con esa persona en un parque a las afueras de Nueva York.

Se sentó en un banco cerca del Castillo Belvedere, un auténtico castillo de estilo victoriano diseñado en 1885, que actualmente es la sede del observatorio meteorológico de Nueva York. Allí esperó unos cinco minutos sentado cerca del Great Lawn and Turtle Pond, un lago justo debajo del castillo. Ensimismado con aquellas maravillosas vistas, una persona se le acercó por detrás.

—Muy buenos días, señor Flickinger.

Samuel se dio la vuelta, y se encontró con una persona, de unos cincuenta años,

vestido de traje oscuro con corbata negra y camisa blanca. Samuel, siempre seguro, se levantó y estrechó la mano de su acompañante.

—Muy buenos días, ¿señor?

—Rothschild. Jacob Rothschild —dijo su acompañante.

¿Jacob Rothschild? ¿De la Familia Rothschild?, pensó Samuel. No podía ser. ¿Una persona de las más poderosas del mundo un fiel admirador mío?

Jacob Rothschild. Un banquero inglés miembro de la prominente Rothschild Bank. Era hijo de la familia Rothschild. Una familia europea judía alemana que estableció la banca europea y las casas financieras a partir de finales del siglo XVIII. Su familia, dueña de la popular cita: «Denme el control sobre la moneda de una nación, y no tendré que preocuparme por aquellos que hacen las leyes», se había hecho inmensamente rica, pero no era una persona de las que salieran por la tele. Decían que solo había nueve países en los que no hubiese un banco propiedad de esta familia. Rusia, China, Islandia, Cuba, Siria, Irán, Venezuela, Corea del Norte y Hungría. Curiosamente, países con los que Estados Unidos siempre está en guerra.

—Es usted… —Samuel pensó si realmente quería preguntar eso—. ¿De la familia Rothschild?

—Efectivamente.

—Siéntese, por favor —Samuel indicó a Jacob que se sentase en el banco, pasmado por tener delante de él a alguien como Jacob Rothschild—. Explíqueme, ¿a qué debo este honor?

—¿Honor? —Jacob soltó una carcajada—. Honor el mío, Samuel, ¿puedo tutearle?

—Por supuesto, puede tutearme.

—Pues haz lo mismo tú, por favor.

—De acuerdo —dijo Samuel ahora con un tono más cordial—. Dime, ¿qué haces aquí?

—Ya le informaron mis compañeros. Soy un gran admirador de tus enseñanzas. De tu forma de pensar. De tu forma de hablar y serenar al público.

—Muchas gracias. Me siento realmente halagado. Pero no entiendo por qué hemos quedado en este apartado lugar de Central Park.

—Samuel, soy una persona muy conocida, como comprenderás. Que me vean con un predicador amish por medio de Nueva York me convertiría en carne de cañón para la prensa sensacionalista y los conspiranoicos —Jacob sonrió—. ¿Sabes?, creo que tú y yo vamos a llevarnos realmente bien —Jacob sonrió de nuevo, marcando todas las facciones de su rostro.

Durante los meses siguientes, Jacob y Samuel se vieron mucho, de tres a cuatro veces por semana. Se caían muy bien y Jacob empezó a asistir, siempre de incógnito, a las reuniones y conferencias que Samuel daba en Nueva York. Un día, al terminar una charla, Jacob le entregó una carta en un sobre a Samuel, sellada con un sello de lacre.

—Guárdala bien hasta que llegues a casa. Espero respuesta para el viernes, Samuel —Jacob se despidió con un abrazo.

En el carruaje, camino a casa, Samuel iba acompañado por otro miembro del asentamiento, Zachary, quien guiaba a los caballos hacia la granja. Samuel miraba de reojo el sobre que guardaba dentro de su maletín ansioso por saber qué era lo que había dentro.

Al llegar a casa se encerró en su estudio, encendió un candil y abrió lentamente el sobre. La carta, de papel estucado mate, en el que se veía un logo y un nombre como membrete. «Grupo Bilderberg». Una invitación para una reunión anual en el Hotel Bilderberg, en Oosterbeek, Holanda. ¿Holanda? Samuel no sabía de qué iba eso, pero lo que sabía era que no iba a viajar en avión, ni mucho menos para ir a los Países Bajos.

Con curiosidad, al día siguiente viajó a Lancaster y se metió en la biblioteca municipal. Buscó todo lo que había sobre el Club Bilderberg. Supo que era una reunión anual a la que asistían las más importantes personalidades de los países más desarrollados del mundo, como su amigo Jacob, y representantes de los grandes organismos internacionales. ¿Qué pinta un humilde amish allí? Siguió leyendo. Las conferencias se programaban como discusiones informales sobre las principales cuestiones que afronta el mundo. Se creó en 1954, en el Hotel Bilderberg, en Holanda, y fue promovido por el emigrante judío polaco y consejero político Jozef Retinger, preocupado por el creciente antiamericanismo provocado por el plan Marshall en Europa. Samuel seguía sin saber qué pintaba él ahí.

Siguió leyendo y llegó a la parte sensacionalista y conspiranoica de la noticia, como decía su amigo Jacob. Empezó leyendo un listado creado por un conspiranoico llamado Leonard Singherland, en el que tachaba de orden mundial al club Bilderberg. En este listado nombraba cosas como que el club tenía como objetivo un solo gobierno planetario, con un único mercado globalizado, con un solo ejército y una única moneda, regulada por un Banco Mundial. También que hubiese una Iglesia universal, que canalice a la gente hacia los deseos del Nuevo Orden Mundial. Como consecuencia, el resto de las religiones serían destruidas. Eso no le gustó a Samuel. También hablaba del control de toda la humanidad a través de medios de manipulación mental. Esto le estaba realmente aterrorizando, pero con curiosidad siguió leyendo. Hablaba también de una masacre, la muerte de cuatro mil millones de personas, a las que Henry Kissinger y David Rockefeller, miembros del club, llamaban bromeando «estómagos inservibles», por medio de las guerras, el hambre y las enfermedades. Esto sucedería hacia el año 2050. «De los dos mil millones de personas restantes, quinientos millones pertenecerían a las razas china y japonesa, que se salvarían gracias a su característica capacidad para obedecer a la autoridad y su inmensurable inteligencia». Había una anotación manuscrita por un tal doctor Coleman, un funcionario de inteligencia retirado que descubrió un informe sobre cómo llevar a cabo el genocidio. Según la investigación de Coleman, el informe fue

titulado *Global 2000 Report*, aprobado por el presidente Carter, en nombre del Gobierno de Estados Unidos y refrendado por Edwin Muskie, secretario de Estado. Según este informe, «la población de Estados Unidos se verá reducida a cien millones hacia el año 2050». También hablaban de crisis artificiales para mantener a la gente en un perpetuo estado de desequilibrio físico, mental y emocional. Confundirán y desmoralizarán a la población para evitar que decidan su propio destino, hasta el extremo de que la gente «tendrá demasiadas posibilidades de elección, lo que dará lugar a una gran apatía a escala masiva».

Samuel dejó de leer. No podía asimilar más de lo que estaba haciendo. El viernes siguiente quedó en la misma parte de Central Park con Jacob, que le esperaba sentado en el banco de siempre. Samuel se acercó a él, temiendo. Por alguna vez en su vida se sentía temeroso.

—Hola, Samuel. ¿Qué tal la semana?

—Muy bien, Jacob. Toma —Samuel entregó a Jacob la carta que le dio anteriormente—, no puedo aceptar esto.

—¿Por qué, Samuel? —dijo Jacob recogiendo la carta.

—No veo qué pinta un amish corriente en ese tipo de reunión, rodeado de tantas personas importantes, poderosas y altos cargos mundiales. Además, las cosas que he leído sobre esto se salen totalmente de mis principios.

—Samuel, tú encajas a la perfección. Tienes voz. Un gran poder de convicción. Fuerza y serenidad. Quiero que vengas y nos conozcas, por favor.

—Es que, Jacob, he leído algunas cosas…

—¿Qué cosas? ¿Las aburridas o las divertidas?

—No las diferencio, pero creo que he leído las conspiranoicas.

—Esas son las divertidas, Samuel.

—¿Cómo?

—Tengo tanto de que hablarte. Ven conmigo a Holanda. Te presentaré a gente, gente a la que le gustarás mucho. Créeme que no te arrepentirás.

Durante las semanas siguientes Samuel razonó una y otra vez la opción de viajar con Jacob a la reunión. Él seguía dando charlas por todo Nueva York y cada vez venía más gente a verle hablar sobre los peligros de las nuevas tecnologías y de la amenaza latente que esta llevaba consigo. Viendo que su fama empezaba a crear expectación, que las cámaras de televisión venían a grabar sus charlas y que le paraban por la calle e incluso se acercaban a su granja, Samuel decidió que le vendría muy bien escaparse unos días de aquella ajetreada expectación, que no le dejaba tranquilo ni en su asentamiento. Decidió visitar Europa e ir con Jacob el mes siguiente a Holanda.

Jacob convenció a Samuel, a duras penas, a que el viaje se realizase en avión, el trayecto era mucho más rápido y mucho más cómodo que cualquier barco. El viaje fue cómodo, pero a Samuel le pareció una irritante eternidad. Él, que siempre tachaba de diabólicos todos esos engranajes, fusiles y cables, se había montado en un enorme

jet en el cual pasaría sus próximas diez horas de viaje.

Después del aterrizaje, se montaron en un enorme Sedán negro y se dirigieron a Oosterbeek, donde estaba el Hotel Bilderberg. Aquel hotel fue escenario de la primera reunión del club y lo que sería, a partir de ese momento en el que el coche aparcó en la puerta de entrada, la residencia de las grandes fortunas y los grandes poderes del mundo, y de Samuel, durante los próximos cinco días.

Durante su estancia, el amish conoció a mucha gente influyente. Jacob le acompañaba a todos los sitios presentándole a personas significativas en los negocios, en el ámbito político y en diversas índoles. Hablaban de economía, finanzas, guerras, abdicaciones y sucesiones, hambre, enfermedades y demás temas de interés mundial.

Samuel tuvo esos días la oportunidad de conocer a la reina Beatriz de Holanda, hija del fundador del club Bernardo de Holanda. También al príncipe Felipe de Bélgica, y al secretario general de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen, que charlaba amistosamente con Tony Blair.

El día en que Samuel volvía a Estados Unidos, Jacob lo reunió en una sala. Sentados en una mesa, tomaban té mientras charlaban.

—¿Qué tal te lo has pasado, Samuel?

—Muy bien, la verdad. Tenías razón. No me arrepiento —dijo Samuel mostrando una leve sonrisa.

—Me alegro, Samuel. Ahora quiero que leas esto. —Jacob sacó de un cajón un documento y una Montblanc.

—¿Qué es esto, Jacob?

—Lee, por favor.

En el membrete de la hoja venía impreso lo mismo que en la carta que Jacob le dio hace unas semanas, el membrete del Club Bilderberg. Debajo de este, y con una tipografía más ancha y centrada se podía leer «Contrato de confidencialidad».

—¿Contrato de confidencialidad?

—Por favor, Samuel. Confío en ti, y sé que podemos llegar a hacer grandes cosas juntos. Los demás componentes han aceptado alegremente tu entrada en el club. Quiero que leas eso, y así poder explicarte qué es lo que queremos hacer aquí. Y el porqué de tu visita.

Samuel leyó el contrato. Era simple, el abajo firmante no podía dar nunca información de lo que el miembro del club le iba a contar a nadie que no perteneciese al selecto club Bilderberg. Samuel firmó, expectante, curioso y ansioso por que Jacob le contara que era lo que él hacía allí.

—Bien, Samuel —Jacob cogió el documento y lo guardó en una caja fuerte detrás de su sillón. Tomó un sorbo de té y ahí, en ese momento, sentado en aquella sala del hotel, fue cuando Samuel se enteró de todo.

De todo lo que el club tramaba. De todo lo que harían, estuviese o no estuviese él dentro. En ese momento no le pareció de locos lo que hablaban los conspiranoicos. Todo ese orden mundial, todo el control de la población, solo por obtener más poder.

Más poder del que ya tenían. Querían que Samuel fuese la imagen de la nueva orden. Las grandes fortunas no podían aparecer. Nadie debía saber quien estaba detrás de todo esto. Samuel aceptó, con la condición de que necesitaba a los suyos, y que tenía que confiar en las personas que necesitaría. Jacob aceptó, a regañadientes. A partir de ahí empezó todo, maquinando día tras día el nuevo orden mundial.

Samuel seguía en su camino hacia un lugar seguro, calculando las posibilidades de que todo saliese como planearon. Esperaba que John lo hiciese bien, ya que si no, deberían empezar de nuevo y eso no era plato de buen gusto. John iba a costarle caro a Samuel. Muy caro. Pero era algo que recuperaría fácilmente en cuanto la conexión saliese al mercado.

Estando en Nueva York, justo antes de conocer la orden, Albert le comentó a John que tenía un plan. Iba a desviar seis millones cuatrocientos setenta mil euros a unas cuentas en Suiza y los iban a repartir. Después de eso, los cuatro se irían a Cuba, Jamaica, Malasia…, no sabían dónde. A cualquier isla lejos de allí. El británico sabía que si eso salía bien no iría con ellos. Él y Cristina marcharían lejos de las babosas zarpas de Albert.

John aceptó, pero después de todo lo que había pasado en Estados Unidos, después de miles de kilómetros viajando, después de días y días enteros en aeropuertos, después de las innumerables veces que había discutido con Albert por su mal pagar, por su descaro y desfachatez al hablarle a Cristina, incluso delante de su mujer, después de haber llegado a las manos más de una vez y que este siempre pidiera perdón al británico culpando a su estado de embriaguez. Después de que Albert acorralara a Cristina una noche de verano en la puerta de los servicios de mujeres de aquel bar en el centro de Barcelona, de donde minutos después Albert salía con un par de contusiones y una ceja rota debido a los puñetazos de John, después de todo esto, el británico le perdonaba. Una y otra vez. Pero esta vez no. Había desviado millones de euros a través de empresas firmadas por ellos y sin su permiso. Albert quería tenerlo todo controlado, incluso a sus amigos. John en un principio no quería ser partícipe del delito que Albert iba a cometer, pero el hecho de que no tuviese que verlo más hacía que cambiase rápidamente su punto de vista. John veía que tres millones doscientos treinta y cinco mil euros eran poco para él. Después de todo lo que había pasado y de lo despótico que había sido con él, esos millones le sabían a poco. John aún no sabía nada de lo que iba a suceder en el planeta. No sabía nada de la organización, de eso se enteró pocas semanas después.

Arturo y Antwane habían captado a John en esos meses en Nueva York. John les había contado en la confianza de un bar lo que había hecho Albert con los millones de su empresa, y estos dos le habían dicho días después, y habiéndolo pensado bien, que si los quería conseguir solo tendría que ayudarlos. Ese día pidieron unas cervezas que aderezaron con SF200X y le contaron el plan. John se lo tomó muy en serio. Tenía la convicción de que Arturo le ayudaría a obtener esa cantidad robada por Albert y que marcharía con Cristina lejos de allí. Él aceptaría sí o sí, no quería ser un

paria de esa sociedad esclavista y orwelliana en la que se iba a transformar el primer mundo, pero quiso hablar con el líder de todo esto, Samuel, el padre de Arturo.

Pero a John no le sentaba muy bien el SF200X. Pero como mandaba el protocolo de captación de hermanos para la orden, la primera información recibida tiene que ser antes de haber recibido la dosis de SF200X.

En el momento que Arturo y Antwane habían diluido la droga en la cerveza aquella noche de abril, en aquel bar de Manhattan, John había salido directo al lavabo al primer trago. Arturo y Antwane se habían dado cuenta de que su organismo lo rechazaba y lo expulsaba rápidamente, como ya había pasado anteriormente con otros soldados, que habían acabado peor que John. Aparte de causarle unas náuseas y unas jaquecas horribles, al británico le producía una terrible ansiedad y leves delirios.

Arturo se saltó el protocolo, discutiéndolo antes con Antwane, y comentó a John todo lo que tenía que saber sobre la orden, después de que el británico firmase el contrato de confidencialidad. Metió a John en la orden básicamente por amistad. John era totalmente prescindible. Sabía, por ejemplo, que Olga podría haber viajado a Estados Unidos y haber vuelto el mismo día para dejar el algoritmo en manos de los técnicos sin la necesidad que la orden moviese seis millones de euros a las cuentas de John. Ella conocía mucho mejor Barcelona que el británico si algún problema se presentaba. Pero Arturo le tenía mucha estima a John, y principalmente lo hizo para que no sufriese las consecuencias de lo que estaba a punto de suceder.

Pocas semanas después Arturo presentó a John a su padre. John le dijo lo que estaba planeando Albert, y que podía ser de mucha ayuda, ya que era un gran gestor y un mago de los negocios. Con un poco de presión podía ayudar a llevar a cabo aquella operación sin ningún problema. Samuel se lo pensó. Dos días después se puso en contacto con John.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó Samuel.

—Quiero el dinero que ha desviado Albert. Íntegro. En una cuenta bancaria en un paraíso fiscal.

—Es mucho dinero para tan poco trabajo.

—Si es verdad lo que queréis hacer, eso es calderilla para vosotros.

—Tienes muchos huevos, chaval. Haré algunas gestiones y me haré con él. Lo tendrás al finalizar la operación.

—Bien.

La única misión, era llevar un pequeño chip con un algoritmo a España para poder finalizar la cobertura de la zona sur de Europa. Lo llevaba implantado en el cuello para más seguridad. En el caso de ser interceptados por la policía o por el ejército, los soldados y hermanos de la orden que lo acompañaban dirían que era un rehén. La policía lo soltaría después de unas horas, como había pasado ya en la comisaría de Barcelona, y la misión se llevaría a cabo. Todos los hermanos de mayor nivel jerárquico sabían que John era un enchufado. No había hecho nada por la orden. No había invertido nada, y por el simple hecho de viajar a Barcelona y entregar un

pequeño chip se llevaría una jugosa cantidad. Lo malo surgió cuando Aarón, que no sabía que John no aceptaba el SF200X, le dio una dosis que diluyó en el café donde metió también una buena dosis de calmantes. John no conocía de nada a Aarón, por eso en el aeropuerto lo trataba como a un desconocido. Aarón era el hijo mayor de unos de los mandamases de la orden, el hermano Noé. Siempre lo reconocían en la orden por ser el que más broncas metía y el que siempre discutía con todo el mundo. Nadie lo podía ver, nadie excepto su padre. Aarón creía que para entrar en la orden necesitabas ser de buena familia, o hacer algo realmente importante para que fueses imprescindible a la vista de todos los hermanos. Samuel era el único, junto con Antwane, Arturo y pocos más, que sabía que John era alguien prescindible, por eso se lo calló.

Aarón se enteró de que John iba a ser el que transportara el algoritmo de la zona sur de Europa, cosa que iba a hacer él mismo, ya que no suponía ningún tipo de complicación. Esto le resultó extraño, y empezó a investigar a John de forma exhaustiva. No encontró nada. Ningún parentesco cercano a ningún hermano, nada de interés que pudiese ayudar a la orden. No venía de buena familia, ni era ni judío ni amish. No tenía negocios, y en sus cuentas bancarias no había más de catorce mil dólares. Dudó de él, ningún hermano de niveles inferiores a su padre conocía a John, por eso decidió hablar con los hermanos que se dirigían a Barcelona en el jet con John si los podía acompañar. El británico iba a viajar en un jet privado con aquellos hermanos de la orden, pero tenía que parecer normal a los ojos de Aarón, al cual no conocía, cuando apareció detrás de él en el caos del aeropuerto. Lo que no sabía John es la que se iba a liar cuando cerraran las fronteras y los aeropuertos y el jet llegara a Barcelona.

Los hermanos aceptaron, no podían enfadar a Noé. Tampoco querían hacerlo. Aarón temía que John fallase en la misión, o que vendiese el algoritmo al gobierno y chafase todos los planes de la orden, por eso se encargó personalmente de drogarle para que el trabajo se realizara correctamente. El problema vino después, cuando por culpa del ajetreo de la persecución, el estrés, los calmantes y el *jet lag*, John vomitó el SF200X que tenía en el estómago. Esto hizo que la idea inicial, con la que iba John antes de tomar la droga, se disipase de la mente del británico en cuanto se echó en la cama y descansó su cerebro. Ahí le entró una inmensa paranoia, que acompañada de sueños hacía que John temiese por su vida. Creía que estaba siendo secuestrado, y la idea inicial de llevar a cabo la misión sin necesidad de la droga se convirtió en una crisis personal que hizo que escapase de aquella mansión a las afueras de Barcelona. Aarón salió tras él. Podía matarlo si quería. Y extraerle el chip aun estando muerto. Pero no lo logró. John empezó a recordar después, ya cuando el estrés de la persecución había desaparecido. Empezó a recordar lo que había venido a hacer allí y decidió retomar las riendas de la misión. La extracción se llevó a cabo gracias a la enfermera de la comisaría, que al curarle los puntos le extrajo el chip y dejó que De Lucas se lo llevara para entregárselo a Aarón, que esperaba fuera ansioso y con

ganas de guerra. Aarón no conocía las intenciones de John después de la huida, creía que estaba desmantelando toda la operación en aquella comisaría de Barcelona, por eso llamó a Antwane para pedirle consejo. Después de que Antwane le diese carta blanca hizo un par de llamadas, y ahí confirmó que dentro de la comisaría había hermanos de la orden y esperó unos instantes a que todo se solucionase sin ninguna muerte innecesaria. Si Arturo y Antwane fallaban en la implantación de la antired, John debía finalizarla desde España. Desde Barcelona, el epicentro del sur de Europa. John no era necesario para esa misión, pero la amistad que tenía con Arturo lo hico imprescindible, por obligación a los ojos de todos los hermanos.

John siguió tecleando comandos en el portátil mientras seguía hablando con Samuel. La barra de progreso estaba al noventa y nueve por ciento cuando en Red Hook aparecieron los furgones de los SWAT y ya en su casa había llegado al cien por cien. Cristina miraba atenta a su pareja. Se había enterado de todo esto cuando John entró en la orden. Había aceptado, tal y como lo hizo Marta. Pero Cristina estaba mucho más enamorada que ella. La idea de poder disponer de muchísimo dinero y poder perderse en un paraíso terrenal toda la vida sin tener que preocuparse por nada le parecía una muy buena idea. Aunque no sabía ni esperaba que tantas muertes sucedieran por ello. John no había robado nada. Si salía bien lo de la antired todo quedaría solucionado para ellos.

—Samuel.

—Dime.

—Estoy a un clic de la implantación total. Quiero el dinero.

—Lo tendrás. Acepta.

—Lo quiero ahora.

—John. Maldita sea. No estás en condiciones de presionar, ya has visto lo que le ha pasado a tu amigo.

—Te repito, Samuel. Lo quiero ya.

—Te vas a arrepentir de esto, John. Como no salga bien no lo contarás.

—¡Acepta, John, por Dios! —dijo Cristina.

La pantalla del ordenador mostraba una barra de progreso al cien por cien. Una opción justo debajo de la barra pedía permiso para activar la antired. En la parte inferior derecha una cuenta atrás se apresuraba sin descanso al cero. John solo tenía que pulsar el botón. Solo tenía que aceptar y todo habría acabado.

John miró a Cristina, que le devolvió la mirada, con las piernas cruzadas y sentada en el reposabrazos del sofá mientras se mordía las uñas. Samuel seguía hablando por el teléfono.

—John. Dame dos minutos.

Samuel colgó.

—Cristina, conecta tu portátil y mira si han hecho el traspaso.

—Voy.

Cristina encendió su portátil y se conecto a la red. Clicó un par de ventanas y en

la pantalla apareció el logo de un banco suizo. Metió sus claves y nada, la cuenta seguía vacía, justo en el momento que el teléfono de John empezó a sonar.

—Dígame.

—Ya lo tienes —dijo Samuel.

—Cristina, actualiza la página —dijo John tapando el micrófono del teléfono móvil.

Cristina le hizo caso. La página tardó unos instantes en cargar. Unos instantes que se hicieron eternos. Cuando cargó, la cuenta a nombre de un tal Frederick Beeman y una tal Sarah James mostraba la cantidad de seis millones cuatrocientos setenta mil euros. John y Cristina sonrieron.

—¡John! ¡Maldita sea! ¡Acepta! —gritaba Samuel por el teléfono.

John miró la pantalla y pulsó aceptar.

—Listo.

—Te llamo en un momento y te doy la dirección del avión. Allí estarán vuestras nuevas identidades.

Todo había cambiado.

Antired definitiva. Proceso finalizado. ¿Desea depurar el sistema?

Aceptar.

Epílogo

Puerto Princesa. Filipinas.
22 de junio de 2019

Habían pasado más de cuatro años desde la caída de la red. Allí, en aquel remoto lugar, lejos del régimen totalitario mundial que reinaba en aquel planeta, John y Cristina vivían tranquilos. Felices. Y sin preocupaciones. Con muchísimo dinero que gastar, con una fortuna que disfrutar.

Justo dos meses después de que llegaran a Filipinas, John y Cristina se casaron con sus nuevas identidades. El señor Frederick Beeman y la señora Sarah James habían traído al mundo a la pequeña Sophie pocos meses después de su matrimonio y Sarah se había quedado embarazada de nuevo hacía poco.

Cristina daba clases de español en una escuela por las mañanas, dejaba a la pequeña Sophie en una guardería donde la cuidaban hasta que su madre acabara la jornada laboral pocas horas después. Esta necesitaba estar ocupada, aún no se había acostumbrado a la tranquila vida de Puerto Princesa y sentía dentro de sí el ajetreo constante y el estrés de las ciudades españolas. Echaba de menos su trabajo, su arte. Por la tarde, cuando John y ella recogían a la pequeña de la guardería, Cristina se dedicaba a dibujar los paradisíacos paisajes de aquella región. Había días que llegaba al anochecer, con bonitas pinturas de playas y grutas que regalaba después a una comerciante de la ciudad.

John ayudaba en un local de recepción turística en el centro de la ciudad, gestionando reservas de hoteles y actividades. Por la tarde, cuando llegaba a casa, se dedicaba a la agricultura. Tenía un huerto al lado de casa con berenjenas, calabazas y tomates. Él vendía las recolectas en el mercado los fines de semana por lo mínimo que le diesen. El dinero no les hacía falta y lo repartía en diversas organizaciones de la zona. También tenía una pequeña plantación de marihuana. Se había acostumbrado a consumirla diariamente, en pequeñas dosis, y eso le hacía sentir muy bien. Se alejaba de todo, de todo lo malo que había pasado. De todo lo malo que habían hecho. ¿Murió Albert por su culpa? No. Cristina y él estaban hartos de aguantarlo. Estaban hartos de sus desvaríos y necesidades. De sus discusiones, de sus borracheras. De su falta de control en estado de ebriedad. De que le metiese mano a Cristina en cuanto John dejase de mirar. De que intentara abusar una noche de su chica en casa de John cuando este estaba en Nueva York. Se lo merecía. No iba a acabar bien. Era eso o la cárcel. Su cargo de conciencia le mató, nadie le dijo que hablase. Nadie le suplicó

que ayudase a la humanidad. Los seis millones de dólares ya los había perdido. Eso se decía John cada vez que se recordaba a sí mismo qué hacía allí.

Aun así estaban contentos, felices. Todo aquello que había sucedido en el pasado era una pesadilla, y lo que estaban viviendo, un sueño.

En el infierno terrenal, como los Beeman llamaban al primer mundo, las cosas eran totalmente distintas. John recordaba como pocos meses después de llegar a Filipinas las cadenas de televisión informaban de lo sucedido con miedo, con inquietud. La conexión había caído y ahora todo era un caos. Los gobiernos cesaban, los grandes mandatarios del poder gubernamental desaparecían. Había rumores, especulaciones, que decían que no era el fin de la conexión a internet. Los más conspiranoicos hablaban de sociedades secretas, de manipulación de la población, que los mismos responsables de la desaparición de la conexión iban a comercializarla después a un precio no al alcance de todos. No estaban muy equivocados, pero eso no pasó hasta después de un año de la caída.

Un año después la orden empezó a comercializar su producto estrella, su bien más preciado, a un precio desorbitado. John no sabía cómo la orden había gestionado eso, tampoco le interesaba. Lo que sabía, como todos los habitantes del planeta, era que la orden vendía días de conexión por países. El presupuesto que hacía la orden para el precio de la conexión era de un céntimo de dólar al día por persona censada en ese mismo país. Solo en Estados Unidos, la orden recaudó el primer año la cantidad de mil ciento sesenta y ocho millones de dólares, sacados de los presupuestos de Estado. El segundo año fue mucho más bajo. Tanto Estados Unidos como las otras grandes potencias mundiales empezaron una estricta gestión de la población. Se crearon muchos tratados, como el TMI —Tratado mundial sobre la ilegalidad— un tratado mundial de naciones donde se pactó la expulsión inmediata de cualquier persona ilegal en cualquier país hacia su país de origen. Esto hizo que descendiera una media de un veinte por ciento en los gastos anuales de conexión. Las personas que no pagaban impuestos iban directamente a prisión, el no colaborar con el Estado en esos casos estaba gravemente penado. Los ciudadanos tenían que pagar muchos más impuestos y se crearon otros nuevos, como el impuesto del trabajo. Cada familia tenía que pagar al año trescientos cincuenta dólares por persona. Ese dinero iba destinado directamente al pago de la conexión del año siguiente y se centraba en la necesidad del ciudadano en trabajar para poder mantener el país. La orden se enteró rápidamente de este nuevo impuesto y subió la cota de conexión el año después. Ahora el Estado pagaba un dólar por persona al día, con la expresa prohibición de la orden de no subir por parte del gobierno ningún tipo de impuesto a la población. Estados Unidos se rebeló. Pero nada pudieron hacer en contra, las ganancias de la orden ese año ascendieron a la cantidad de ciento tres mil trescientos millones de dólares, de los cuales ochenta y siete mil millones vinieron directamente de los impuestos de los ciudadanos. El gasto bajó debido al TMI. Los países más pobres llegaron a un acuerdo con la orden y cerraron el trato de la conexión por menos

dinero, pero también por menos horas de servicios. Algunos de ellos tenían solo cuatro horas de conexión a internet, y a base de mucho trabajo por parte de los ciudadanos pudieron mantenerse en pie. La mayoría de los países del primer mundo solo pedían doce horas de conexión al día. Eso les bastaba para trabajar y para poder seguir adelante.

El tercer mundo había dejado de recibir ayuda humanitaria. Muchos pacifistas y organizaciones no gubernamentales habían ejercido mucha presión para que parte del dinero destinado a la conexión se destinase a paliar el hambre y las enfermedades que causaban millones de muertes en los países más pobres y necesitados. De nada sirvieron. Si no había conexión a internet, no había trabajo. Si no había trabajo no había dinero. Sin dinero no había conexión. Era un círculo vicioso que hacía que todo el país se viese inmerso en la necesidad vital de pagar excesivos impuestos y trabajar muchísimas horas diarias para poder vivir.

Los hospitales habían reducido sus plantillas. Se creó el TET —Tratado sobre la enfermedad terminal—. El gobierno ponía a disposición de los países unas personas que realizaban una serie de peritajes a enfermos terminales, y no tan terminales. Después de un mínimo estudio, si una persona después de un accidente o enfermedad tenía menos del setenta y cinco por ciento de posibilidades de sobrevivir, el paciente dejaba de recibir ayuda y atención médica. De este modo abarataban los costes en medicina y en servicios hospitalarios.

Cuando pasados cuatro meses de la caída, la policía y el ejército tomó el control de las calles de nuevo, el gobierno creó campos de concentración para delincuentes. Las celdas de las cárceles estaban completas, no cabía un preso más. Por eso, el Estado creó los llamados CIP —Centros de Internamiento Provisional—. Unos centros cerrados por muros de hormigón prefabricados de tres metros de largo y techados con módulos de chapa donde metían, todos juntos, a los presos que no cabían en las cárceles. En esos centros se producían masacres. Casi todas las semanas se veían noticias en la televisión donde informaban de motines, asesinatos en masa, violaciones y un largo etcétera que hacía atemorizar a cualquier persona.

Se privatizó la totalidad de la escuela pública. Todo centro de enseñanza debía ser de pago. Se penaba duramente a cualquier persona que diese clase a niños o adultos. El Estado necesitaba dinero, y ese dinero tenía que salir de cualquier sitio.

Una mañana de verano de 2019, John estaba sentado en la arena blanca de la playa justo enfrente de su casa tomando un refresco y fumando cuando apareció el cartero y le entregó una carta. John la abrió y sonrió.

> Gracias por su necesaria labor.
>
> Atentamente: S. F.

Cristina se acercó por la espalda y le preguntó que qué era eso. John se la entregó.

—Gracias a usted, Samuel Flickinger —dijo esta mientras le devolvía la carta a John.

Los dos se quedaron un rato pensativos. Se miraron y Cristina le preguntó:

—¿Crees que lo hemos hecho bien?

John se quedó callado. Sonrió. Miró para la playa. Allí, Sophie jugaba con la arena y el agua de la playa le mojaba sus pequeños pies.

—Te refieres a ella, ¿verdad? —preguntó John, sin quitar la vista de su pequeña, que les miraba desde lejos mientras seguía jugando con la arena—. Sí, cariño. Lo hemos hecho estupendamente.

Cristina le abrazó por detrás mientras que la pequeña Sophie se acercaba corriendo y sonriente hacia ellos.